

1978



Universidad
de Valparaíso
CHILE

40 años | Concurso Nacional de Arte Joven



40 años

Concurso Nacional de Arte Joven
Universidad de Valparaíso



Créditos:

Esta publicación forma parte de las actividades conmemorativas por los 40 años del Concurso Nacional de Arte Joven de la Universidad de Valparaíso.

Consta de una edición digital y otra en papel.

*Universidad de Valparaíso
Vicerrectoría de Vinculación con el Medio
Dirección de Extensión y Comunicaciones*

*Textos e Investigación:
Paz Castañeda y Jean Philippe Dardel
Dirección de Arte:
Verónica Flores*

Editado en septiembre de 2019.

Concurso Nacional de Arte Joven de la Universidad de Valparaíso
40 años

Índice

Prólogo | 09

Presentación (Explicación) de la edición digital | 13

Agradecimientos | 16

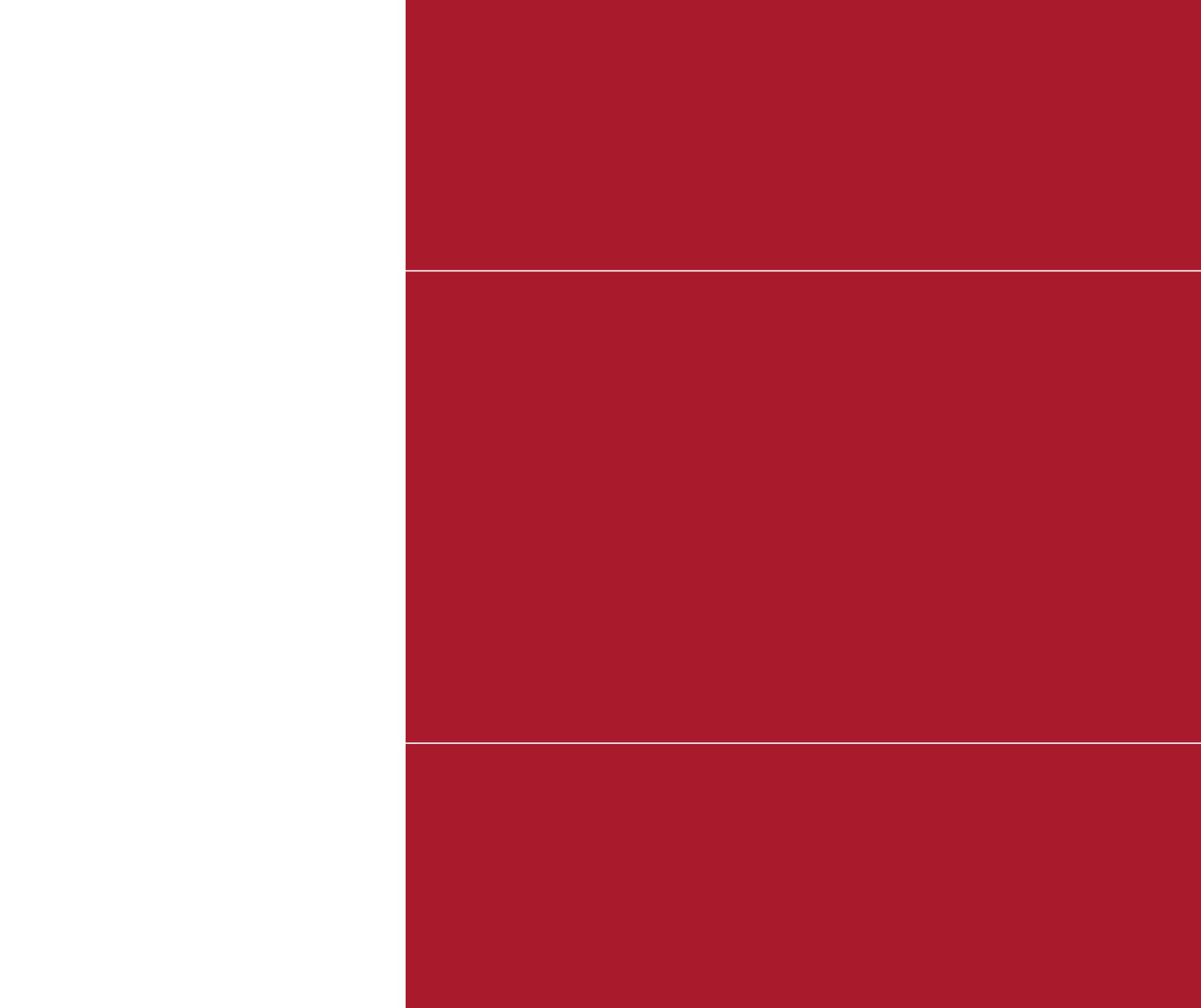
Utopía desde la provincia | 19

Cuatro décadas en primera persona | 33

- Carolina Abell | 36
- Gaspar Álvarez | 37
- Isabel Aninat | 38
- Giancarlo Bertini | 39
- Francisco Brugnoli | 40
- Iván Cabezón | 41
- Ángela Castillo | 42
- Víctor Castillo | 43
- Edgardo Catalán | 44
- José de Nordenflycht | 45
- Gumaro Fermandois | 46
- Jorge González Lohse | 47
- José Vicente Guajardo | 48
- Claudio Guerrero | 49
- Antonio Guzmán | 50
- Gabriel Holzapfel | 51
- Mario Ibarra | 52

- Danila Ilabaca | 53
- Gonzalo Ilabaca | 54
- Milan Ivelic | 55
- Nicholas Jackson | 56
- Pablo Jansana | 57
- Carlos Lastarria | 58
- Denise Lira | 59
- Livia Marín | 60
- Víctor Maturana | 61
- Rafel Molina | 62
- Mariana Najmanovich | 63
- Álvaro Oyarzún | 64
- Osvaldo Peña | 65
- Soledad Pinto | 66
- Edwin Rojas | 67
- Archivaldo Rozas | 68
- Francisca Sánchez | 69
- Gema Swinburn | 70
- Rafael Torres | 71
- Magdalena Vial | 72
- Christel Vega | 73
- Paloma Villalobos | 74
- Alonso Yáñez | 75
- Camilo Yáñez | 76
- Enrique Zamudio | 77

Cronología de los 40 años del concurso | 79



Prólogo

40 años | Concurso Nacional de Arte Joven de la Universidad de Valparaíso

Para la comunidad de la Universidad de Valparaíso es un honor y una satisfacción presentar este libro dedicado a los 40 años del Concurso Nacional de Arte Joven. Aunque tanto el honor como la satisfacción son sentimientos complementarios, aunque no necesariamente, quisiera esta vez detenerme en los motivos que dan argumentos en uno y otro sentido. Al honor se asocia la conciencia de que el concurso ha sido una contribución concreta, simple y directa al estímulo de varias generaciones de artistas jóvenes, que es reconocida por diversos actores de la plástica nacional, pero especialmente por su origen, historia y singularidad. Dejo a la lectura que harán el sentido y pertinencia de estas tres últimas razones. Nos anima también una legítima gratificación porque iniciativas como éstas son las que contribuyen a la identidad de una institución universitaria, que revelan un estándar de compromiso constante y renovado por el arte joven en un periodo histórico tan controvertido para las universidades y la cultura.

El libro contiene una antología de 40 años del Concurso. Lo refiero así porque quienes lo lean se encontrarán con una selección de obras y de artistas, ya sea porque fueron premiados o participaron en el jurado en algunos de estos años. También hay otras voces invitadas en razón de sus talentos y capacidades que opinan, desde una valorable y necesaria perspectiva externa, sobre estas décadas del Concurso. Pero el texto es también una antología de testimonios meritorios de los decisivos aportes que han hecho quienes han tenido distintas responsabilidades en el Concurso. En mi condición de Rector deseo destacar y agradecer a quienes han sido directores o curadores del Concurso o de la sala El Farol en todos estos largos años, porque sin su trabajo y esmero personal todo habría sido más difícil de lograr. Del mismo modo, quiero expresar mis felicitaciones y gratitud a la Dirección de Extensión y Comunicaciones, a quienes la han integrado durante estas cuatro décadas, por el compromiso y dedicación que les debemos todos los demás integrantes de nuestra

comunidad. Todas esas personas, en sus distintos roles y funciones, han sido también la perseverancia y a veces la contumacia que ha hecho posible este acto de resistencia contra tanta limitación y en favor de la imaginación y la creación del arte joven.

Con esta obra hemos querido dar cuenta y dejar constancia de la continuidad del Concurso, del reconocimiento externo y los desafíos decisivos que tiene aún por delante. Que una convocatoria anual para estimular e incentivar la creación plástica entre los jóvenes, a nivel nacional, y que permanezca ininterrumpida por tantos años, se explica en una medida importante por el carácter de la institución convocante. Esto desde luego nos llena de satisfacción, pero más importante es destacar que las universidades son instituciones con una vocación de vigencia indefinida en el tiempo y que su compromiso con la cultura forma parte de ese carácter. Que no son iniciativas

de ocasión, que en cuanto instituciones sociales responden constitutivamente a proyectos de largo plazo y de bien común. Por esta razón, y a pesar de las dificultades que la Universidad de Valparaíso ha debido enfrentar, incluso aquellas en que la misma Universidad ha tenido responsabilidad, ello no ha sido un obstáculo para sostener la continuidad, que en este caso es también coherencia e integridad que no depende de autoridades o grupos, sino de una comunidad universitaria que se reconoce en una común misión institucional.

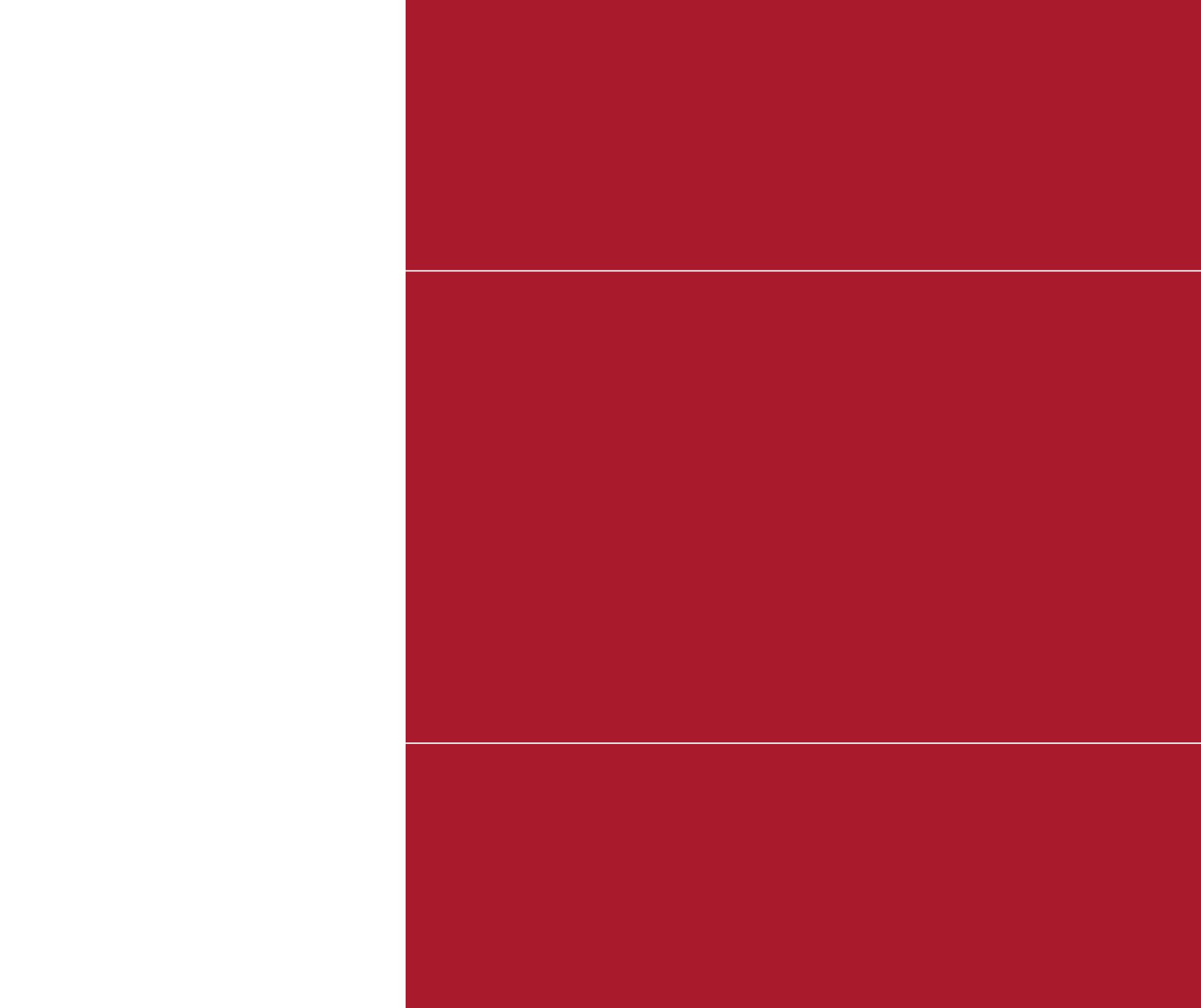
El reconocimiento es amplio, con entusiasmo y compartido. Ha estado a cargo de voces autorizadas e independientes. Por mi condición de rector solo me corresponde agradecerlo, y decir que nos incentiva a seguir adelante. Ante esos valiosos comentarios, por razones de sobriedad y austeridad del ánimo, no debo agregar otra calificación. Los desafíos que se señalan nos indican que este mismo libro debe marcar un hito, un punto de inflexión en la historia del Concurso. Debemos disponernos

a introducir cambios en sus bases con el objeto de ampliar su convocatoria y de superar las debilidades que puedan afectar su desarrollo y consolidación en el futuro. Las instituciones en su devenir deben saber identificar aquellas iniciativas que han obtenido buenos o sobresalientes resultados, como ha ocurrido sin duda en este caso. La conclusión, no puede ser otra, es dedicar todavía un mayor esfuerzo para agregar más valor, incrementar su prestigio y servir de mejor modo aún a la cultura y el talento artístico de nuestra juventud.

Debo concluir este prólogo, señalando explícitamente que la responsabilidad de la UV ahora es ante un concurso que ya no le pertenece solo a ella, que la ha trascendido en el mejor sentido de esta palabra porque se ha hecho patrimonio, parte del quehacer cultural de la región y del país. Este hecho marca la principal inflexión porque deriva de una culminación que eleva el compromiso de nuestra universidad con la cultura, el arte y los jóvenes artistas de la plástica en el país. Cuando una institución

de educación superior contribuye a un acontecimiento como éste tiene un legítimo motivo para celebrar y para asumir el deber de perseverar. Este libro, en consecuencia, es una celebración y la renovación de un compromiso.

Aldo Valle Acevedo
Rector
Universidad de Valparaíso



Presentación (Explicación) de la edición digital

40 años | Concurso Nacional de Arte Joven de la Universidad de Valparaíso

Más que una presentación, la que sigue es una necesaria explicación. Con motivo de la conmemoración de los 40 años (considerando 1978 como el nacimiento del concurso) y las 40 ediciones (a partir de la primera realizada en 1979) del Concurso Nacional de Arte Joven de la Universidad de Valparaíso, decidimos desarrollar una serie de actividades para relevar este hito. Entre ellas, estuvo la tarea de reconstruir la historia de este certamen, que nació cuando nuestra casa de estudios era todavía la sede Valparaíso de la Universidad de Chile, en plena dictadura. Desde su origen lo que vino es una constante de esfuerzo, tesón y compromiso de muchas y muchos, que permitió que más allá de las vicisitudes que atravesó el país y la propia Universidad –nada más complejo que entre gallos y medianoche pasar a ser una nueva institución– se pudo desarrollar de forma ininterrumpida durante todo este tiempo, aproximándose hoy a su cuadragésima segunda versión.

Por ello, desde la Dirección de Extensión y

Comunicaciones planificamos hacer este libro, que quedó listo para entrar a imprenta durante el segundo semestre del año pasado. Sin embargo, los sucesos de octubre de 2019 impidieron aquello, y luego la impen­sada pandemia que nos afecta pospuso una vez más tal propósito. A raíz de ello, decidimos postergar hasta cuando sea aconsejable la impresión de este valioso documento. Sin embargo, como los tiempos son inciertos, consideramos pertinente poder compartir este texto con la comunidad, liberando su descarga digital a través del sitio web de nuestra universidad www.uv.cl. No es la versión final, pues la que ingresará a imprenta contiene más imágenes que aquellas que se pueden apreciar en esta edición.

De este modo, además, hacemos público nuestro agradecimiento por la gentileza que tuvieron los artistas, curadores, gestores y jurados que accedieron a ser parte de este libro, compartiendo sus recuerdos sobre este concurso. Ellos son, en sí mismos, la historia del certamen y merecen nuestro reconocimiento. Hasta aquí la explicación.

Para esta presentación de la edición digital es necesario dar cuenta de algunos aspectos relevantes. Este texto, ciertamente tiene autores. Se trata de la artista plástica Paz Castañeda, y el periodista Jean Philippe Dardel. Ambos realizaron un trabajo encomiable, que es necesario reconocer, especialmente el de Paz, que tuvo la compleja misión de contactar a todos quienes aportaron su testimonio. Era una tarea necesaria de hacer, pues en este tránsito hay también una parte de la historia del arte contemporáneo chileno que se debía rescatar, y ello no es poco. Estamos, entonces, ante una obra que merece el máximo de valoración.

Es también preciso hacer otros justificados reconocimientos. A Aldo Valle, cuyo rectorado hizo una especial apuesta porque la Universidad contribuyera de manera relevante al desarrollo de la cultura y las artes, lo que permitió dar un reimpulso al Concurso. Al actual rector subrogante, Cristián Corvalán, quien generosamente comprometió su apoyo para la conclusión de este proyecto. A todas y todos los académicos, profesionales,

técnicos y administrativos que en cuatro décadas sostuvieron este concurso desde de la Dirección de Extensión y Comunicaciones. Especial reconocimiento debo hacer a quienes en estos últimos 12 años compartieron el entusiasmo por llevar adelante cada año esta hermosa actividad universitaria.

Es necesario agradecer también a aquellas instituciones y empresas que durante todos estos años y en distintas épocas apoyaron al concurso, haciendo una contribución muy sustantiva al desarrollo de las artes plásticas del país. En esta última década, el Banco de Chile fue un socio que es necesario destacar. Del mismo modo, me parece importante reconocer al espacio Matta de la municipalidad de La Granja y a la Casa del Arte de la Universidad de Concepción, a cuyos espacios cada año llevamos la muestra de seleccionados, extendiendo de este modo la resonancia que alcanza el Concurso.

También debemos agradecer la importante colaboración del galerista Dino Samoiedo y del excurador de El Farol y exdirector del

Concurso, Edgardo Catalán. Ambos aportaron material e información de gran valor. También al actual responsable del certamen, Rafael Torres, por su compromiso permanente.

Agregar, además, que este concurso tiene una sede histórica, que es la hermosa y entrañable sala El Farol del Centro de Extensión de la Universidad de Valparaíso. Allí, en Blanco esquina almirante Martínez, en la franja más estrecha del plan de Valparaíso, ilumina a la cultura de nuestra ciudad. Si hay algo reconocible en esa zona es aquel espacio, que la UV ha sabido preservar como símbolo de su compromiso con la cultura y las artes.

Finalmente, es necesario agradecer a los artistas, a esos miles que en su época de juventud se animaron a presentar su obra al juicio crítico del jurado. Son todos ellos y ellas los que han dado vida a este certamen; todos y todas dejaron una huella, un testimonio personal para dar cuenta de una época, de su mirada, de su crítica, de su ruptura, de

esa libertad que solo el arte y la juventud son capaces de expresar.

Gracias.

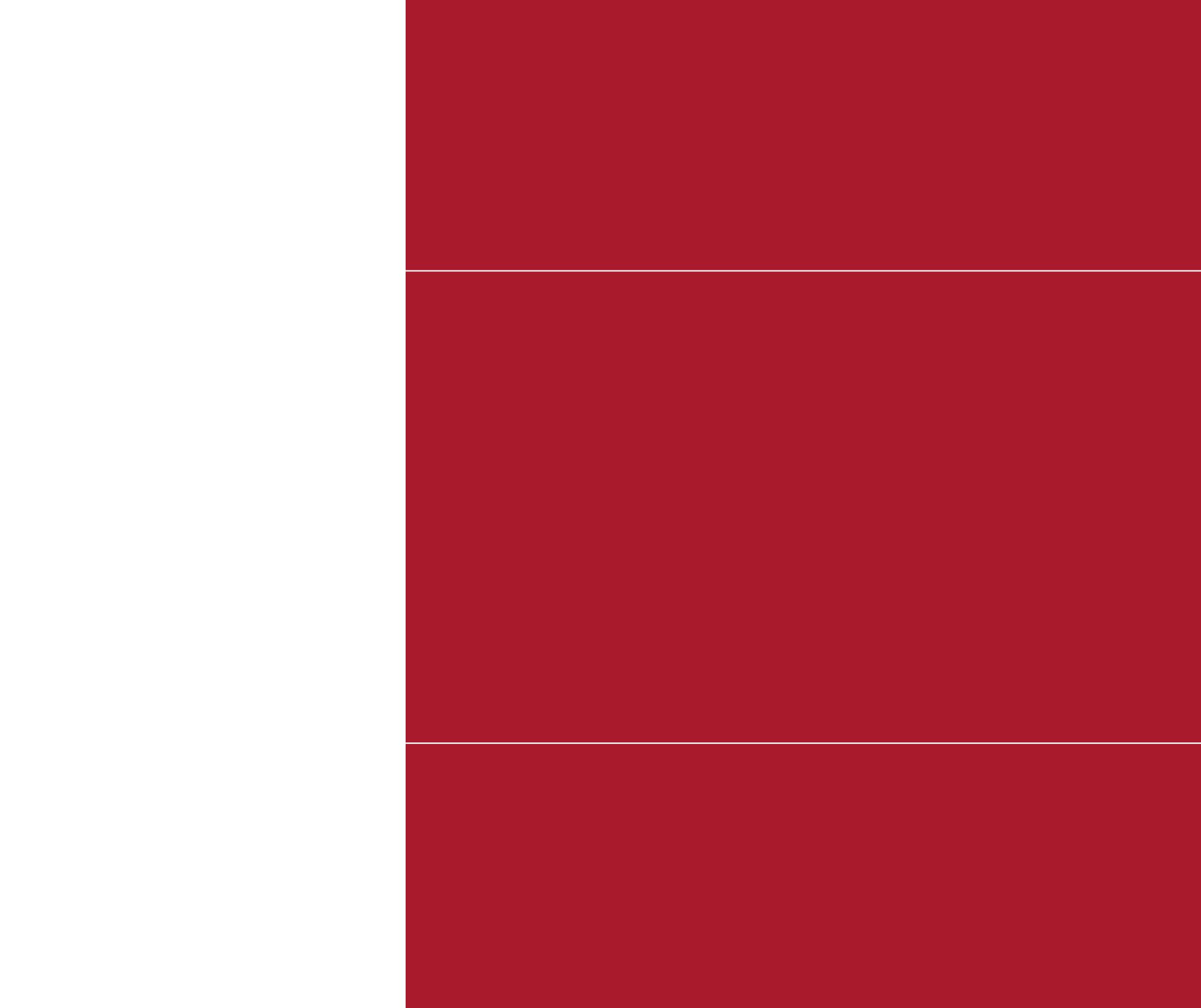
David Carrillo Rojas
Director de Extensión y Comunicaciones
Universidad de Valparaíso

Agradecimientos

40 años | Concurso Nacional de Arte Joven de la Universidad de Valparaíso

El texto que se despliega en estas páginas presenta tres modos de narrar la vida del concurso o, si se quiere, tres caminos para construir y galvanizar la memoria: el relato histórico, el testimonio de los protagonistas y la cronología de los hechos.

Queremos agradecer especialmente la ayuda de quienes aportaron valiosa información para su realización: Juan Bragassi, Edgardo Catalán, Víctor Maturana, Dino Samoiedo y la Biblioteca Severín de Valparaíso.



Utopía desde la provincia

40 años | Concurso Nacional de Arte Joven de la Universidad de Valparaíso

• Qué hace que un concurso de arte hecho por una universidad, en provincia, se mantenga por 40 años? ¿Qué hace que sea el único que ha perdurado en Chile por tanto tiempo, independiente de los cambios políticos y socioculturales, de la centralización de la cultura y hasta de las modas?

Sin duda hay algo épico en la hazaña que ha logrado el Concurso Nacional de Arte Joven de la Universidad de Valparaíso. Una que comienza de manera entusiasta pero humilde, como un proyecto pequeño para incentivar la producción artística de los alumnos de una escuela de arte y que termina en un certamen nacional, con cientos y a veces miles de obras recibidas cada año, con premios de excelencia, presencia en los medios de comunicación y un impacto público proporcional a su prestigio.

El artista Edgardo Catalán, quien fue un destacado director, curador y jurado del concurso, respondió a la pregunta por la persistencia en el 2000: “En un país de memorias cortas y olvidos largos, de lentos reconocimientos y de rápidas zancadillas, la persistencia de este concurso es casi una anomalía”.

tencia de este concurso es casi una anomalía”.

Historia, origen e identidad

En 1978 la transformación de ese primer evento en un hito artístico de nivel nacional solo existía como un sueño de sus creadores, los profesores de la carrera de Pedagogía en Artes Plásticas de la Universidad de Chile, Sede Valparaíso. En un país en dictadura, con la universidad intervenida, académicos exonerados y la creación cultural golpeada y deprimida, realizar un concurso de arte resultaba extemporáneo y hasta arriesgado.

De la prolífica, variada e intensa producción cultural de principios de los años 70 se pasó a un circuito extremadamente restringido. Solo los artistas consagrados o considerados inocuos políticamente exhibían en los escasos lugares disponibles y monopolizaban la escueta cobertura mediática. El exilio de numerosos artistas prominentes y comprometidos, la expulsión y el silenciamiento obligado de otros tantos y la muda negativa

a participar en los circuitos oficiales de los restantes, significó una radical pérdida de referentes para los artistas jóvenes.

Si bien la represión no era tan visible como en los meses inmediatamente posteriores al golpe –recordar que medio centenar de carabineros irrumpieron disparando en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile el 12 de septiembre de 1973–, la persecución, la intimidación e incluso la delación eran moneda corriente.

Destacados creadores que estaban en Chile irrumpieron en el espacio público con obras complejas políticamente: el pintor Guillermo Núñez expuso en 1975 jaulas de pájaros encerrando flores, pan, palabras y reproducciones de la Mona Lisa en el Instituto Chileno Francés de Santiago, por lo que fue apresado y exiliado; la revista Manuscritos fue censurada tras publicar El quebrantahuesos de Nicanor Parra y Enrique Lihn; Eugenio Dittborn dio a conocer la obra Fosa Común, donde confluían antiguas noticias con imágenes de rostros y cuerpos anónimos; Luz Donoso y Hernán Parada se preparaban

para intervenir con imágenes de detenidos desaparecidos las pantallas de una tienda de electrodomésticos del centro de Santiago y las performances de la Escena de Avanzada hablaban sin ambages de la contingencia.

El profesor Juan Bragassi, en su investigación Historia del Concurso Nacional Arte Joven, describe el contexto de esos años: “(...) el escenario de la plástica chilena en esa época presentaba un heterogénea y polifacética producción que se constataba en la presencia de las tendencias conceptualistas derivadas de lo realizado en Chile entre finales de los 70 y comienzos de los 80; las corrientes neofigurativas de fines de los 60 y algunas variantes de las vertientes de la transvanguardia italiana, propia del escenario internacional. Dichas expresiones no encontraron una total acogida en los sectores oficiales (públicos y privados), ya que las actividades y los eventos artístico culturales se veían restringidos por la escasez de presupuestos y por el cuidado preventivo de las autoridades ante los eventuales contenidos políticos o subversivos de éstas”.*

Pasaban cosas en la Región de Valparaíso, sin duda. Los institutos binacionales eran importantes gestores de actividades culturales. Desde 1973 existía la Bienal Internacional de Arte de Valparaíso y también algunos concursos orientados a una visión tradicional de las técnicas y géneros artísticos. Pero no había un certamen destinado exclusivamente al arte joven, al arte producido cuando se es

joven e inexperto pero, por lo mismo, audaz e idealista; cuando hay sueños y proyectos, pero no curriculum ni contactos.

En ese contexto de falta de oportunidades y pérdida de referentes que el equipo docente de la carrera de Artes Plásticas comenzó a diseñar el proyecto del certamen, luego de organizar otro evento. En 1978, los profesores realizaron el Salón de Docentes de la Sección de Artes Plásticas. En una hoja común y corriente, Aníbal Pinto –el jefe de dicha sección– escribió a máquina y luego fotocopió lo que sería el “catálogo” de la muestra y allí planteó su objetivo: “Al crear este salón se pretende hacer partícipe a la comunidad, tanto universitaria como regional, del desarrollo de esta actividad plástica en el nivel de la universidad y, de esta manera, promover un nuevo foco cultural que contribuya al desarrollo artístico de la ciudad de Valparaíso”. El impacto inmediato, cundió el entusiasmo entre los alumnos al ver las obras de sus maestros y también las ganas de emular la muestra con obras propias. Los profesores Camilo Carrizo, Aníbal Pinto, León Santoro, Álvaro Donoso y Víctor Carvacho advirtieron la motivación de los alumnos, aunque originalmente su intención no fue que las compitieran, sino sólo mostrar lo que los alumnos de la carrera estaban creando. Por la importancia y el impulso creativo que generó este evento, se considera **el hito fundacional del Concurso Nacional de Arte Joven de Valparaíso**, a pesar de que no sería competitivo, como es actualmente, hasta 1979.

Atkinson 81

En el Cerro Concepción de Valparaíso se encontraban los talleres de las carreras de Pedagogía en Artes Plásticas y Pedagogía en Educación Técnico Manual de la Universidad de Chile. En Atkinson 81 se realizaba gran parte de las clases y allí los alumnos tenían un lugar no sólo para tareas curriculares, sino también para trabajar su obra personal con toda libertad. En ese espacio protegido, que los alumnos consideraban su casa, se concretó en abril de 1979 la primera versión de lo que hoy conocemos como Concurso Nacional de Arte Joven y que entonces, a la manera de las tradicionales exposiciones europeas, se denominó Salón de las Artes Plásticas.

Fue tal el estímulo que produjo en los jóvenes poder ver las obras de sus pares que, pocos meses después -en agosto de 1979-, el centro de alumnos de la carrera y las autoridades universitarias organizaron una muestra de estudiantes y profesores en la Biblioteca Santiago Severín. Se exhibieron trabajos hechos por 62 alumnos durante el primer semestre de ese año, bajo el simple rótulo de Exposición de Talleres.

Fue esa la forma de transitar hacia un espacio más público, mostrando obras donde el proceso de creación era más relevante que el producto final. Con ello se cumplía la misión universitaria de llevar a la comunidad la investigación y creación de conocimiento que

se realizaba al interior de las aulas. La Decana de la Facultad de Educación y Letras de la época, Olga Arellano, colaboró decididamente con el evento y escribió para el modesto catálogo impreso, afirmando que “en nuestra región, la Carrera de Artes Plásticas ha contribuido en el campo cultural entregando al público exposiciones, organizando concursos, participando de jurado y entregando técnica y destreza (...) de esta manera se ha integrado al desarrollo artístico de Valparaíso”.

Aunque la exposición en la Biblioteca Severín no es el vínculo directo con el concurso como lo conocemos hoy, sí es el primer antecedente del contacto de los alumnos con espectadores que no fueran parte de su comunidad universitaria. Junto con ser una forma de celebrar los ocho años de la carrera de Pedagogía en Artes Plásticas, creada en 1971 dentro de la Facultad de Educación y Letras, constituyó también un modo de probar en el presente lo que sería el trabajo futuro de los alumnos en cuanto artistas.

Catálogo de la exposición realizada en la Biblioteca Santiago Severín en 1979.

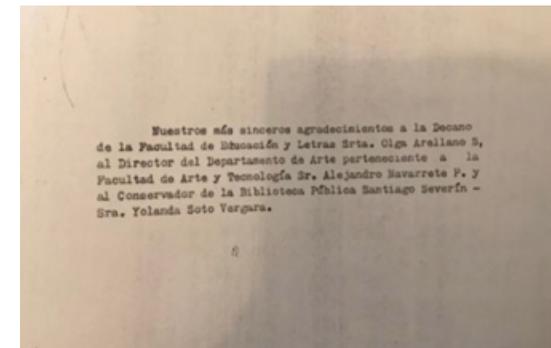
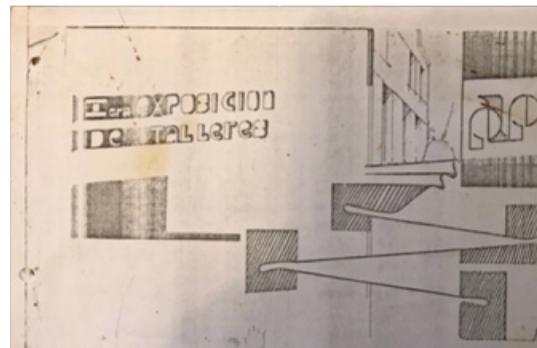
Al segundo año, en 1980, el evento se llamó Concurso de Creación Plástica y también se acompañó con una exposición de docentes. La proyección del certamen aún era limitada, sólo participaban obras de los alumnos de la Facultad de arte y Tecnología. Pero luego, en 1981, un cambio inesperado y radical acabó marcando el destino del concurso. Ese año se dividió la sede Valparaíso de la Universidad de Chile en dos instituciones nuevas, la Universidad de Valparaíso y la Academia Superior de Ciencias Pedagógicas, que más tarde se convertiría en la Universidad de Playa Ancha.

El concurso quedó en la nueva universidad, pero los alumnos de Artes Plásticas fueron derivados a la academia. La Escuela de Arte existía, había un director –Alejandro Navarrete–; un subdirector –Camilo Carrizo– y un Jefe de Sección –Aníbal Pinto–, pero no formaba artistas. Pasaban por ella alumnos de Diseño y Arquitectura para tomar algún curso específico, y también asistían profesores en busca de perfeccionamiento docente.

Pero alumnos que quisieran y soñaran con ser artistas no había. El vacío físico y creativo fue llenado entonces con la organización a tiempo completo de un concurso de mayor envergadura, que pudiera convertirse en un verdadero diagnóstico de la producción artística joven y una plataforma en la formación de creadores emergentes.

Para la comunidad universitaria el desarraigo de la Universidad de Chile era un hecho violento y traumático, pero la división tuvo un efecto paradójico sobre el concurso. La dedicación total de los profesores al proyecto contribuyó inmediatamente a su crecimiento: en 1981 la convocatoria se amplió a la Región de Valparaíso y al año siguiente a nivel nacional. Desde entonces hasta hoy, los artistas de todo Chile pueden mandar sus obras.

Solo otro cambio tendría que suceder para que el concurso fuera formalmente el mismo que conocemos hoy: en 1986 pasó a llamarse oficialmente Concurso Nacional de Arte Joven de la Universidad de Valparaíso.



Comienzos pequeños, grandes sueños

Los cambios de los primeros años fueron vertiginosos y el alcance del concurso creció de golpe. El proyecto acotado de fomentar la creación en los estudiantes iluminó el circuito artístico y se instaló como una vitrina apreciada y codiciada. Su prestigio creció tan rápido que en pocos años se constituyó como la oportunidad de empezar una carrera a nivel nacional. Una especie de rito de iniciación, donde los jóvenes accedían al mundo profesional del arte a través de una validación en distintas áreas: ser evaluados por un jurado de profesionales autorizados, ser exhibidos en un buen espacio y con un montaje riguroso, aparecer en un catálogo impreso -única manera de promocionar el trabajo artístico en un mundo sin internet-; difusión en los medios de comunicación de alcance regional y nacional y, además, la

oportunidad de recibir un premio que apoyara económicamente sus carreras.

En un principio los galardones fueron conmovedoramente modestos: primero diplomas y luego premios obtenidos por donaciones, especialmente de los profesores de la carrera, como consta en una nota que Álvaro Donoso le envió al entonces director de exposiciones, Sandalio Valdebenito. Así recuerda el pintor y profesor Camilo Carrizo este comienzo humilde e improvisado: "(...) acordamos entregar algunos premios (modestos aportes nuestros, pliegos de papeles, lápices, tubos de óleos, pinceles) como estímulo para los que se estimaron como los trabajos más creativos. Ese fue el comienzo del "Concurso de Creación Plástica", así de simple. Como las cosas que después, con el paso del tiempo, crecen y se desarrollan, logrando el reconocimiento oficial por decreto".*

Trascendental para el desarrollo futuro del concurso resultó el contar tempranamente con un lugar de exhibición estable. Para hacer accesible el arte joven a toda la comunidad, era necesario contar con una sala propia y la universidad cedió el edificio de la Escuela de Arquitectura, ubicado entre las calles Blanco, Almirante Martínez y Avenida Errázuriz. El recinto había perdido sus dos pisos superiores en el terremoto de 1971, pero tenía la enorme ventaja de ubicarse en pleno centro de la ciudad y, además, distinguirse por una apariencia singular, marcada por un gran farol que iluminaba la entrada de calle Blanco. Así nació la que hasta hoy se llama sala El Farol y que también hasta hoy acoge cada año la exposición de obras finalistas del concurso.

En 1982, pese a la crisis económica que asolaba al país, la universidad entregó un respaldo concreto y oficial al certamen, creando el Premio de Honor Universidad de Valparaíso. El galardón tiene como característica ser de adquisición, por lo que la universidad podría de esta forma iniciar una valiosa colección de arte contemporáneo. Esta idea apuntaba al futuro y tenía como fin último la creación de un museo universitario, equivalente regional del Museo de Arte Contemporáneo de Santiago, que depende de la Universidad de Chile. Era una nueva utopía del profesor Álvaro Donoso.

Donoso era profesor, escritor y crítico de arte, y compartió, en los inicios del concur-

ABRIL 1995

Estimado don Sandalio:
Colocando nuevos estantes para los libros que aumentan en proporción geométrica, agradezco estos catálogos del "Concurso de Arte Joven", y como joya única, el folleto del Segundo Concurso 1980. Allí se comprueba el premio "Álvaro Donoso" que otorgaba para estimular a los jóvenes grabadores. También figura ya Víctor Maturana con un premio. Servirán para su archivo.
Saludos cordiales
ÁLVARO DONOSO

Nota escrita
por Álvaro
Donoso.

so, la responsabilidad de organizarlo junto al equipo de profesores de la carrera. Pero quizás por ser más visionario o ambicioso en las ideas, hizo suyo el proyecto y se encargó de ampliar las pretensiones del certamen. De hecho, a petición suya se creó la sala El Farol, recinto que se convirtió en cuartel general del profesor desde que fuera nombrado encargado del concurso. Trabajando de modo bastante solitario –cosa que le acomodaba–, Donoso se comprometió por entero, identificándose profundamente con el proyecto. No titubeó en recurrir a sus contactos en distintas esferas, cosa que se tradujo en la exposición de obras seleccionadas y ganadoras en el Museo Nacional de Bellas Artes y en la participación como jurados de conocidas personalidades del mundo artístico de la época.

A su deseo de convertir al concurso en un hito cultural de nivel país, sumó el sueño de que la universidad tuviera su museo. En algún momento fue apoyado por la institución en dicho proyecto, tal como se corrobora en las palabras del rector Raúl Celis Cornejo en 1987: “Como un modo de incentivar a los creadores y a fin de exhibir permanentemente su obra a las generaciones futuras, se ha expresado en las bases que el premio principal, denominado Universidad de Valparaíso pasará a incrementar la colección del Museo de Arte Moderno de nuestra institución, en cuya organización se encuentra empeñada la Dirección de Desarrollo y Extensión Cultural”.

Más tarde, en 1994, el Director de Extensión y Comunicaciones de la Universidad de Valparaíso, Alejandro Rodríguez Musso, mantuvo vigente este discurso al anunciar una exposición con los artistas premiados hasta ese año. Las obras, según sus palabras, “constituyen la Pinacoteca de la Universidad de Valparaíso”.

Pese a su deseo y al plan inicial, el artista Álvaro Donoso murió en el 2010 sin ver su idea realizada. No obstante, Donoso sí logró mantener y aumentar la relevancia del concurso como acontecimiento cultural que, cada año, moviliza a cientos de artistas en todo el país e instala el arte joven como tema noticioso en los medios de comunicación.

Víctor Maturana, alumno y ayudante de Álvaro Donoso, ganador de varios premios en distintas versiones, reconoce este protagonismo del profesor de grabado dentro de la historia del concurso, a pesar de que la idea original nació en el colectivo de profesores: “Álvaro Donoso se merece el reconocimiento porque llevó el concurso a un nivel superior. La idea original es de un equipo de profesores, pero el trabajo de proyección lo hizo él. Esa es la época más significativa del concurso, porque además era un proyecto que se hacía desde una escuela de arte”.

Polémica y debate

Después de que Álvaro Donoso dejara de ser el encargado del concurso a fines de los 80, el lugar fue ocupado por personas de perfil diferente en cada ciclo: artistas, diseñadores, arquitectos y gestores culturales, aunque todos destacados agentes del ámbito artístico regional. Quienes tuvieron mayor permanencia fueron Edgardo Catalán (1993-1994 y 1999-2001 como curador y 1998 como director de sala El Farol); Jorge Osorio (1995-1997), Gumaro Fernandois (1991-1992 y 2002-2010), Rafael Molina (2011-2014) y Rafael Torres (2015 a la actualidad).

Todos vivieron momentos diferentes del concurso, de acuerdo a las distintas realidades económicas y políticas del país. Pero, sintomáticamente, todos han pasado por experiencias similares, ya que el concurso siempre vuelve a encender ciertos temas, con más o menos polémica.

Por ejemplo, cuatro de ellos se destacan como debates permanentes: si la noción de arte joven asegura que sea arte contemporáneo (con la variante de si un arte hecho con criterios y oficio profesionales es todavía joven); qué categorías deben usarse para clasificar las obras; cuánta influencia hay en las obras de movimientos artísticos anteriores o tendencias internacionales y, el más trascendente, qué hace que una obra sea arte y, en ese sentido, si todos los medios expresivos y de factura tienen el mismo valor.

Son temas que de alguna manera cruzan cualquier discusión acerca del arte contemporáneo universal y, aunque no hay respuestas absolutas a las preguntas que generan, si una obra del concurso llega a producir polémica por la rareza de sus formas o procedimientos, los cuestionamientos se ajizan y los prejuicios se toman la discusión. Pero son polémicas bienvenidas porque avivan la reflexión sobre el arte contemporáneo y enriquecen la mirada sobre la producción artística chilena.

Un problema de orden práctico, sin embargo, ha sido tan relevante como las elevadas controversias anteriores: el tamaño de las obras en relación al espacio de exposición disponible. Parece pedestre, pero una de las características del arte contemporáneo es el trabajo en grandes formatos o en obras con emplazamientos físicos intrincados, cosas que empezaron a notarse desde principios de los 80 en los envíos al concurso. Ambos tipos de obras requieren un gran espacio de almacenamiento y luego de exposición, lo cual complicaba la selección y ponía a los jurados en la difícil situación de tener que eliminar un concursante porque su participación implicaba mucho espacio.

Pedro Labowitz, miembro del Círculo de Críticos de Chile, fue jurado en 1985 y se encargó de consignar este problema en el catálogo de ese año: “El hecho de que por razones físicas de exposición sólo podía elegirse un número limitado de obras –aproximadamente un 10% de los envíos– ineludiblemente significó que quedaran excluidas muchas de un nivel artístico muy similar a otras que quedaron seleccionadas (...) el número de premios y menciones honrosas estaba fijado de antemano por las bases y el jurado tuvo que atenerse a ellas”.***

El destacado escultor Osvaldo Peña, jurado en la versión de 1988, también dejó constancia en el catálogo de la exposición de los desafíos que planteaban las nuevas modalidades de obras enviadas: “(...) este concurso deberá enfrentar las versiones técnico-espaciales que demanda el advenimiento de las

nuevas tendencias, con obras de monumental envergadura y complejo montaje, que el desarrollo futuro hace previsible y que la Universidad de Valparaíso, estamos ciertos, sabrá asumir”.***

En algunas versiones el problema se solucionó haciendo exposiciones simultáneas en tres lugares: sala El Farol, Instituto Chileno Norteamericano de Cultura de Valparaíso y ex Café Vienés, que entonces funcionaba como sala de exposiciones de la Municipalidad de Valparaíso.



Circuito de salas con obras del concurso en 1993.

Pero, sin duda, el tema conflictivo por esencia se refería a la juventud de los participantes y cómo su edad aseguraba o no un espíritu innovador y experimental en las obras. El concepto de arte joven, que da nombre al concurso desde 1986, abre el horizonte a obras que recojan el espíritu de la época y revelen temas e inquietudes personales y sociales. El nombre de “arte joven” obliga a asumir las obras como un signo de los tiempos y a postergar las convenciones que habitualmente las juzgarían por su despliegue de destrezas técnicas o búsqueda de la belleza.

Archivaldo Rozas, artista premiado pocos años antes y jurado en 1987 hablaba de la expectativa puesta a priori cuando se apela a la juventud en el arte: “A ellos (los jóvenes) les corresponde hacerse presentes con la vital y compulsiva validez del testimonio joven, imprimiendo en sus objetos de arte un acento audaz e iconoclasta”.

Desde 1981, cuando el concurso se abrió a la comunidad, la edad máxima de los artistas se fijó en los 35 años. Los profesores que idearon el concurso, liderados por Álvaro Donoso y Víctor Carvacho, tuvieron siempre muy claro este límite porque conocían de cerca el proceso creativo. Consecuentemente, asumieron que la madurez artística es un proceso complejo y azaroso, que toma un tiempo particular, muy lejos de las clasificaciones etarias que suele usar la estadística.

A pesar de esa certidumbre inicial, años

más tarde el límite de edad fue rebajado a 30 años, con la intención privilegiar a los más jóvenes, especialmente a los estudiantes de la carrera de arte. Se trató de un tema de fondo y no de una mera formalidad: si las obras que llegaban se veían ya maduras, como pertenecientes a un autor consagrado, ¿podía considerarse arte joven? El objetivo y fundamento original del concurso fue estimular la producción de estudiantes de arte, lo que supone valorar obras no totalmente pulidas porque su sentido se juega en la búsqueda y el proceso más que en un resultado final. Si algo puede entrar sin roces al circuito de exposiciones e incluso transarse en el mercado del arte convencional porque parece una obra resuelta y madura, ¿ha perdido parte de su “juventud” en esa profesionalización aparente?

*Jorge Osorio,
Director del
Concurso en 1997.*

Ese cuestionamiento llevó en un momento a bajar la edad máxima a 29 años, de modo de asegurar que los envíos pertenecieran a gente que estuviera en una etapa primaria de su trayectoria, y no a artistas al borde de la consagración que aspiraran a un buen premio monetario más que a una iniciación de su carrera.

Jorge Osorio, encargado del concurso durante los 90, fue un férreo partidario de bajar el límite de edad. Conocido por sus dichos tajantes y polémicos, el artista formado en la Escuela de Bellas Artes de Viña del Mar partió con una idea clara del sentido del concurso: “Su razón de ser, su esencia, es convertirse cada vez con mayor nitidez en el depositario principal del quehacer plástico a nivel juvenil en el entorno nacional. No



es tarea fácil ni está logrado en su totalidad, porque lo ideal o utópico quizás, es llegar a convertirlo en una suerte de campo magnético que atraiga de manera natural a todos los jóvenes que se expresen en el campo de la plástica”. Ese año la edad media de los concursantes fue de 24 años.

En una crítica publicada en El Mercurio de Valparaíso en 1997, María Soledad Mansilla abordó el tema con las siguientes palabras: “Si bien lo actual queda implícito, una condicionante del concurso que acepta postulantes de hasta 29 años, da la pauta de que invita y reúne a los artistas emergentes, a un arte fresco, no consagrado aún. Los que destacan en él podrían ser los maestros del mañana. Digo “podrían” pues hemos visto muchos chispazos de genio en las obras que luego no fueron motivo de maduración o autorreflexión, quedando a nivel de logros casuísticos”.**

Durante su último año a cargo, Osorio expresó en los medios una visión más dura, incluso desencantada. Declaró que a pesar de haber bajado la edad máxima, el arte joven no era algo que se pudiera asegurar con medidas formales. Concluyó que la experiencia de años recibiendo y evaluando entregas le había aportado al menos dos certezas: que los jóvenes no se despegaban de conceptos artísticos ya probados en otras épocas, lo que evidenciaría problemas de formación y que –para hacer aún más pesimista el diagnóstico– un apreciable número de ellos practicaba lo que él definía como “concurismo”. Es

decir, presentar varias obras muy distintas para aumentar las probabilidades de conseguir un premio.

De distintos modos y con variados énfasis, la controversia vuelve a presentarse cada cierto tiempo: ¿el arte emergente es de suyo arte contemporáneo? ¿Sólo porque el artista que la hace es joven, se asegura que la obra sea innovadora? Álvaro Donoso resumió el conflicto con una declaración sentenciosa: “El arte joven es un arte viejo ejecutado por los jóvenes. No hay nada nuevo en el arte”.*

En la actualidad el Concurso Nacional de Arte Joven de la Universidad de Valparaíso ha retomado el límite original de los 35 años, que es el que prima hoy en el mundo del arte contemporáneo internacional, donde recién se considera maduro a un artista que ha superado los 40 años.

Categorías y jurados

El objetivo del concurso de ser una muestra de la producción artística contemporánea ha obligado siempre al jurado a tener en cuenta que las obras seleccionadas representen el espíritu de la época pero, al mismo tiempo, sin desmerecer las obras desarrolladas en disciplinas más tradicionales como la pintura o la escultura.

Edgardo Catalán, artista de la Escuela de Bellas Artes de Viña del Mar, en 1998 hace un

resumen del rol del jurado que se encontraba frente al dilema de categorizar y seleccionar: “Los envíos al Concurso Nacional de Arte Joven de los últimos años han sido masivos y reflejan, a escala nacional, la mayoría de los discursos estéticos vigentes, desde los más tradicionales a los más rupturistas y contestatarios (...) La selección final ha sido siempre el resultado de las opiniones de un jurado cuya composición ha pretendido incluir –con más o menos éxito– representantes de las varias disciplinas del quehacer artístico, generalmente con planteamientos estéticos discrepantes. Esta situación ha descartado siempre la posibilidad de que el concurso pudiera convertirse en una propuesta curatorial específica, ideológicamente excluyente”.***

En 2004, el jurado (formado por Carlos Altamirano, Alberto Madrid y Edwin Rojas) explicaba su función, asumiendo que las obras a las que se enfrentaban eran un diagnóstico del arte contemporáneo hecho por jóvenes en Chile: “Mirar, recorrer, detenerse, recordar, separar, son los verbos de la acción inicial del jurado. Luego compartir y comparar criterios que van armando la selección (...) La mirada del jurado, en el trayecto y selección, le permite formarse un panorama –una vista– sobre la producción del arte joven”.***

A la complejidad propia de tener que analizar cientos de obras, el jurado debía sumar el tema de las categorías, un nudo cada vez más enredado por la multiplicidad de téc-

nicas y la mezcla de ellas. La incorporación de nuevos medios expresivos y, al mismo tiempo, la sobrevivencia de las secciones artísticas tradicionales hizo que las categorías del concurso siempre fueran motivo de controversia. Si se hacía la división clásica por especialidades técnicas –pintura, escultura y gráfica– se la consideraba demasiado tradicional y poco contemporánea. Si se definía una categoría tridimensional o de técnicas experimentales para incluir obras más instalativas o de materiales no convencionales, se consideraba un criterio demasiado amplio. O si se incluía fotografía y arte digital como nuevas formas de producción artística, se enfrentaba al prejuicio común de que no podían compararse con los oficios manuales de otras disciplinas.

Ya a fines de los 80 se evidenciaba la incomodidad del jurado frente a las clasificaciones técnicas. El fotógrafo Francisco Rivera, miembro del jurado en 1989, lo hizo ver en una entrevista: “(en el concurso) se corroboró algo que se ha venido manifestando a nivel mundial en el arte. La obra no se encasilla en una técnica, sino que se interrelaciona (...) ya no hay estancos, ya no se puede hablar del arte separado ni darle preferencias a la escultura o la pintura. Es el arte visual el que se está estableciendo”.**

Edgardo Catalán planteaba en 1994 una visión casi contraria a la de Rivera, cuestionando la ambigüedad que resultaba de la mezcla interdisciplinaria o el exceso de dis-

curso: “La siniestra tendencia imperante de relativizar todo parece haber invadido también el terreno del arte. Todo es arte y nada es arte. El mundo es una gran “instalación”, una gran “técnica experimental”, un “happening” que se muere de conceptualización, una gran “chacra”, en la jerga juvenil, una técnica demasiado mixta. **

Catalán vivió en carne propia lo dura que podía ser la polémica que comenzó en 1998 se cumplían los 20 años del concurso. Él era el director de la sala El Farol y hubo tal revuelta pública por la premiación, que el tema apareció en la prensa durante varios días. Se habló de “El remezón de los 20 años”, a partir de que se cuestionaba la calidad técnica y estética de las obras premiadas e incluso se ventilaron las discusiones que tuvieron los jurados durante sus sesiones.



JURADO.— En la fotografía los miembros del jurado, desde la izquierda, Francisco Rivera Scott, Sergio Rojas Guerra y Lucy Lafuente Indo, observan la obra ganadora del Concurso de Arte Joven de la Universidad de Playa Ancha del autor José Cornejo Toledo.

Francisco Rivera en deliberación del jurado de 1989.

Edgardo Catalán argumentando a favor del concurso en la prensa, 1998.





Carta de Edgardo Catalán en *El Mercurio*, 1998.

Se hizo patente la discusión sobre la originalidad del arte en un mundo globalizado, cuánta influencia es aceptable en una obra y cuándo un trabajo no es más que una copia de algo que está en boga en el arte internacional. Tan fuerte fue la discusión sobre qué es arte y qué no, que de las 612 obras enviadas ese año se rechazó un 88%. Y nuevamente fueron puestas en cuestión las categorías o especialidades, al punto que el director del concurso, Michael Jones, habló de “tender a eliminar las inscripciones por especialidades para poder seguir destacando a los mejores sin importar la técnica usada.”**

Ese año la fotografía se llevó la mayor cantidad de premios y, como si le faltara aire al

fuego, eso sumó otro elemento a la controversia: el uso de la tecnología en la producción de imagen y si era pertinente otorgar el mismo valor a una obra producida manualmente que a una en que intervinieran procedimientos mecánicos.

El concurso tenía un origen enraizado en los oficios manuales, incluso con un gran auge de una disciplina ancestral como la cerámica en sus primeros años. Poco a poco, el carácter experimental de las obras presentadas por los jóvenes fue abriendo las posibilidades, especialmente hacia un arte más objetual, que rescataba elementos cotidianos de la cultura popular. Sin embargo, durante años se mantuvo el cuestionamiento hacia el uso de tecnologías en la producción de obras. La fotografía fue objetivo recurrente

de este cuestionamiento, que luego se centró en el llamado “arte digital”.

Sin embargo –cuestión que pone una vez más en relieve los aportes pioneros del concurso– en 1990 el premio de honor recayó precisamente en una pieza de carácter digital. En una época en que el uso de la informática para la producción artística resultaba ajena a los conceptos estéticos predominantes, el Concurso Nacional de Arte Joven entregó el máximo galardón a Paul Beuchat por su obra Fotografía Gráfica Computarizada, íntegramente generada en computador e impresa fotográficamente. Tal vez por tratarse de una época de avances democráticos y aperturas culturales, este premio fue bien aceptado por artistas, expertos y espectadores en general.

Debate y polémica por el concurso en la prensa de 1998.





PREMIO U. DE VALPARAISO.— En la sala "El Farol" (Blanco 1113) está abierto al público el salón correspondiente al XII Concurso Nacional de Arte Joven 1990, mención gráfica. Arriba aparece el ganador del Premio "Universidad de Valparaíso", Paul Beuchat Shaw, junto a su obra titulada "Gran cara", realizada en computador.

Un premio pionero para arte digital en 1990 para Paul Beuchat.

Pero esos avances en la ampliación de los criterios estéticos muchas veces se olvidan. Cada tanto vuelven los cuestionamientos sobre la validez de las obras ganadoras, como en 2007, cuando una caja de cartón pintada en una de sus caras logró el primer lugar, por sobre un cuadro más tradicional. Ejemplos similares abundan en la historia del certamen que, de modo muy concreto ha corrido sensibles riesgos premiando obras tan poco convencionales como el enorme perro para la ropa con que Víctor Maturana ganó en 1983, las bolsas de té de Archivaldo Rozas en los años 80, la escultura de papel pintado realizada por Francisca Sánchez o la recreación de una autopsia en 2007.

No obstante, las polémicas a favor o en contra de lo rupturista presentan una suerte de movimiento pendular, alternándose con retornos a la tradición o, si se quiere, al rescate y puesta en valor de modos y técnicas inscritos en la médula del arte occidental. En 2007, la artista y jurado Isabel Klotz celebraba que en las obras llegadas al concurso había una vuelta a la manualidad ("y, con esto, el dejar atrás el arte conceptual"). Hace pocos años, en 2012, las dos obras que ganaron los premios mayores del concurso fueron pinturas realizadas con los materiales más clásicos —óleo sobre tela— y con un representación realista. Sin embargo, no cabe sacar cuentas a favor de ningún bando. Al año siguiente, en 2013, uno de los premios de mayor monto se lo llevó una escultura hecha con palitos de fósforos.

Claramente resulta imposible ejecutar cálculos exactos en materia de arte contemporáneo. El coeficiente de sorpresa que cada año viene en los envíos de los concursantes, sumado al enigma de la deliberación de jurados autorizados pero en rotación permanente, hacen que el certamen sea siempre una gran promesa de descubrimiento y asombro. La única apuesta a seguro, lo mismo hoy que hace cuatro décadas, es que el Concurso Nacional de Arte Joven se mantiene como una vitrina importante que los artistas jóvenes chilenos valoran y agradecen.

Pasado y futuro

En los últimos 40 años Chile ha cambiado de manera radical. El crecimiento económico y los nuevos patrones socioculturales, encarnados por masas de consumidores exigentes y ávidos de bienestar, han llevado al país por rutas que hasta hace unas décadas nadie creía posibles. La vida es distinta, sin embargo, los desarrollos distan de ser parejos. De hecho, el mundo del arte y la creación cultural siguen apareciendo dolorosamente rezagados. Descontando la censura y persecución vivida en dictadura, la situación de las ahora llamadas industrias creativas es muy similar a la que se observaba a fines de los años 70. Igual que en 1978, hay pocas salas de exposición, pocas becas y poco auspicio de privados. El Estado, en democracia, se ha encargado de apoyar el trabajo artístico principalmente a través del Fondart y de la gestión de espacios públicos de exhibición para suplir, al menos parcialmente, la escasez de oportunidades. Es cierto que hoy los artistas jóvenes tienen acceso ilimitado a la información y que se han creado, a través de la autogestión, plataformas y redes de colaboración autónomas. Pero en lo que se refiere al establishment del arte, la participación de los sectores privado y público en cultura sigue en una situación deficitaria. En tal contexto, la Universidad de Valparaíso, como institución pública, ha reanudado su compromiso en la solución de ese problema sensible de la cultura cada año que organiza el Concurso de Arte Joven. Sin embargo, tal

como lo enseña reiteradamente la historia del país, la persistencia resulta sobremane-
ra dificultosa. Dicho en términos simples,
en un país como el nuestro, y más allá de las
voluntades, no se pueden garantizar recur-
sos para enfrentar grandes desafíos cultura-
les. Álvaro Donoso y Edgardo Catalán, dos
de los directores más destacados del con-
curso dieron debida cuenta –cada uno en su
tiempo– del lado amargo del proyecto: los
auspicios privados siempre fueron variables
e inseguros y la universidad, en situaciones
de crisis económicas, invariablemente se vio
obligada a reducir el presupuesto asignado.

Donoso fue incluso más allá, criticando de-
rechamente el rol de la universidad en los
primeros tiempos del concurso. Fiel a sí
mismo, manifestó que la iniciativa no fue
apoyada ni valorada hasta que adquirió
prestigio: “(...) los académicos y la institución
se subieron al carro del éxito. Antes ofrecían
la mayor indiferencia”.*

En los 90, Catalán reconoció abiertamente la
inescapable incertidumbre que enfrentaba
regularmente la consolidación del concur-
so: “Consolidación que, por supuesto, está
expuesta a todas las incertidumbres exis-
tenciales de las empresas artísticas sujetas a
un patrocinio institucional, ya que, así como
en el ámbito periodístico se dice que en un
conflicto bélico la primera víctima es la ver-
dad, así también sabemos que el arte lo es en
cualquier problema presupuestario”.***

Como en toda existencia que alcanza las
cuatro décadas, ha habido años de mayor
crecimiento y repercusión, y otros de menor
energía, pocas luces y bajo presupuesto. Pero
el 2011, el año de las demandas estudiantiles
en Chile, la universidad enfatizó el carácter
de alianza y compromiso con los jóvenes
que siempre ha significado el concurso. Se
inyectaron más recursos, se reforzó la difu-
sión y se incrementó el monto económico
del Premio de Honor.

Era un momento simbólico en el área de la
educación y central para las instituciones
públicas que la imparten. Las protestas es-
tudiantiles que demandaban cambios en el
sistema educacional, bajo el lema de “edu-
cación pública, gratuita y de calidad,” habían
sensibilizado a la comunidad y también a
las instituciones, recordándoles su impor-
tante labor en la formación y promoción de
cambios en la sociedad. La Universidad de
Valparaíso recogió el llamado estudiantil a
través del concurso, apuntando justamente
a revitalizar una actividad que estaba des-
tinada al público joven que encabezaba las
demandas.

Desde entonces, el compromiso se ha man-
tenido y durante el 2017 se vivió un notorio
repunte de interés de la comunidad y los
medios de comunicación en el concurso.
También se retomó la itinerancia de la ex-
posición de seleccionados, afianzando redes
de colaboración con otras instituciones cul-
turales. El académico José de Nordenflycht

sostiene, en su testimonio para este libro,
que todo lo que empieza primero en Valpa-
raíso, es lo último en terminar.

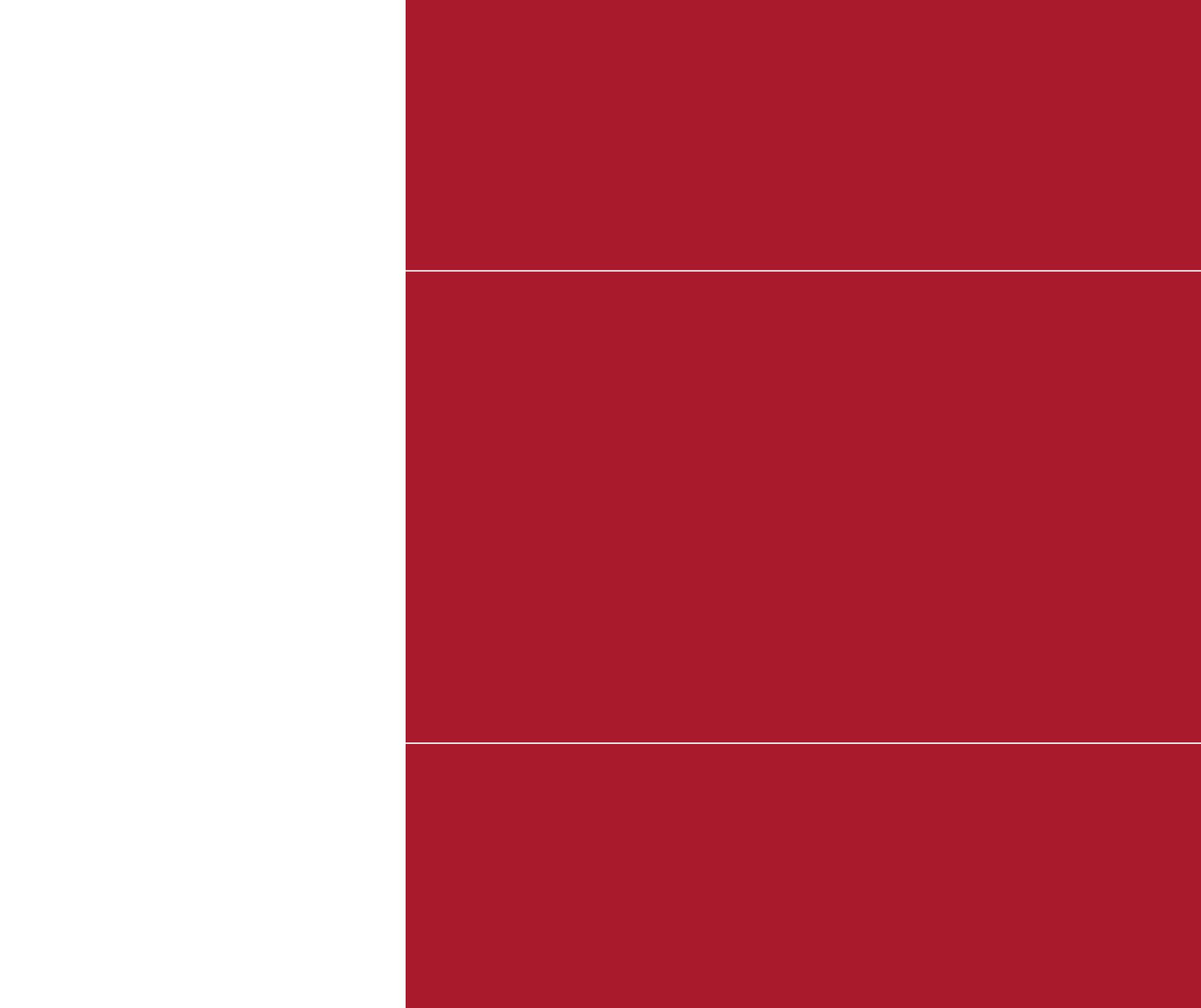
La revitalización del evento parece confir-
mar que el Concurso Nacional de Arte Joven
de la Universidad de Valparaíso se encamina
desde hoy al medio siglo gozando de exce-
lente salud y que la “anomalía” de su persis-
tencia –lejos de ser inercia– afianza cada año
su destino de ser un hito cultural en Chile.

NOTAS:

*Archivo de Juan Bragassi

** Archivos de prensa

***Catálogos Concurso



Cuatro décadas en primera persona

40 años | Concurso Nacional de Arte Joven de la Universidad de Valparaíso

Para tener una visión general –pero al mismo tiempo única y personal–, de los 40 años del Concurso Nacional de Arte Joven de la Universidad de Valparaíso, le preguntamos a distintos actores de las artes visuales de Chile su opinión sobre el certamen, a través de tres preguntas:

1. ¿Qué valor le otorgas al concurso en el contexto de producción artística actual?
2. ¿Qué importancia histórica tiene el hecho de que el concurso sea el único que se ha mantenido vigente en 40 años y como explicarías esta singular sobrevivencia?
3. A la luz de tu experiencia, trabajando en arte chileno y analizando sus particularidades, ¿qué incorporarías o corregirías al concurso para asegurar su proyección en el futuro?

Muchos de los consultados han sido protagonistas directos, pues fueron distinguidos en alguna versión –incluso desde su primer año– o participaron siendo curadores o jurado del concurso. Otros son importantes gestores en diferentes áreas, desde galeristas y curadores a historiadores del arte. La idea fue conocer cómo el concurso influyó sobre la carrera artística de quienes recibieron premios, qué significó participar para quienes tuvieron la importante misión de organizarlo o elegir ganadores, pero también contar con la visión de agentes de la cultura que –sin haber participado directamente– pueden aportar una visión más global sobre el lugar que ocupa el certamen dentro del mundo de las artes visuales en Chile.

Después de recibir sus opiniones, resulta gratificante comprobar la importancia que tuvo el concurso para los artistas premia-

dos en el inicio de sus carreras y la emoción con que lo recuerdan. Incluso teniendo una visión crítica sobre algunos aspectos, los artistas lo destacan como una oportunidad excepcional en el contexto nacional de las artes visuales, en las distintas épocas en que cada uno participó.

Asimismo, es posible constatar la necesidad de contar con información que recopile la historia del certamen, especialmente por ser el único en Chile que ha cumplido 40 años de vida ininterrumpida. Este libro pretende justamente responder a esa necesidad, por lo que se ha realizado no sólo con la intención de conmemorar las cuatro décadas del concurso, sino también con el propósito de generar una documentación que sirva a quienes estudian y analizan la producción artística nacional.

Carolina Abell



*Jurado en 2011.
Licenciada en Estética,
Curadora y Crítica de Arte.*

Con casi 40 años de existencia, esta iniciativa de arte joven aparece como una instancia de encuentro imbatible. En ese contexto, recuerdo importantes certámenes nacionales jibarizados y, otros, simplemente fallidos. El solo hecho de que este encuentro sea nacional y siga vigente, es encomiable. Su impacto ha ido variando con los años, sin embargo, es justo reconocer que muchos de sus jóvenes premiados figuran hoy en las páginas de la historia del arte chileno. Quiérase o no, sus premios se transforman en referentes. Por ello, los organizadores han asegurado que la evaluación de sus resultados se haga a través de una acuciosa y profesional selección de evaluadores para integrar el jurado. Historiadores del arte, críticos, profesores, artistas, curadores... que han buscado dar oportunidades a los jóvenes con propuestas visuales más sólidas.

A fines de la década de los '70, cuando se inicia este dilatado concurso, existían pocas oportunidades para los artistas nacientes. Era impensable conseguir la magnitud de los fondos hoy concursables, becas y otras iniciativas. Las galerías de arte eran muy escasas y los museos, limitados. El coleccionismo estaba por el suelo y era normal trabajar en cualquier cosa para poder crear. Eso ha ido cambiando. Y, en alguna medida, la trayectoria continuada de este concurso ha contribuido a mostrar a la sociedad (local y central) el valor del arte.

Imaginación sobra para incorporar mejoras. Sin embargo, es prioritario detenerse

para analizar el camino hecho. Evaluar. Es fundamental reflexionar. Planificar el futuro apoyados en la consulta de opiniones autorizadas de participantes antiguos y actuales, jurados, curadores... Ahí recién se podrían estudiar las proyecciones del concurso de hoy y empezar a corregir debilidades. La sociedad evoluciona y las necesidades van mutando. Los artistas viven en el escenario cotidiano que hoy es internacional, infinito y digital, entre otros aspectos. Por eso hay que pensar sobre la pertinencia de su continuidad e introducir mejoras. Por ejemplo, adaptar las bases de participación a la vida actual, fortalecer la difusión del concurso, usar las redes sociales y, entre muchos otros aspectos, aunar voluntades para darle un destino interesante a las obras que ya son parte de la historia del certamen.

La prolongada convocatoria ha provisto a la institución de una importante cantidad de piezas de arte que van a conformar algún día –según la orientación curatorial que se siga– una colección que refleje los andares juveniles de la creación chilena de un importante y poco estudiado periodo histórico. Ellas merecen un análisis. Un lugar según criterios museológicos. Necesitan ser estudiadas y apoyadas por una labor curatorial. Hay que crear ese trozo de historia del arte. Ligar a los artistas ganadores del pasado con los de hoy. Crear información que dé cuenta del verdadero impacto del encuentro, de la trayectoria de los artistas, de los jurados, de los organizadores. De lo contrario, nada quedará.

Gaspar Álvarez



*Mención Honrosa en
2012 y 2014.
Vive y trabaja en Santiago.*

Participé durante tres años seguidos porque estaba terminando la carrera de arte y el concurso era una gran plataforma de exhibición para artistas jóvenes. Además era famoso entre los estudiantes de arte por tener un buen premio.

Las menciones que obtuve en el concurso las gané con obras que expuse o que iban a ser expuestas en mis primeras muestras más importantes, entonces fue una especie de confirmación de que los trabajos funcionaban.

Como dije antes, creo que es muy importante porque constituye una vitrina para artistas que aún no se abren a exponer y que quieren mostrar sus trabajos en un contexto serio y respetado. Mientras se promueva el arte joven y se den esos espacios que difieren de la burocracia de las galerías, este concurso se va a seguir manteniendo como un pilar importante.

Isabel Aninat



*Jurado en 1987.
Fundadora de Aninat
Galería de Santiago.*

El mérito del concurso es hacer visibles a los artistas jóvenes de todo Chile, descentralizando la idea de que el arte se hace sólo en Santiago. Apoyarlos inscribiéndolos en el mundo del arte y económicamente para que puedan producir obra.

Artistas como Mariana Najmanovich una de las ganadoras del 2017 –quien hoy trabaja con Aninat Galería– demuestra la importancia del concurso, ya que la artista con su calidad y seriedad no solo se proyecta nacionalmente sino que ha sido seleccionada por una de las más importantes ferias internacionales –Untitled– para mostrar en diciembre su trabajo.

Es extraordinariamente importante que en el país haya un concurso con 40 años de trayectoria y que mantenga su calidad. Algo pocas veces visto en Chile, donde las iniciativas aparecen con gran entusiasmo, tanto de sus creadores como del público, y luego éste siempre se desvanece rápidamente. Creo

que quizás el hecho de que esté una universidad detrás ha servido de garante, aunque hay muchos casos en que universidades han patrocinado concursos y se los ha llevado el viento. Lo más importante para que el Concurso Nacional de Arte Joven siga proyectándose en el futuro es que tiene que seguir considerándose, a nivel de rectoría, como un aporte moral y ético a la cultura del país.

Creo que para afianzar y asegurar su proyección habría que potenciar la convocatoria en todo el país. Y tal vez cambiar la modalidad del premio, dándole un monto mensual al artista ganador –que no implique grandes costos para la universidad– por el periodo de un año, para producir obra. Y con esa producción podría realizarse una exposición, eso permitiría hacer un seguimiento al artista premiado y no dejar sus méritos reducidos a solo una obra.

Giancarlo Bertini



*Premio Gala en 1997,
Mención Honrosa en 1996.
Vive y trabaja en
Valparaíso.*

En los años 90 el concurso adquiría el mayor prestigio a nivel nacional, era muy exigente, los catálogos llegaban a todas las instancias nacionales vinculadas al arte y la cultura. Por hacerse en la provincia, para los artistas que ganaban significaba la consagración regional y, a veces nacional. Participaban los mejores artistas jóvenes de todo Chile, lo que muestra su repercusión y cómo se nos hacía imprescindible participar.

Cuando gané premios se me abrieron las puertas en las mejores galerías de Santiago. Hay que pensar que en una época sin internet, el concurso y su catálogo impreso funcionaban como catastro de lo que se estaba realizando a nivel de artistas emergentes. Al siguiente año viajé a México y, para mi suerte, el director de Galería Praxis internacional había estado en Chile y conocía el concurso. Vio el catálogo y me invitó a ser parte de su galería inmediatamente.

Luego, bajo la dirección y curatoría de Ed-

gardo Catalán, fuimos seleccionados cuatro artistas para representar el concurso en el encuentro iberoamericano de arte joven realizado en Bogotá. Eso fue notable y de ahí en adelante fue más fácil conseguir salas y galerías. Me invitaron a una exposición colectiva con artistas importantes de la plástica nacional; mi nombre figuraba entre consagrados y eso me estimuló aún más, luego mis obras estaban al lado de Matta o Cienfuegos, expusimos en Miami... en realidad a los 28 años eso era de alto impacto personal y profesional.

El concurso es y será una forma de medir a la plástica contemporánea y lo que se está realizando en las diferentes aulas de Chile, es el termómetro nacional de lo que es Chile través de los artistas jóvenes y sus inquietudes. Al permanecer 40 años mantiene vigentes a todos los que hemos estado ahí de diferentes formas, estamos todos en su historia. Es el concurso chileno de todos los tiempos y lo será por muchos años más.

Francisco Brugnoli



*Jurado en 2001.
Director del Museo de Arte
Contemporáneo.*

Para mí el valor del concurso es, en primer lugar, el de su amplia convocatoria que lo hace ser el mayor de su tipo, a lo que se agrega su larga historia. En cuanto a su contenido, su valor se encuentra en presentar a una generación emergente desde las distintas escuelas de arte del país. Esto nos permite enfrentarnos a deseos de mundo que comportan potenciales miradas críticas al contexto de producción de su trabajo, sea éste la escuela de arte o el instalado por las generaciones precedentes.

40 años es mucho o muy poco tiempo en historia del arte. Entonces, ya esa supervivencia señalaría en primer lugar que resuelve una necesidad de visualización del artista joven. Pero creo que también otra más fundamental, una necesaria más allá de la mirada del maestro, una que se da en medio de su propia generación.

Decididamente me gustaría una mayor visibilidad de la convocatoria del concurso y la obvia ampliación de sus premios (no excluyendo su monto), también en una mayor publicidad de sus ganadores. En este sentido, sería conveniente exhibir cada vez a los ganadores anteriores, lo que permitiría comprobar continuidades o quiebres de tendencias y esto motivaría encuentros de críticos.

Iván Cabezón



*Premio de Honor en 1985,
Jurado en 2016
Profesor de la Escuela de
Bellas Artes de Valparaíso
y Escuela de Bellas Artes de
Limache.*

El Concurso Nacional de Arte Joven fue una gran motivación para mostrar mi arte y me proyectó a nivel nacional e internacional, fue el reconocimiento que todo artista desea. A través del concurso me invitaron a exponer en el Museo Nacional de Bellas Artes, la Galería de la Plaza en Santiago, obtuve una beca para asistir a un Taller de Escultura de la Pontificia Universidad Católica de Chile, tuve apoyo de los Amigos de Arte y la Fundación Andes. A partir del concurso se me abrieron todos los campos del arte.

La participación en el concurso me hizo ser reconocido como artista y escultor en lo profesional y, en lo personal, crecí y maduré, me sentí seguro por el apoyo de la Universidad de Valparaíso. Allí nací como artista y hasta el día de hoy me siento privilegiado por la consideración que tienen hacia mi trabajo.

El valor que posee el concurso se destaca a través de los 40 años por ser profesional, transparente y respetuoso hacia los jóvenes que participan. Es una gran vitrina de arte nacional que ninguna otra institución universitaria posee.

Ángela Castillo



*Premio Municipalidad de
Valparaíso en 2016.
Vive y trabaja en Santiago.*

Los concursos de arte joven son siempre una instancia para medirse como artista y cuando tu trabajo es reconocido por pares es un empujón para seguir produciendo. Pero pienso que el motivo principal por el que la mayoría de los artistas postulamos es el monto que se ofrece en los premios. Es como una lotería más acotada, con variables más reducidas y, bueno, a los artistas siempre nos falta plata.

En términos personales, el reconocimiento reafirma las convicciones de seguir haciendo obra y te hace confiar más en tus búsquedas y decisiones como artista. No son pocas las veces que uno se cansa y quiere bajar los brazos e irse a trabajar a un McDonalds. Un artista debe tener deseo, voluntad y determinación, pero cuando no hay refuerzo, cuesta más mantenerse firme.

En términos profesionales, el monto otorgado en el premio me permitió invertir en materiales, y tanto la participación como el

premio son cosas que van alimentando el currículum y te abren puertas.

Recibir un premio es algo positivo, pero también pienso que te pone en alerta de otras cosas: cuando se normaliza tanto esta idea del artista como concursante se puede caer en fórmulas de producción que garantizan éxitos en ese mundo, entonces creo que hay que estar siempre atento a eso y esquivar ese camino. Pienso que un premio es siempre el inicio de algo y que debiera empujarte a agudizar más la mirada.

El hecho de que el concurso tenga tantos años de antigüedad lo instala como un certamen confiable, ya que en todo este tiempo se ha ido puliendo y ha ido mejorado sus estándares. Además, es una iniciativa que nace desde una universidad y desde una región. Lo primero le otorga prestigio, lo segundo permite que se vinculen artistas de distintos puntos de Chile, pero principalmente conecta las escenas de Valparaíso y Santiago.

Víctor Castillo



*Premio de Honor
Universidad de Valparaíso
en 1994 y 1996.
Vive y trabaja en Los
Ángeles, Estados Unidos.*

Participé varias veces en el concurso por la necesidad de probarme a mí mismo como joven artista, en lo que considero un evento de buen nivel y con una calidad de obras que siempre me impresionó. También me atraía la posibilidad de conocer a otros artistas. Siempre lo vi como un desafío y una gran oportunidad de comenzar una proyección. Fue todo un honor ser reconocido dos veces con el primer lugar y ganar un par de menciones honrosas.

El Concurso Nacional de Arte Joven UV me hizo sentir súper apoyado y valorado como joven artista, algo que influyó fuertemente en la confianza en mi trabajo personal, cuando no existían otras instancias o espacios en Chile que me hicieran sentir igual. Siempre fue una inspiración y no niego una nostalgia al pensar en Valparaíso y su concurso, al recordar cuando viajábamos en grupo con los amigos y colegas para visitar el esperado evento y la ciudad. Fue una base muy importante en mi proyección futura, sobre

todo por el tremendo apoyo que sentí.

Sin lugar a dudas es una de las plataformas más importantes de apoyo, reconocimiento y proyección en Chile para las nuevas generaciones de artistas en general, con o sin estudios de arte, sobre todo por el hecho de que se mantenga durante los años reafirmando su importancia y tradición. Insisto en que ha sido un placer y un honor para mí poder ser una parte pequeña de su historia.

Edgardo Catalán



Curador del concurso en 1993-1994, Director de Sala El Farol en 1998, Director del concurso y Sala El Farol 1999-2001, Jurado 2000 y 2001.

Me parece muy loable que la universidad haya decidido editar un libro acerca del concurso, ya que éste –según mi modesta opinión– ha sido su esfuerzo más continuado y sobresaliente en su labor de extensión y compromiso con el arte y la juventud del país. Esto último resulta aun más significativo dada la paradoja de que la Universidad de Valparaíso no tenga facultad de arte, siendo las Escuelas de Diseño y Arquitectura (en donde enseñé durante 24 años) las que más se acercan al terreno del arte. De hecho, todos los ayudantes que formé para el concurso durante el tiempo que estuve a cargo, eran estudiantes de estas dos escuelas. Sin ellos no habría habido concurso.

Su longevidad no es el resultado de una mera inercia, sino del afán creativo y de la necesidad de comunicación que anima la participación anual de nuestra juventud en este certamen. Es interesante cómo esta necesidad de expresión se ha tomado estos últimos diez años los muros de la ciudad con grandes murales, algunos de muy buena calidad.

Paradójicamente, esto pasa en un tiempo de avance tecnológico sin precedentes y de un mundo virtual que pareciera dejar al individuo reducido a un autómatas, aislado y absorbido en el tecleo de su smartphone. También, y en un ámbito más general, está la necesidad del individuo de un reconocimiento por los otros, que en El Fin de la Historia el politólogo Fukuyama indica como uno de los dos impulsos que sirven de motor a la historia (siendo el otro la razón científica). La idea de concursar o competir nos la legaron los griegos con sus

Olimpiadas y sus juegos Panatenáicos. Pero la búsqueda de reconocimiento también hacía competir a los artistas desde la Antigüedad. Ya en su Historia Natural, Plinio el Viejo habla de un mítico concurso entre pintores griegos donde competían por el primer lugar Zeuxis y Parrasious. Famosa anécdota que sobrevive a través de los siglos, no así la obra de estos legendarios artistas.

Creo también que la longevidad del concurso tiene mucho que ver con la verdadera “carrera de postas” de los directores del concurso y de la Dirección de Extensión de la Universidad de Valparaíso, quienes inyectan periódicamente nueva vitalidad al concurso. Sin falsa modestia puedo decir que eso fue lo que ocurrió cuando me hice cargo de este evento, el que para entonces estaba muy alicaído. Fue tal la repercusión que algunos titulares de prensa de la época hablaban de una “salida de madre” del concurso durante mi primer año a cargo del mismo. Esta salida de madre se refería a la masiva participación y a la eficiente organización del evento que permitió una muestra simultánea en tres salas distintas de Valparaíso.

En el futuro, la proyección del concurso dependerá de la voluntad creativa de los jóvenes y del apoyo que reciba este evento, no solo de la Universidad de Valparaíso sino de toda la comunidad. Creo que, como ya lo dije una vez, la labor del concurso es tomarle el pulso al quehacer artístico de los jóvenes, estimular este quehacer y, ampliando su horizonte de participación, permitir un escrutinio de jurados idóneos y del público en general.

José de Nordenflycht



Foto de Jorge Brantmayer

Doctor en Historia del Arte, Profesor de la Universidad de Playa Ancha.

El concurso es una oportunidad testimonial para que un grupo de graduados en arte de diverso origen afine la puntería fuera de la zona de confort de sus instituciones. El misterio de saber si nos reconocen como artistas solo se revela en confrontación con otro, que nunca está al lado, sino que viene de la lejanía de lo indeterminado. Construir un espacio y generar condiciones para esa revelación es un trabajo muy relevante, sea esto un concurso u otro mecanismo de selección que evite el darwinismo del mercado del arte –al menos por un momento– para no matar la ilusión, sino que más bien para dar la bienvenida al nacimiento de una persistencia ilusa, que no es lo mismo.

En Valparaíso todo lo que se inventa primero se acabará al último: ahí están los ascensores para probarlo. Por lo que cualquier gestión de promoción cultural de cuatro décadas debe ser saludada con mucho respeto por quienes trabajan directamente en ella, pero también para quienes tengan el deseo de apropiarla. Yo mismo, siendo escolar hace 40 años, pude acceder a originales a partir de este tipo de muestras y percibir detrás de esos trabajos una voluntad de persistir, aún no teniendo claro qué era el arte.

Si tuviera que cambiar algo tal vez sería eliminar su título. El punto aquí es que un concurso de arte para jóvenes es distinto que el arte de jóvenes y, por cierto, que un arte joven.

No se premia la obra, se premia al potencial para persistir en una opción de vida que ne-

cesita ser apoyada. Es una apuesta a la trayectoria que vendrá, un gesto solidario con generaciones futuras. Por eso creo que ampliar los límites es una medida razonable, viable y que enriquecería mucho la relaciones entre las instituciones y el territorio. ¿Por qué no hacer un plan de residencias y trabajo in situ? ¿Por qué no ampliarlo a la cogestión, haciendo un concurso que incluya nuevas voces autorales y curatoriales donde cada artista tenga asociada una propuesta integral a la circulación de su obra? Y algo no menos polémico y a la vez urgente: ¿por qué no extender el reconocimiento a prácticas de arte en el espacio público real y virtual, incluyendo desde el graffiti al arte en red?. Creo que son preguntas impostergables para que al cuarentón concurso no lo atrape el síndrome de Peter Pan y termine siendo una caricatura de una juventud que no se ve representada en el espejo del futuro.

Gumaro Fermandois



*Director del Concurso en
1991-1992 y 2002-2010,
Jurado en 1984, 1993,
1996, 2002 y 2003.*

Mi relación con el concurso partió cuando me invitaron a ser jurado y luego cuando me nombraron su director, cargo en el que estuve una década. Creo que el concurso se mantuvo 40 años por el respaldo institucional de una universidad, pero ese respaldo no funciona sin los participantes, que siempre fueron muchos. Ese entusiasmo por participar, más allá de los premios, tuvo que ver con que el concurso se fue consolidando como una vitrina importante de exposición. La participación tuvo un peak cuando en un año llegaron 1.300 obras y estuvimos tres días seleccionándolas (junto a Nena Ossa y Gema Swinburn). Otro momento alto fue cuando la exposición se presentaba en el Museo de Bellas Artes en Santiago y eso aseguraba mucha difusión y cobertura en los medios.

También tuvo que ver en la participación la calidad del jurado, que siempre fue formado por personalidades con trayectoria junto con un personaje joven, esa fórmula dio resultado y enriqueció la discusión al momento de evaluar las obras. Claro que cuan-

do habían personajes fuertes y consagrados, como José Balmes o Milan Ivelic, terminaban imponiéndose por la autoridad que se les reconocía en el arte chileno.

Nuestro problema siempre fue –y sigue siendo– la capacidad de exhibición. Eso no permite seleccionar obras de gran formato porque ocupan mucho espacio. Y si tomamos en cuenta que el arte contemporáneo trabaja mucho con lo monumental, lo multimedia y la puesta en escena más instalatoria, deja fuera muchas expresiones válidas en la producción artística actual.

Lamentablemente ese tema está sujeto a los vaivenes presupuestarios, porque si hay un periodo más ajustado, siempre se recorta el financiamiento a los proyectos de arte y cultura. Y por eso la sobrevivencia del concurso yo diría que en general ha sido difícil, incluso hasta hoy. Y por eso tampoco fue posible concretar el sueño de armar un museo con la colección de obras ganadoras, que era el sueño de Álvaro Donoso.

Jorge González Lohse



Foto Jorge Brantmayer

*Mención Honrosa en 1994.
Coordinador de la
Cooperativa de Artistas y
Generador de Contenidos
de la galería Espacio O.*

En la época en que participé (1988) pasaba lo contrario de lo que pasa ahora: había en ese entonces buenos y potentes concursos para artistas de todas las edades, pero no de arte joven y este concurso era uno de los pocos para el arte emergente. Enviar al concurso, era el evento del año para nosotros, incluso nos organizábamos para contratar un camión que llevara las obras desde Las Encinas –donde está la Escuela de Arte de la Universidad de Chile– a Valparaíso.

En ese tiempo no gané el primer premio, así que no recibí dinero, sólo un diploma. Eso hizo que el concurso no tuviera mayor incidencia en mi carrera en ese momento porque en la época difícil de los 80 lo más importante era tener un apoyo económico para darle continuidad a la incipiente carrera que teníamos como estudiantes de arte. Tengo un recuerdo un poco triste porque mi vivencia está teñida por el espíritu de los 80, pero también por la impotencia, cansancio y pena por lo que cuesta gestar proyectos en Chile hasta la actualidad.

Como todo evento que dure más de cinco versiones, yo lo valoro y lo admiro. Eso sí es amor al arte. Armar algo independiente, en Chile ya no sólo es difícil, cada vez se hace casi imposible llevar las cosas adelante. En ese sentido es loable que la universidad haya mantenido la sala El Farol y que haya continuado este proyecto de arte joven. Lo que más me asombra es que el concurso, a pesar de que ha ganado en tiempo, en premios y en artistas participantes, no tenga una repercusión mayor. Así que me parece muy notable que se haga este libro como un seguimiento de la historia del concurso y de los artistas premiados, algo que no ha hecho ningún otro certamen. Es un buen inicio para darle una repercusión mayor.

José Vicente Gajardo



Foto de Óscar Almeida

Premio de Honor de la Universidad de Valparaíso en 1986, jurado en 2008. Profesor de la Universidad Católica, Universidad del Desarrollo y Universidad Autónoma.

En 1986 yo egresaba de la Universidad de Concepción y preparaba mi tesis de grado. La obra Mutación Urbana, con la que me presenté en el concurso de arte joven, era parte de un conjunto de trabajos con el que defendería mi tesis.

Fue muy grato para mí recibir ese Premio Único Arte Joven Universidad de Valparaíso, como se designaba en ese tiempo, el premio no solo reforzó mi presentación de tesis sino mi vocación futura, fue un espaldarazo a mi incipiente camino como escultor .

Nuestros inicios artísticos son difíciles, más aún para un escultor en piedra, por la infraestructura requerida para trabajar. Estos concursos son un estímulo que nos refuerza en lo anímico y profesional, nos hacen soñar que vamos por el camino trazado y que todo será más fácil. Aunque siempre nos parezca un inicio, este primer estímulo fue base

de otros positivos acontecimientos y marcó una orientación urbana en mi trabajo, a la que hasta hoy me he mantenido fiel.

El Concurso Nacional de Arte Joven que organiza la Universidad de Valparaíso a través de ininterrumpidos 40 años –lo que lo hace único en su género en Chile–, ha permitido estimular a cientos de jóvenes creadores chilenos en las distintas disciplinas artísticas y ha permitido tomar el pulso y formar una idea del panorama artístico nacional y actual en cuatro décadas.

Claudio Guerrero



*Investigador en historia del arte y curador.
Profesor de la Universidad Diego Portales.*

Creo que los concursos siguen siendo instancias relevantes para que artistas jóvenes y no tan jóvenes puedan exhibir y dar a conocer su trabajo y, especialmente, puedan optar a un estímulo económico importante si lo comparamos con otros concursos y becas del país. La diversidad de fuentes de financiamiento posibilita que nuestro campo artístico sea más complejo, con actores diversos y, por cierto, menos centralizado, pues la mayoría de los estímulos a las artes visuales se reparten desde Santiago.

Debo reconocer que no conozco de cerca la historia del concurso, sin embargo, la existencia de un concurso que se mantiene por 40 versiones en Chile constituye un hito histórico que merece ser estudiado y recorrido. Me parece muy importante que se esté editando una publicación que registra esta historia y sería muy interesante que el concurso haya resguardado un archivo de estos 40

años de historia y que él pueda ser estudiado y puesto a disposición de investigadores e interesados.

Revisando las últimas bases y recordando las bases de los últimos años, en mi opinión es absolutamente necesario que el concurso se abra a la diversidad de expresiones, disciplinas y materiales que se dan cita en el arte contemporáneo. Las bases del concurso están pensadas para objetos y, principalmente, para objetos que puedan ser entendidos como pinturas (que se enmarcan) o esculturas (que se ponen sobre un plinto). No están pensadas para el video, la instalación, la performance, las obras procesuales, entre otros. Es decir, no están pensadas para la pluralidad de medios y la interdisciplina, que desde hace medio siglo caracteriza al arte contemporáneo, algo que en la propia región de Valparaíso ha tenido expresiones muy tempranas.

Antonio Guzmán



*Premio Gala en 1994.
Profesor de la Universidad
Viña del Mar, Universidad
Católica Silva Henríquez
y Universidad Austral de
Chile.*

En los años 80 y 90 existían pocos concursos de arte, así que participar y quedar seleccionado en el Concurso Nacional de Arte Joven UV era considerado un gran logro. El concurso era un referente a nivel nacional y se le consideraba relevante. La mayoría de las veces el jurado era considerado idóneo y creíble, participaban bastantes artistas de la Región de Valparaíso, Santiago y otras ciudades como Concepción; por lo tanto, se podía dimensionar la práctica artística de tres zonas que en esa fecha eran consideradas como los grandes núcleos de la producción artística nacional. Para los creadores jóvenes de Valparaíso no sólo era una posibilidad de obtener un premio en dinero y mostrar parte de una producción artística, sino que también posibilitaba medir fuerzas con lo que estaban realizando creadores de otras ciudades, sobre todo de Santiago, que daban las directrices y tendencias con respecto a la enseñanza y práctica del arte.

En términos profesionales me permitió reconocerse hoy en día como parte de una generación y conocer a muchos artistas jóvenes que, como yo, estaban recién comenzando sus carreras. Con ellos generábamos interesantes veladas de conversación en torno al arte y la pintura, con algunos de ellos todavía me une una amistad y aprecio importante, crecimos como artistas y me da mucho gusto ver a mis amigos-colegas, conocidos en esas instancias, que hoy han podido construir un trabajo sólido en el tiempo, con perseverancia y esfuerzo. Con

algunos de ellos formamos los primeros colectivos de artistas en Valparaíso, los Pintores Portugueses, y con otros nos hemos reencontrado para generar nuevos proyectos de arte.

Participar y ganar una de las convocatorias en la rama de pintura me entregó cierta seguridad con respecto a la obra que estaba realizando en ese momento, también fue un aliciente que me permitió continuar en el mundo del arte y la creación.

Es importante señalar la vigencia y constancia por tantos años de este concurso, creo que es heroico mantener un concurso de este tipo. En este sentido la Universidad de Valparaíso ha mantenido fiel el espíritu universitario de ser un espacio de cultura y de experimentación para los artistas jóvenes de nuestro país. Si bien es cierto el concurso ha pasado durante todos estos años por distintos momentos, algunos más altos y otros más bajos, ha logrado seguir siendo un referente para distintos artistas jóvenes que sueñan con seguir el camino de la creación artística, así como fue un peldaño importante para algunos artistas que hoy gozan de un gran prestigio y tienen un trabajo sólido.

Gabriel Holzapfel

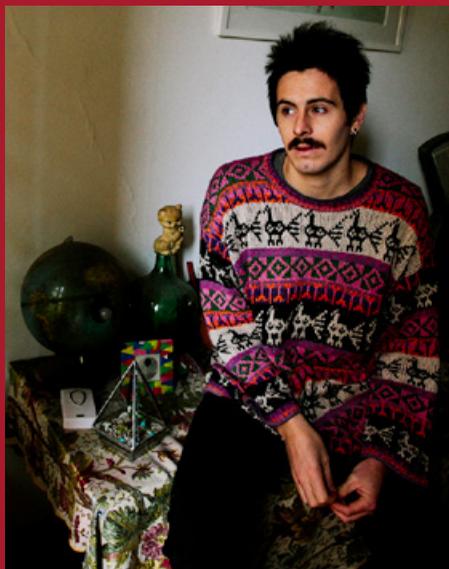


Foto Camila Caniumil

Premio Banco de Chile en 2013.

Profesor de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.

La motivación vino de la necesidad de probar suerte en un medio reconocidamente hostil como es el mundo del arte. Quise intentar medirme, saber si mi trabajo era capaz de defenderse solo en un contexto determinado, más allá de andar compitiendo por plata. Lógicamente esto último también es determinante, porque una de las grandes hostilidades de este rubro maravilloso que son las artes visuales es la falta de dinero.

En términos personales la influencia del concurso radica en una cuestión de autoestima. Es un tremendo aporte para un artista que está empezando. Te permite situarte en un lugar y afirmar que tu trabajo es valorado y que tiene cabida. Te empuja a crecer y a trabajar más y mejor, a afinar la puntería. En términos profesionales es vital someterte a la experiencia de concursar porque te permite conocer los trabajos de tus pares, si te va bien te ayuda a fortalecer tu experiencia curricular y te puede potenciar como artista. Para muchos artistas yo creo que incluso ha sido la primera experiencia siendo parte de un catálogo profesional. Esos detalles no son menores cuando uno está partiendo.

Al concurso le otorgo el valor del compromiso. Finalmente el hecho de mantenerse 40 años implica un interés real por aportar al crecimiento de una escena que históricamente ha reclamado la falta de apoyo, de espacios y de financiamiento. En ese sentido este concurso es un ejemplo de continuidad y lo transforma en un valioso hito cultural.

Mario Ibarra



*Premio de Honor
Universidad de Valparaíso
en 1987, Mención Honrosa
en 1986 y 1992, Premio
Especialidad en Técnicas
Experimentales en 1993.
Profesor de la Universidad de
Playa Ancha.*

A mediados de los 80 lo que motivó mi participación en concursos de pintura y especialmente el de Arte Joven que organizaba la Universidad de Valparaíso –y que para nosotros los artistas locales era solamente “el concurso del Farol”– es que se hacía en Valparaíso. Mi participación fue entre los años 1984 y 1993, prácticamente en todas las versiones. Al realizarse en Valparaíso facilitaba que presentara mis obras que eran de gran tamaño. Siempre recuerdo una imagen: bajando de mi taller en el Cerro Alegre con dirección al Farol por las escaleras, afirmado a dos manos de los travesaños de los bastidores de madera, siempre con telas de gran formato recién terminadas y el óleo vivo aún, teniendo el cuidado de “surfear” el viento para que no me botara con los cuadros. Ese acto lo consideraba heroico, eso es lo primero.

Lo segundo era relacionarme y contactarme con personas similares, con mis pares, ser parte de una escena, ésa era la manera de abrir camino a espacios de exhibición. “Mandar al Farol” era clave en la producción de muchos artistas emergentes de regiones y Santiago, era un lugar donde se evidenciaban las tensiones plásticas de ese tiempo. Y por último, puede ser que premien tu obra, lo que es fantástico. Si tu trabajo ha sido reconocido, entonces da un salto cualitativo, tiene proyección y cierta repercusión en medios.

Si bien lo normal y hasta cierto punto habi-

tual es que el trabajo premiado en un concurso llegue a validar el inicio de una carrera, ello no siempre es lo más importante. Lo relevante era esa urgencia revitalizadora, esa que necesita el artista nóvel, un ánimo extra para validar el camino que se emprende; en mi caso, desde la inocencia del autodidacta. Y sobre todo para validar una opción por el arte en mi ámbito familiar, a través de un cierto reconocimiento y de un apoyo económico. Para valorar lo que hacemos y para corregir los errores, nada mejor que enfrentarse a los espectadores y a un jurado.

El concurso influyó en la definición de mis intereses, le dio visibilidad a mi trabajo y me permitió ingresar a circuitos más profesionales, me brindó la posibilidad de generar vínculos que hicieron circular mi obra en operaciones asociativas con artistas de mi generación y luego derivó en mi experiencia docente.

El Concurso Nacional de Arte Joven UV se ha consolidado como un referente en la escena del arte emergente a nivel nacional. Su persistencia de 40 años debería permitirnos reflexionar sobre su sentido. Lo veo como una manera de difundir y legitimar iniciativas creativas relevantes de artistas jóvenes, faltos de un mercado realmente fuerte y contundente, y donde el pago al artista se reduce a un reconocimiento social.

Danila Ilabaca



*Premio Banco de Chile en
2016, Mención Honrosa en
2015.*

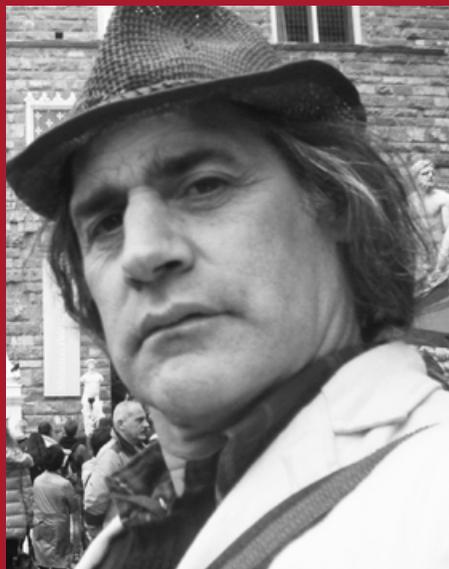
*Profesora en Balmaceda
Arte Joven Valparaíso.*

Me interesé en participar ya que es el único concurso de arte joven que se realiza en Valparaíso, había visitado muestras anteriores y siempre me había parecido atractivo en términos de espacio, montaje, participantes, catálogos y premios. Principalmente creo que la sala El Farol es uno de los mejores espacios para exhibición en Valparaíso, ya que es visible en el recorrido cotidiano de los transeúntes.

Obtener el Premio del Banco de Chile influyó de manera muy positiva, ya que me reafirmó la idea de dedicarme a las artes visuales, de trabajar en grandes formatos y de seguir participando en concursos a nivel nacional. Fue un gran impulso de confianza a seguir experimentando en torno a la gráfica.

El concurso es una instancia muy necesaria para el arte en Valparaíso porque es el único espacio en donde se dan a conocer año a año los artistas que van apareciendo. Su producción y continuidad en el tiempo es algo que agradezco y admiro, ya que su continuidad ha logrado abarcar muchas generaciones de artistas.

Gonzalo Ilabaca



*Mención Honrosa en 1984.
Vive y trabaja en
Valparaíso.*

Cuando comencé a pintar, en el año 1982, había varios concursos de arte en Chile en distintas ciudades y también becas que daban fundaciones y galerías. Era todo un desafío participar e ir después a la inauguración. Pero creo que, en esa época, este concurso de Valparaíso era el único para artistas jóvenes. La mayoría de esos certámenes parece que ya no existen. Quizás se disolvieron por los Fondart, que son igualmente concursos, pero en solitario. Los concursos y la vida misma se parecen mucho: son ilusión pura. Sacar premio en un concurso de arte es lo más estimulante para un joven. Es alegría inmediata.

Personalmente no podría medir si participar en un concurso influye en el futuro de tu trabajo. Lo que sí influye es hacer exposiciones individuales, mostrar tu trabajo no de manera colectiva, donde se diluye y cuesta que alguien se concentre en tu obra. La atmósfera que uno pretende mostrar sólo se puede captar en un lugar que te aisle de otros... No es individualismo, es una cosa de atmósfera... Pero los concursos sirven para

encontrarse con otros camaradas, eso es lo más valioso y que da la ilusión maravillosa de que uno va a poder vivir de su trabajo.

Al Concurso Nacional de Arte Joven UV lo encuentro extraordinario... que yo sepa es el que reparte mejores premios, premios dignos. Por lo mismo motiva a muchos jóvenes a participar y llegan de todas partes... Cuando eres joven, venir de cualquier lugar de Chile y encontrarse con Valparaíso ya es un premio... Lo mejor del concurso, ya que no todos pueden ganar, es incentivar a participar y luego venir a Valparaíso. Yo llegué a Valparaíso gracias a que quedé seleccionado para una Bienal de Arte. Vine a la inauguración y luego nos fuimos con artistas locales al Roland Bar y desde ese minuto quedé flechado con Valparaíso.

Para eso sirven los concursos: la mayoría de las veces, el premio no está dentro del concurso, sino afuera. El mejor aliado del concurso de Arte Joven es el propio Valparaíso. Es Valparaíso y no un concurso lo que te puede cambiar la vida.

Milan Ivelic



*Jurado en 1994 y 2006.
Ex Director del Museo
Nacional de Bellas Artes,
Profesor de la Universidad
Católica de Chile.*

A mi juicio, los concursos –incluyendo éste– ya no se justifican porque no es posible dar cuenta de la trayectoria de un artista con una o dos obras presentadas a un concurso. Más todavía si se toma en cuenta que los parámetros y criterios que se utilizaban antes, están en permanente revisión y que incluso los propios artistas los someten en sus ejercicios artísticos a constantes interrogaciones, porque han tomado conciencia de que la actividad artística no está congelada en el tiempo para hacer siempre lo mismo.

A futuro, creo que el camino para valorar el trabajo artístico es el seguimiento personal a cada artista por un tiempo determinado. Por ejemplo, que el comité organizador del concurso visite previamente a los postulantes, converse con cada uno, conozca las obras que han ejecutado, y proponga una selección.

Luego, el jurado recibe una carpeta con los antecedentes que ha recogido de cada seleccionado, un set de imágenes de obras realizadas y, entre ellas, elige tres de cada postu-

lante seleccionado, las que se exhibirán en la exposición final.

El jurado premiará el conjunto de las tres obras y dejará por escrito los fundamentos de su decisión.

Por cierto que es laudable que el Concurso de Arte Joven UV se haya mantenido por 40 años, pero debe tomar otro rumbo, evitando seguir una rutina que no se justifica en los tiempos actuales. No es imprescindible eliminar el concurso, sino que darle una nueva metodología.

Nicholas Jackson



*Mención Honrosa en 2009.
Profesor de la Universidad
Andrés Bello, Instituto
Arcos, Escuela de Bellas
Artes de Viña del Mar
y Universidad de Playa
Ancha.*

La primera vez que participé no comprendía bien lo que era el arte o al menos solo manejaba experiencias muy rudimentarias, propias de un titulado de ingeniería que llevaba su primer año estudiando algo artístico. Entonces, esa participación fue bastante cándida, ya que no conocía al mundillo del arte, las instituciones o la historia. Si lo pienso, fue bastante raro obtener la Mención Honrosa dada la inocencia de mi postulación. La segunda vez fue distinto, conocía el corte academicista del concurso y, ya entendiendo los límites de mi trabajo, la verdad es que concursé para aprovechar la oportunidad de mostrar mi trabajo en otros lugares.

Creo que participar esa primera vez me dio una experiencia nueva: sentir la ansiedad sobre la posibilidad de ser premiado; emitir y escuchar las comparaciones sobre los ganadores y todo ese pelambre propio del circuito artístico; posteriormente evaluar y

conocer objetual y personalmente al mundillo de nuestra actividad, todo eso muy recomendable.

Creo que, de algún modo, el concurso encendió una competitividad que no había sentido, esas ganas de transformar el trabajo para hacerlo crecer, para desarrollarlo, para intentar acercarlo a lo que profundamente me interesaba hacer y mostrar.

Sin duda el concurso es valioso, en mi caso desde un punto de vista biográfico, pero también creo que a nivel de la escena profesional. Ahora, no creo que su aporte sea uno extendido a la dimensión institucional del arte chileno, pues me da la impresión de que actualmente ganar no es vinculante a lo que pasa en el circuito santiaguino por ejemplo, pero sin duda los premios y la resonancia local aportan muchísimo al artista que está empezando.

Pablo Jansana



*Premio Municipalidad de Valparaíso en 2002.
Vive y trabaja en Nueva York.*

Cuando participé en el concurso yo era estudiante de arte de la Facultad de Arte de la Universidad Finis Terrae. Para alumnos que estaban en pleno proceso creativo y con deseos de ser vistos con su obra, el concurso era una de las pocas oportunidades que existían en la época para salir del ámbito de la universidad donde estudiaba. Que no fuera en Santiago también era una idea interesante por acceder a un público distinto y un poco más amplio que el capitalino. Existía una publicación que mostraba los trabajos ganadores y mi deseo era poder ser parte de aquel catálogo y tener el feedback que correspondiera a la instancia del concurso.

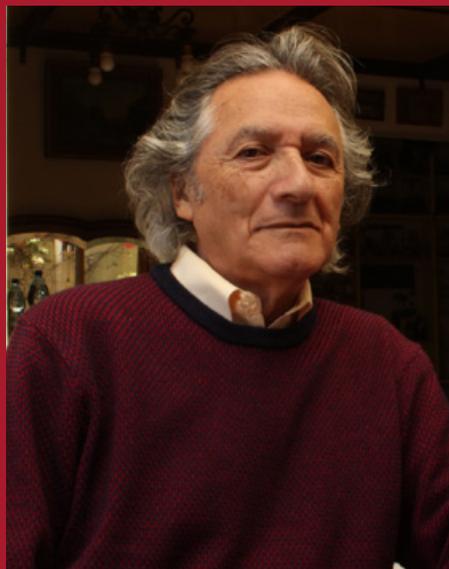
El concurso influyó en el sentido de que hay que saber tomar las oportunidades que se presentan y poder analizar qué cosas te dan este tipo de instancias. Mediante la experiencia en ellas aumenta tu capacidad de discernir los desafíos que se presentan. Na-

turalmente, el poder acceder a estas plataformas universitarias te otorga un público mayor y diverso. La confianza que otorga el poder sobresalir en estas instancias; en aquella oportunidad, siendo universitario y estudiante de la escuela de arte, era un logro importante que se reconociera tu voz incipiente entre tus pares y la comunidad universitaria.

Vivo en la ciudad de Nueva York por casi 10 años y la lejanía me mantiene un poco desinformado. No sé si existe una web donde se pueda seguir la trayectoria del concurso, sería importante que existiera, porque la información y la vigencia del concurso trascenderían el nivel nacional. Este es un proyecto que hay que apoyar de todas las maneras posibles para que siga en el tiempo, por eso la publicación de este libro donde se registran los 40 años es fundamental para instalarlo como un hito cultural en Chile.

Carlos Lastarria

(QEPD)



Crítico de arte y Museólogo.

Es importante situarse en cuál era el contexto histórico de las artes a nivel nacional y regional al momento de dar vida al concurso. A nivel nacional, lo más relevante era el Concurso de la Colocadora Nacional de Valores, especialmente abierta a nuevas expresiones. En el plano local estaban varios concursos como el concurso anual Mi Ciudad (20 versiones), el Salón Regional de Artes Plásticas (bianual, seis versiones) y la Bienal Internacional de Arte de Valparaíso (desde 1973 tuvo once versiones). Más tarde resurgiría el Salón de Viña del Mar, el concurso de acuarela de la misma ciudad y un aporte importante fue más tarde la anual de arte de la UPLA. Salvo el concurso Mi Ciudad, éstos no tenían un espacio en los demás concursos que eran un tanto tradicionalistas.

Se estimó que en la región había la suficiente producción artística joven proveniente de la Escuela de Bellas Artes de Viña del Mar, la Escuela de Bellas Artes de Valparaíso (ambas municipales) y la recién formada facultad de la UPLA. Posteriormente el concurso atrajo el interés de artistas procedentes de Santiago y de Concepción. Desde ese momento, el concurso tuvo mayor consistencia y no pocos alcanzaron luego una figuración nacional.

Su permanencia durante 40 años se debe a que, casi siempre, sus principios se han mantenido afortunadamente sin cambios radicales, sus premios han sido atractivos y los jurados, cercanos a la creación artística

joven. Después de que su creador, Álvaro Donoso, dejara de ser el encargado del concurso, los cambios sucesivos de curadores trajeron múltiples problemas en la concurrencia de los artistas. Como todo concurso, ha pasado por altos y bajos, quedando como balance final un concurso sustentable, con obras de buena calidad y muchos nombres perdurables en el medio artístico local y nacional.

Cuatro consideraciones que plantearía para el futuro: primero, ampliar el espacio de exposición y almacenamiento para asegurar la participación de obras en gran formato; segundo, hacer una clasificación en las tradicionales secciones de pintura, escultura y gráfica, donde quepan todas las posibilidades de arte contemporáneo, en lugar de agregar categorías ambiguas. Tercero: mejorar la conexión con otros lugares del país, estableciendo recepciones en diversas regiones y haciendo una muestra itinerante por distintas universidades regionales, creando así una red de espacios culturales entre universidades públicas. Y cuarto: trabajar en la creación de un museo contemporáneo universitario, con las obras que han obtenido el principal premio y así apreciar, en su conjunto, cuál ha sido el panorama del arte joven durante cuarenta años.

Denise Lira



*Premio de Honor
Universidad de Valparaíso
en 1999, Distinción especial
Municipalidad de Viña del
Mar en 1997, Premio Dibujo
en 1998.*

*Vive y trabaja en Chile y
Alemania.*

Para mí los concursos son una ventana, una puerta al mundo donde expones tu propia mirada; lo más satisfactorio es que siempre sientes mariposas en la guata al tener que editar tu propia creación. Tomar la decisión, sentir que la entrega ya está realizada y después solo queda la espera. Es en ese momento donde sientes que creces, porque algo que hiciste está obteniendo valor y respuesta en medio de grandes talentos. Mi máxima motivación fue sentir que mi obra estaba creando un lenguaje a través del punto invisible.

Jamás me olvidaré que el año 1999, después de entregar mi obra, fui almorzar frente al mar un congrio frito con puré picante en homenaje a mi padre (en aquella época se podía comer pescado con mayor seguridad, hoy es una amenaza constante).

Ese año mi obra ganó el concurso, eso me produjo una emoción que siento hasta el día de hoy. Luego vinieron años de crear grandes instalaciones, tomando la naturaleza como mi principal motivación. Veinte años después del concurso, a principios del 2019, se inauguró en el MAVI mi última exposición, bajo la plataforma de One Moment Art. Es la instalación más grande creada por mí, en colaboración con Patricio Aguilar. La exposición CRONÓMETRO es un grito y una acción en defensa de nuestro planeta y de la vida de nuestros océanos, y por lo tanto de nuestro presente y futuro. Es una alerta y un llamado a la acción para nuestra sociedad, respecto al creciente y alarmante

problema de la contaminación. Nadie puede quedar indiferente ante las continuas muertes de animales marinos causadas por comer plástico, por la alteración de su ambiente y la contaminación generalizada en los ecosistemas. Después de su exitosa acogida en Chile, CRONOMETRO viajará a diversos países en América y Europa.

Creo que el gran valor del Concurso Nacional de Arte Joven UV es que reafirma la mirada de quienes pueden llegar a ser grandes creadores. A mí me pasó: desde que lo gané, nunca más me detuve.

Livia Marín



*Premio Gala en 1998.
Vive y trabaja en Londres.*

Según recuerdo, era uno de los pocos concursos de arte joven abierto a todas las disciplinas existente en esos años (fines de los 90). Recuerdo que me parecía atractivo que el concurso se hiciera en Valparaíso, fuera de Santiago: eso permitía la posibilidad de viajar y conocer otro contexto y diversidad de personas.

Obtuve el segundo lugar, y eso fue súper estimulante ya que me encontraba recién comenzando a desarrollar una práctica artística. Tuve la oportunidad de viajar a la ceremonia de apertura y conocer a los otros participantes y a algunos miembros del jurado. Recuerdo que ese año se organizó una gira por Argentina, y viajamos, junto a otros participantes, al Museo Emiliano Guñazú en Mendoza. Dicha experiencia fue súper entretenida y enriquecedora y me permitió conocer y hacer lazos con otros artistas. Tanto a nivel personal como profesional el concurso fue sin duda una experiencia enriquecedora e importante.

Hace varios años que no vivo en Chile, por lo cual no estoy muy actualizada con los detalles de la escena local, pero sin duda que un concurso que convoca y premia a las nuevas generaciones, fuera de Santiago, y por tantos años, me parece muy importante.

Víctor Maturana



Premio de Honor Escuela de Arte en 1983. Menciones honrosas en 1979, 1980, 1981, 1989 y 1990. Profesor de la Universidad de Playa Ancha y la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.

Las autoridades de la época gestionaron el Concurso de Creación Plástica para diferenciarlo de las muestras de talleres que ya se estaban realizando para motivar a las alumnas y alumnos de la carrera de Profesor de Estado en Artes Plásticas. El espacio de muestra era Atkinson 81, detrás de El Mercurio de Valparaíso, pasando la cueva del Chivato antes de llegar al Paseo Atkinson. La sentíamos nuestra casa, contábamos con espacios designados para nuestra propia producción de obra como alumnos, donde podíamos trabajar más allá de las tareas de asignaturas. Nuestro trabajo motiva al profesorado y las autoridades a querer visibilizar esos resultados, esta vez en el formato de competencia.

Visibilizar el resultado de la producción de obra, más allá de los trabajos de las asignaturas, nunca ha sido fácil en un país donde la cadena de amistades define quién tiene presencia y quién no. Para muchos de nosotros, que fuimos el primer estudiante universitario de una familia de clase trabajadora, ex-

poner era complejo, por eso valoramos mucho lo que hacían los gestores del concurso. Y es así como finalmente el concurso dio los frutos que ellos avizoraron, basta leer los participantes de los primeros años del concurso y cómo muchos hoy son parte de los artistas visuales relevantes de nuestro país.

Los fundamentos que originaron el concurso siguen vigentes: aportar a los jóvenes artistas a salir de la universidad con un currículo artístico, permitiéndoles posicionarse en su región, en su país, y finalmente a nivel internacional. Cuarenta años es toda una vida aportando al arte joven y eso habla bien de la institución que valora y entiende que los seres humanos tenemos dos hemisferios cerebrales y no se saca nada con solo aportar al conocimiento duro sin motivar el desarrollo emocional. Hay que considerar que hoy eso está muy en boga, pero en el año 1979 no, por lo que el concurso es un pionero en este sentido.

Rafael Molina



*Director del concurso y
Sala El Farol en 2011-
2014.*

*Profesor de la Universidad
de Valparaíso.*

Actualmente el concurso es gravitante, y a mi parecer ha cumplido ese rol hace ya décadas, confirmando el talento de muchos autores y permitiéndoles dedicarse tiempo completo al arte. El concurso, desde esa perspectiva, ofrece nuevos y validados autores año a año.

La importancia de tan larga trayectoria debe ser matizada y relacionada como uno de los tantos bienes culturales inmateriales de la ciudad de Valparaíso. Medido en su justa trascendencia, debe ser asociado al patrimonio de Valparaíso, y debe ser cuidado y protegido en este sentido.

Los desafíos futuros del Concurso Nacional de Arte Joven gravitan en al menos dos áreas: extensión del impacto nacional, llegando a más salas y galerías del país, y la debida modernización de los formatos de participación, abriéndose a otras disciplinas como la performance o la instalación.

Mariana Najmanovich



*Premio de Honor
Universidad de Valparaíso
en 2017.
Profesora de la Universidad
Finis Terrae y Universidad
Diego Portales.*

Me motivó a participar que fuera un concurso de una institución pública estatal y que también fuera con sede en Valparaíso, ya que pensé que quizás la línea curatorial podría ser diferente a un concurso con sede en Santiago, tener otras aspiraciones o visiones. También me motivaron los premios, me parecieron generosos y en ese sentido los vi como un reconocimiento real al trabajo artístico (a diferencia de otros concursos en que al ganador se le exige mucho a cambio).

Haber obtenido el Premio de Honor UV fue un hecho muy marcador para mí, muy valioso en términos personales. Obtener el reconocimiento por parte de un jurado que valoro, ante un volumen considerable de obras en competencia, me hizo sentir que mi trabajo estaba llegando a resultados importantes, luego de muchos años de trabajo y de búsquedas permanentes. Yo había participado en muchos concursos, la mayoría sin nin-

gún tipo de resultado, lo que naturalmente produce frustración. Por otro lado, el trabajo como artista siempre me ha resultado difícil, con muchos obstáculos económicos, entonces el premio fue como un impulso sorpresa que me recargó de fuerza para seguir.

Es muy importante tener una iniciativa así en el país, pues permite pensar que existe un espacio lo suficientemente sólido como para resistir el paso del tiempo (incluso en periodos de dictadura) y en medio de un sistema que parece apuntar hacia intereses muy diferentes a los relacionados con las artes visuales. En este sentido, el concurso se puede pensar como una metáfora del propio artista, quien también tiene que resistir ciertas dificultades del sistema a lo largo de su trayectoria, pero también gracias al peso de ese recorrido, se enriquece.

Álvaro Oyarzún



*Segunda Mención Honrosa
en 1987.*

*Vive y trabaja en
Viña del Mar.*

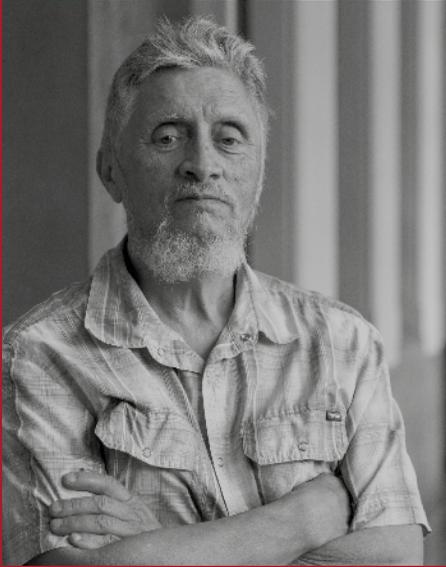
Ha pasado demasiado tiempo para saber con exactitud qué me motivó a mandar una obra al concurso hace más de treinta años. Supongo que la motivación tiene una estricta relación con la edad de juventud, es decir, unas ganas de participación, de estar, de existir. Sobre todo en esos años oscuros de dictadura. La posibilidad de contar con instancias de cultura era excepcional, en esa época ellas no se encontraban a la vuelta de la esquina.

Creo que el concurso influyó en mi carrera indirectamente, sin duda. Las instancias de eventos y concursos siempre serán alicientes para inventar relatos, qué mejor si se agre-

ga un reconocimiento, por mínimo que éste sea. Una exposición, un concurso, el evento donde se hace visible la obra del artista puede influir positivamente en la continuidad de un buen desarrollo de obra. Qué duda cabe, sobre todo en el Chile actual, donde la vida del artista sigue siendo compleja y difícil.

El concurso me parece muy notable, tanto que lamento no haber sido nunca parte del jurado. Mis más sinceras felicitaciones a los que lo hacen posible.

Oswaldo Peña



*Mención Honrosa en 1984,
jurado en 1996.
Profesor de la Universidad
Católica.*

Participé en el concurso por la necesidad de mostrar mi trabajo en un ámbito regional, compartiendo espacio con otros jóvenes artistas. Así, mi obra se situaba junto a la obra de otros artistas emergentes, en un concurso que posibilita el reconocimiento e instala a muchos artistas emergentes en el circuito del arte nacional.

La verdad es que había olvidado que fui jurado, no tengo recuerdos de eso ni en qué año fue. Supongo que el hecho de que me hayan invitado a evaluar a los concursantes sólo constata que seguí trabajando, cosa que no todos los jóvenes logran, ya que la mayoría va quedando en el camino.

Soledad Pinto



*Premio Banco de Chile en
2002.*

*Profesora de la Universidad
Metropolitana de Ciencias
de la Educación.*

Participé en el concurso en 2002, justo un año después de haber terminado de estudiar mi Licenciatura en Artes Visuales. La postulación fue intuitiva, fue la primera postulación que hice en mi vida de artista. Quería saber cómo era entrar en un concurso “ciego”.

Obtener un reconocimiento en el XXIV Concurso de Arte y Poesía Joven influyó mucho en la continuidad de mi trabajo como artista: me dio ánimo en un momento en que empezaba a entender cómo funciona nuestro trabajo, qué implica, lo duro del camino y la naturaleza sorprendente de los desvíos y sorpresas que ese camino esconde. Antes de postular estaba medio angustiada, no sabía si iba a tener la fuerza y tenacidad para mantenerme trabajando como artista. Mi participación en el concurso significó

un impulso en una trayectoria que ya tiene casi 20 años. Como anécdota, puedo contar que con el dinero del premio pagué parte de mi primer viaje de investigación en Europa, donde mi cabeza y mis ojos estallaron.

Le tengo mucho cariño al concurso y le otorgo mucho valor. Es una plataforma importante para artistas que están comenzando su carrera. Al menos cuando participé era un espacio donde mostrar cosas nuevas, experimentales. En ese entonces (no sé ahora), la exposición de los seleccionados era bien sólida, lo que permitía participar en una muestra importante siendo aún joven, y los premios eran muy consistentes lo que, sin duda, ayudaba e impulsaba económicamente a quienes los recibían. ¡Bravo por el concurso!

Edwin Rojas



*Premio de Honor
Universidad de Valparaíso
en 1993, Premio Especial
en Pintura en 1980, jurado
en 2004.
Profesor de la Universidad
de Playa Ancha.*

Cuando el maestro Álvaro Donoso creó el primer concurso, yo era alumno de Pedagogía en Artes Plásticas en la Universidad de Chile sede Valparaíso. Como era la única carrera universitaria de arte en Valparaíso, mi opción de desarrollarme como artista siempre estuvo ligada a la pedagogía, la cual me ha traído muchas satisfacciones y una contundente experiencia. Pero mi meta, desde siempre, fue realizarme como artista. Es así que, junto a otros compañeros de carrera, decidimos enviar obras a ese primer certamen organizado por nuestra universidad.

Participar todos los años en el arte joven, se convirtió en una meta anual para nosotros, debido a la importancia que este certamen tenía en esa época, importancia que hasta hoy sigue vigente, pues continúa siendo el hito más importante y significativo del arte

joven en nuestro país. En varias ocasiones obtuve diferentes premios, hasta que en el año 1993 el jurado –liderado por el maestro José Balmes–, me concedió el Premio de Honor, consolidando así la primera etapa de mi trabajo artístico.

Hoy en día, esa inicial propuesta visual de los años noventa ha ido madurando y se ha convertido en un importante referente del arte latinoamericano.

Archivaldo Rozas



*Premio de Honor
Universidad de Valparaíso
en 1983 y 1984.
Vive y trabaja en Canadá.*

Eran los años 1983-1984

Tiempos difíciles... Valparaíso aparecía nebuloso, oscuro.

El Arte era un encuentro, algunas veces... como una sonrisa en retirada, se mecía lentamente, siendo un filtro de una realidad presente.

En cada participación en arte, concursos, seminarios, bienales, indudablemente queda y se agrega una experiencia que se toma, rasguña, coincide. La transfiguración se encarga de macerar, refinar el nuevo concepto adherido.

Cuarenta años de permanencia en la difusión del arte se erigen como un baluarte de tiempo y talento.

Francisca Sánchez



*Premio de Honor
Universidad de Valparaíso
en 2002.
Profesora de la Universidad
Diego Portales.*

Lo que me animó a participar en el concurso fue la oportunidad de participar en una exposición. El 2001 aún era estudiante y este concurso, abierto y sin demasiadas limitaciones, era un espacio de prueba, una antesala a lo que luego podría ser una exposición pública. Participé dos años seguidos, del primero regresé con gran frustración, con mis cartones bajo el brazo. Del segundo, con sorpresa recibí el primer lugar.

Fue una gran confirmación e incentivo para lo que vino después. Me animó a insistir en lo que estaba haciendo, a arrendar un espacio para trabajar, a postular a otros concursos y convocatorias de exposiciones, que dio como fruto la exposición individual examen y cartón en el 2003, en el Centro Cultural

España, hecha con financiamiento del Fondart.

Valoro el apoyo constante de este concurso al arte joven. A veces pienso que la expresión “arte joven” es vacía, que arte es arte. Pero la precariedad e inseguridad del medio local genera una gran mortandad, especialmente para los que aún están definiendo si dedicarse a la creación o a la gestión, a la pedagogía... o a trabajos esporádicos, de meseras, meseros... En un paisaje como éste, poner ritos de iniciación que den norte a lo que se hace a escondidas en el taller, merece ser reconocido.

Gema Swinburn



*Jurado en 1984 y 1998.
Fundadora de Galería de
la Plaza de Santiago en
los años 80 (auspiciadora
del concurso), miembro del
Círculo de Críticos de Arte
de Chile.*

El concurso es una efectiva plataforma para los jóvenes artistas porque les permite abrirse paso en un camino que es difícil y con pocas oportunidades. Los que participan hoy pueden ser los consagrados de mañana.

Hay que aplaudir a la Universidad de Valparaíso por mantener este concurso como uno de sus ejes de acción, apoyándolo económicamente y gestionando su organización. Esto último se relaciona con tener a profesionales y jurados idóneos que realizan esta labor de extensión.

Hace años que no sé del concurso, por lo que le daría mayor difusión a nivel nacional. Usaría todas las redes sociales invitando a participar y realizaría pequeñas cápsulas contando los 40 años de historia del Concurso de Arte Joven de la Universidad de Valparaíso. Otra iniciativa y una manera de juntar generaciones es hacer un gran encuentro de todos aquellos que hemos participado, convocando a rectores, directores de la sala El Farol, artistas ganadores y participantes, jurados, personal de montaje, etc.

Rafael Torres



*Director del concurso y de
la Sala El Farol desde 2015
hasta hoy.
Gestor cultural, Director
del Museo Baburizza.*

El Concurso Nacional de Arte Joven ha sido desde sus inicios una importante vitrina de lo que está ocurriendo en materia artística nacional, especialmente dentro de las nuevas generaciones. Se ha constituido como el mayor referente en la actividad creadora y sin duda ha sido un semillero de grandes nombres de la plástica chilena actual, que han tenido aquí una oportunidad para mostrar su creación, como para fortalecer vocaciones. Asimismo, ha ayudado al fortalecimiento de la escena cultural de Valparaíso, como proyección nacional de la ciudad.

Si bien uno pudiera pensar que 40 años no es mucho tiempo, sostener una iniciativa como ésta en cuatro décadas, es sin duda de la mayor importancia y no exenta de complejidades. El concurso ha sido testigo presencial de los cambios del país y de la sociedad en su conjunto y ha resistido incólume y ha seguido ahí mostrándonos todos los años, lo que los jóvenes artistas están haciendo y diciendo. A mi juicio se constituye en un reservorio del arte nacional, que ha permitido que sean muchos los artistas nacionales que

habiendo pasado por el concurso, sientan la fuerza para seguir en este rumbo.

Hace ya tres años que tengo el honor de dirigir este certamen y mi mirada sería en torno a generar categorías temáticas, que permitieran quizás una más justa competencia entre obras de la misma línea en artes visuales. Creo que el concurso tiene buenos premios y sigue siendo un referente. Quizás también los tiempos modernos exijan una mayor difusión, que a su vez permitirá más participación.

Magdalena Vial



*Premio de Honor
Universidad de Valparaíso
en 1995.*

*Profesora de la Universidad
Finis Terrae.*

Cuando participé en el concurso era muy joven, estaba comenzando mi carrera como artista y sentía que tenía que hacer visible mi trabajo. Una de las oportunidades para hacerlo era participando en este concurso. Me permitía mostrar mi obra, comenzar a posicionarla en un circuito artístico universitario serio y tener con esto la posibilidad de una retroalimentación de parte de un público de pares; éstas eran las principales motivaciones, más que el premio en sí.

Haber participado influyó en muchos sentidos en mi trabajo. En términos personales, fue un incentivo para mí como artista joven para seguir desarrollando mi trabajo con fuerza y determinación. De alguna manera, el premio me ayudó a confiar en que otras personas, fuera de mi círculo más cercano universitario, podían tener una valoración positiva de mi trabajo. En términos profe-

sionales, contribuyó a ubicarme dentro del circuito del arte joven de ese momento y a establecer algunas redes de amistad profesional con otros artistas de generaciones similares y de otros lugares fuera de Santiago.

El Concurso Nacional de Arte Joven UV tiene un gran valor porque es un concurso serio, que aporta al desarrollo y la promoción de los artistas jóvenes de todo el país. De ese concurso han salido muchos artistas que hoy en día son profesores y creadores reconocidos a nivel nacional. También el hecho de su vigencia en el tiempo le da una consistencia y prestigio excepcionales y me atrevo a decir que es el único de esta envergadura. Es un aporte cultural que viene de una región y eso también es muy valioso porque fomenta la descentralización, generando otro polo cultural en el país.

Christel Vega



*Premio de Honor de la
Universidad de Valparaíso
en 2012.*

Vive y trabaja en Quilpué.

Para una artista joven con ganas de emerger en el circuito artístico, el concurso es una oportunidad para comenzar a figurar y comparar tu trabajo con otros artistas. Por otro lado, la posibilidad de ganar y recibir el reconocimiento es un motor que te mueve muy fuerte.

Ganar me dotó de mayor seguridad en aquellos primeros años de carrera, en los cuales hay muchas dudas y miedos. Por otro lado, ganar el concurso fue un gran debut, en el cual se me abrieron otras puertas como mi primera exposición individual en una galería profesional (en la Galería Modigliani de Dino Samoiedo en Viña del Mar). Posteriormente, ser jurado del mismo concurso años después fue una experiencia desde el punto de vista opuesto, como espectador y evaluador de todo lo que los jóvenes están haciendo. Al mismo tiempo tienes mucha

responsabilidad en tus manos, debes luchar porque se seleccione y se premie el mejor trabajo o el que tenga un desarrollo marcadamente maduro en su visión artística.

Que el concurso exista es todo un mérito y esfuerzo de parte de la Universidad de Valparaíso, es sin duda un ejemplo que lamentablemente no han seguido otras instituciones educativas. Por esto mismo es un faro de luz y oportunidad para muchos artistas jóvenes y un buen impulso para carreras artísticas y para la cultura misma.

Paloma Villalobos



*Premio de Honor
Universidad de Valparaíso
en 1998.*

*Vive y trabaja en Madrid.
Colaboradora de la
Universidad Complutense
de Madrid.*

Las ganas de empezar a exponer y de acceder a un premio que ayudara a financiar mis proyectos de obra me motivaron a participar en el concurso.

Pensando ahora, 20 años después, me parece que sí tuvo un rastro inicial distintivo en mi carrera. Cuando participé estaba en mi último año de Licenciatura en Arte, tenía 21 años, por lo tanto creo que me valió como impulso inicial para saber que mi trabajo generaba curiosidad y tenía un cierto atractivo. También me sirvió para empezar a armar un currículum y presentar una experiencia en el medio artístico que fue importante para, por ejemplo, hacer clases en universidades siendo aún bastante joven.

Me parece significativo que aún se mantenga vigente porque incentiva a creer que nuestro trabajo es valorado y comienza a hacerse un lugar en el amplio contexto y, a veces, confuso camino del hacer artístico. Además, su vigencia plantea la importancia del compromiso de las instituciones con el arte y los artistas, relación que cada vez parece más difusa y efímera.

Alonso Yáñez



*Premio Banco de Chile en
1998.*

*Productor de Artes de la
Visualidad del Parque
Cultural de Valparaíso.*

Lo que me motivó a participar en el Concurso Nacional de Arte Joven UV fue que el acto de participar en un concurso requiere de cierta cantidad de tiempo y análisis; esta reflexión ayuda a los artistas a identificar, establecer un concepto artístico y también una forma de medición implícita. Estás bajo la evaluación de un jurado experto que valida. Te hace retroceder y ver más allá de las imágenes individuales, obligándote a considerar tu trabajo como un todo.

Cada obra tiene una presencia e impacto individual, pero también forma parte de un todo, y es necesario que seas capaz de identificar eso. Organizar tu inscripción para un concurso te motiva a desarrollar ese punto

de vista, permitiéndote tomar decisiones sobre la orientación de tu obra. Considero que es una plataforma importante de visibilidad, para mí fue fundamental para el inicio de una carrera incipiente que tenía como artista. Gracias al concurso tuve la posibilidad de exponer en Mendoza y conocer a otros artistas de mi generación, ampliar una red de posibilidades para ir generando más instancias de exhibición.

El concurso es una apuesta importante, que se ha mantenido en el tiempo. Definitivamente es un aporte como plataforma de visibilidad de las artes visuales de nuestro país y, especialmente, para los artistas emergentes.

Camilo Yáñez



Foto de Jorge Brantmayer

*Distinción Especial IFE
en 1997, Premio Turismo
Manantial en 2000.
Profesor de la Universidad
Diego Portales.*

No recuerdo los años en que participé, fue en varias ocasiones a finales de los noventa. En esos años era de los pocos eventos de arte que había para los jóvenes, y las mineras aún no auspiciaban el arte. Su relevancia, a mi juicio, radicaba en que era nacional, además de que las muestras y los jurados eran lo más interesante que había en aquella época.

Recuerdo que en uno de los años gané un premio, no era el premio principal, pero era un tercer lugar o una mención de honor. El premio incluía poder viajar a Colombia a exponer y trabajar en el contexto artístico de Bogotá. En ese viaje, todos los ganadores tuvimos la posibilidad de realizar una edición de grabado en litografía en el Taller Arte Dos Gráfico, dirigido por María Eugenia Niño y Luis Ángel Parra. El lugar es una casa editora de material de artistas muy prestigiosa. Para mí, esa experiencia ha sido muy importante, pues pude conocer y trabajar en un espacio de arte donde se desarrollaban múltiples procesos gráficos, desde serigrafía, lito y xilografía, hasta el off set y la impresión de diversos libros de artistas.

El concurso ciertamente ha hecho historia, es un referente importante para poder mapear quiénes han sido ganadores en los diversos años. Es una iniciativa que debe seguir, pues su perfil, por estar dedicado a los recién egresados y artistas jóvenes, incentiva el encuentro y crea redes de colaboración e intercambio.

Enrique Zamudio



*Premio de Honor
Universidad de Valparaíso
en 1988, jurado en 1990 y
1996.*

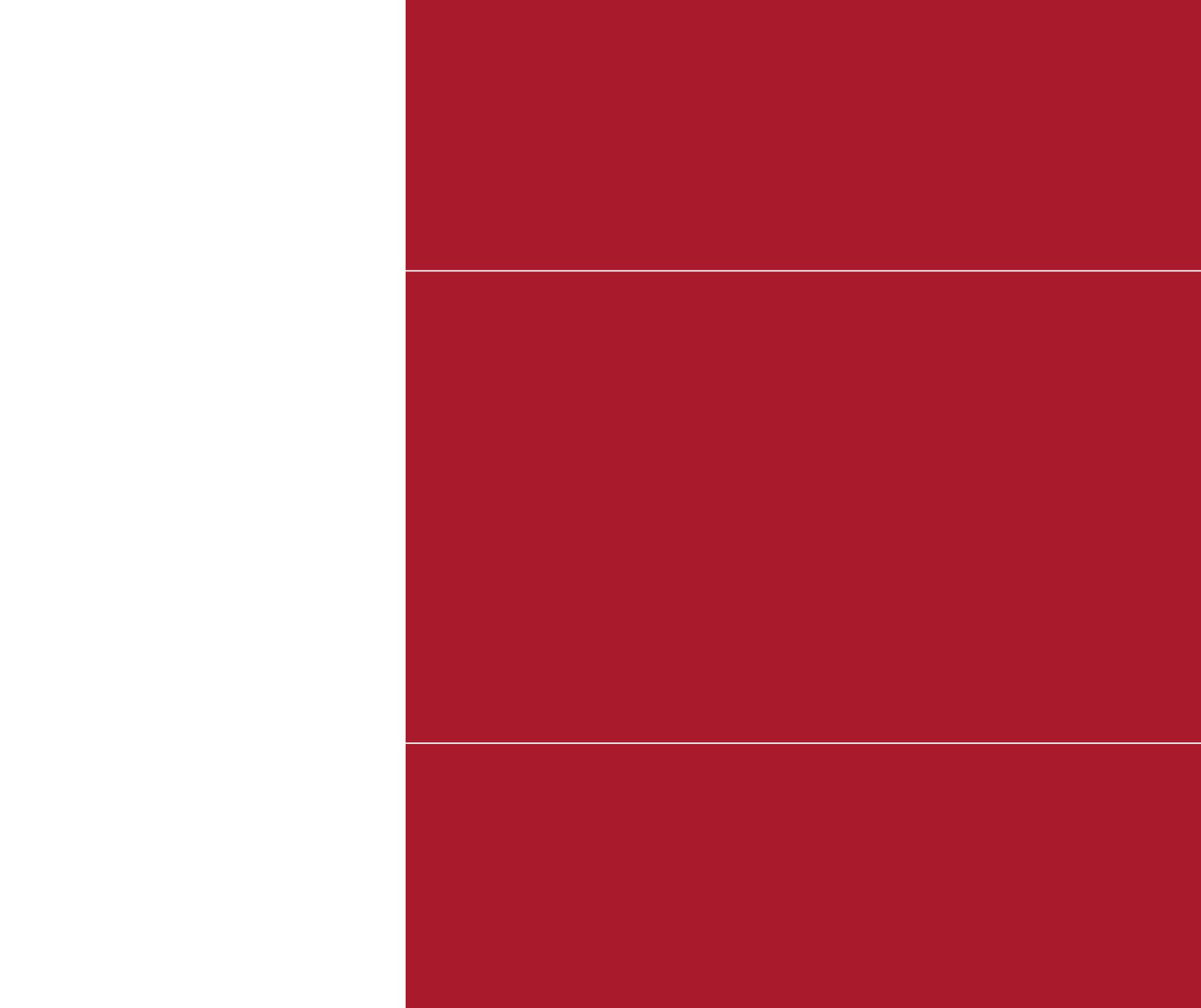
*Decano de la Facultad de
Arte de la Universidad
Finis Terrae.*

Un concurso es siempre una confrontación de fuerzas pero, además, es la posibilidad de integrar una disposición de variantes para establecer un “estado del arte” en el mundo del arte. Recuerdo esa época de los años ochenta como un período de extrema necesidad por marcar un espacio de importancia para el mundo del arte, dentro de una sociedad con otros intereses y en la que el arte cumplía con el propósito de conformar una conciencia crítica para su tiempo histórico.

Valparaíso durante esa década fue un referente ineludible para entender la “movida” artística de nuestro país. Dos concursos, el de Arte Joven y la Bienal Internacional de Arte de Valparaíso, movilizaron a gran parte de los artistas a participar, entusiasta y comprometidamente bajo el entendimiento de que esto podría constituir un factor de cambio, más allá de intereses personales implícitos. Siempre prevaleció un espíritu colectivo de ocupar estos espacios como plataformas de expresión, con miradas diversas y convergentes que dieran cuenta, desde la subjetividad y el sentido crítico, de la importancia y el valor del arte en nuestra sociedad.

En su momento el premio significó un apoyo fundamental para reafirmar conceptos y procedimientos en los que estaba embarcado; la fotografía y su consideración dentro del panorama de las artes plásticas y visuales (en Chile) fue entonces mi norte vocacional –y sigo en ello–, reconociendo un repertorio propio, ese hábito local del paisaje, la historia y la identidad.

El valor que le otorgo al concurso tiene más que ver con un valor patrimonial. Hoy los concursos no alcanzan a dar cuenta –por su carácter competitivo y de pretensión jerárquica– de la transversalidad y variedad que pretende el arte como función social, en el sentido de valorar la diversidad, las ideas y el bien hacer. Tal vez realizar un “encuentro” podría ser más justo y adecuado a los anhelos de reconocimiento e integración a los que aspiramos actualmente. Pero sin duda este concurso ha sido, es, y seguirá siendo un vital y acreditado espacio de presentación para los artistas que buscan dialogar y encontrarse con otros, y entre todos componer un siempre renovado paisaje de conceptos y procedimientos del arte joven en nuestro país.



Cronología de los 40 años del concurso

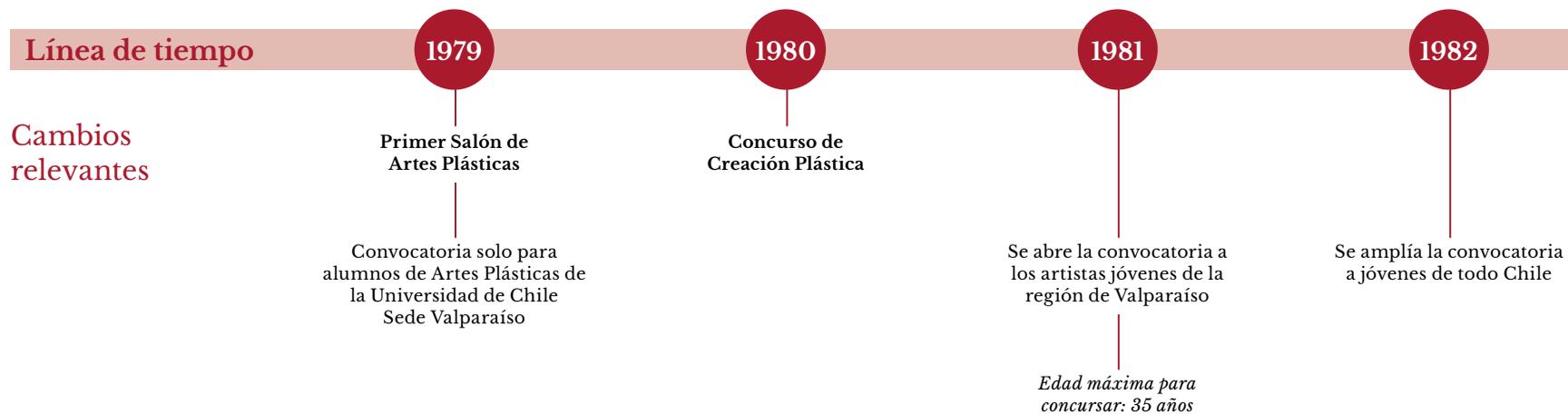
40 años | Concurso Nacional de Arte Joven de la Universidad de Valparaíso

En cuatro décadas, la cantidad de datos relacionados con el Concurso Nacional de Arte Joven de la Universidad de Valparaíso es mucha y variada. Cantidad de fechas y personas, pero también de nombres que tuvieron modificaciones a lo largo del tiempo, y que tienden a hacer confusa la historia del certamen. Por eso presentamos este resumen, en el que se recopila por año la información de ganadores, jurados y cu-

radores, y también de hitos relevantes en las distintas versiones.

Hemos mantenido los distintos nombres asignados a los premios (que tuvieron muchas variaciones de acuerdo a los auspiciadores e instituciones que los aportaban). De todos ellos, sólo el Banco de Chile ha continuado ininterrumpidamente como auspiciador, desde 1994.

Cabe consignar que aquí no se recoge la información relativa al certamen de poesía, el cual fue parte del concurso desde 1999 a 2009, siempre a cargo del poeta Ennio Molledo. La decisión de rescatar exclusivamente la competencia en la sección de artes visuales, se debe a que es lo que se ha mantenido durante los 40 años del certamen, desde su origen hasta hoy (la información de la sección literaria del concurso puede ser encon-



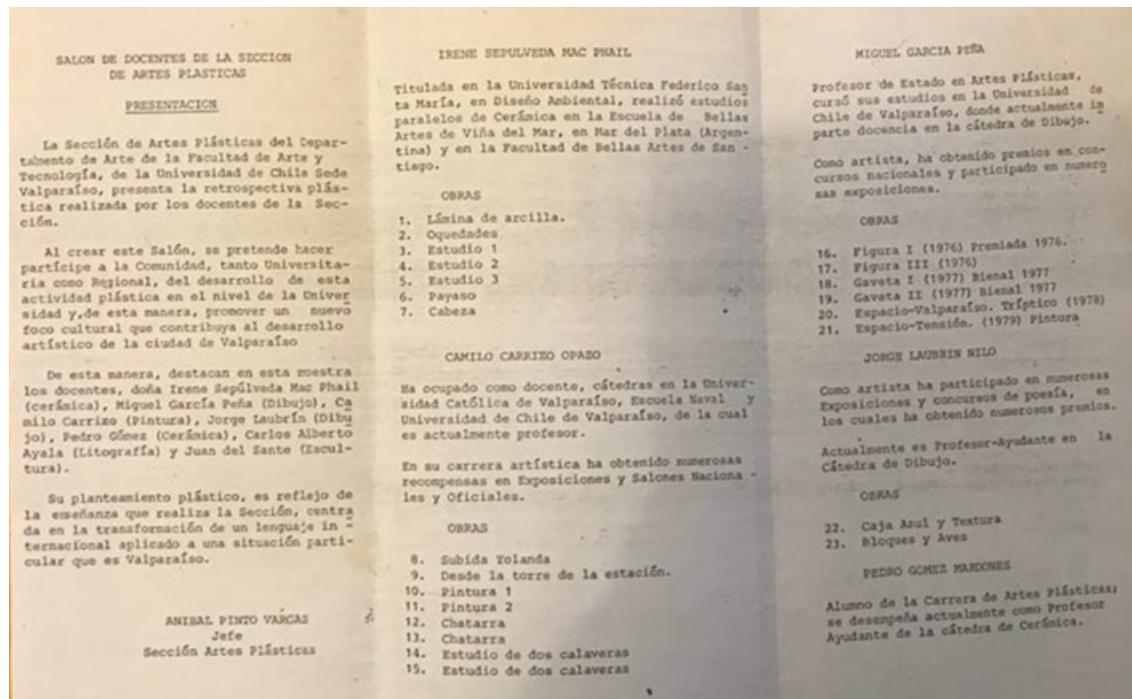
trada en los catálogos impresos para cada versión).

Hemos decidido entregar en este libro mayor información –escrita y visual–, sobre las dos primeras décadas del concurso, ya que es el período más difícil de investigar, por la escasa disponibilidad de documentación.



Se realiza por primera vez el Salón de Docentes de la Sección de Artes Plásticas de la Universidad de Chile Sede Valparaíso. Se imprime un modesto folleto, donde Aníbal Pinto, el jefe de dicha sección, plantea el objetivo de la muestra: "Promover un nuevo foco cultural que contribuya al desarrollo artístico de la ciudad de Valparaíso". Se expusieron obras de los profesores Irene Se-

púlveda (Cerámica), Miguel García (Dibujo), Camilo Carrizo (Pintura), Jorge Laubrin (Dibujo), Pedro Gómez (Cerámica), Carlos Ayala (Litografía) y Juan Del Sante (Escultura). Esta actividad genera tal entusiasmo entre los alumnos, que los profesores comienzan a considerar la posibilidad de hacer una exposición de estudiantes de la carrera al año siguiente.



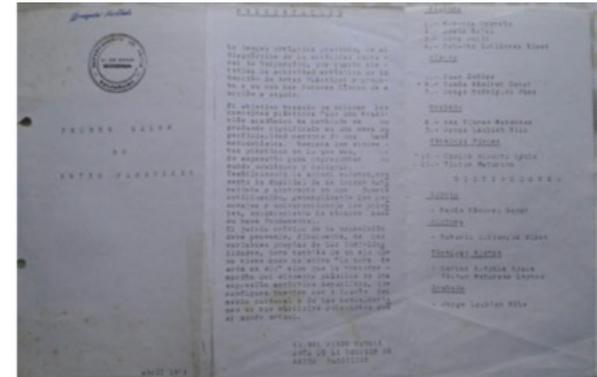
1979

Abril:

Se realiza el Primer Salón de Artes Plásticas en Atkinson 81, donde se ubica el Departamen-

to de Arte de la Universidad de Chile Sede Valparaíso. Se presenta el evento como “el diagnóstico de la actividad cultural de Valpa-

raíso”. Este es el inicio oficial de lo que conocemos hasta hoy como Concurso Nacional de Arte Joven.



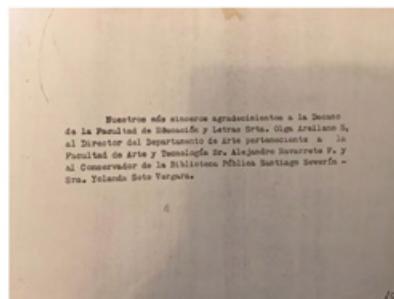
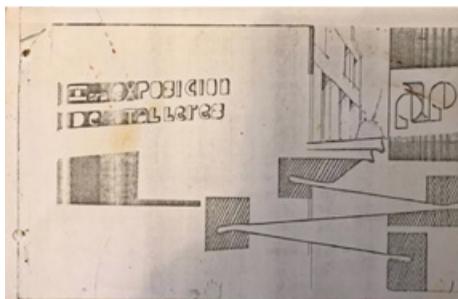
Agosto :

Exposición de talleres de los alumnos de la carrera de Pedagogía en Artes Plásticas, con trabajos realizados en las distintas asignaturas durante el primer semestre. Se exhibe en la Biblioteca Santiago Severín y la muestra es complementada con obras de los profesores de la carrera. En la organización participa activamente el centro de alumnos de la

carrera y la Decana Olga Arellano.

La exposición en la tradicional biblioteca de la ciudad se hace para celebrar el octavo año de la carrera, desde la creación de la Pedagogía en Artes Plásticas de la Universidad de Chile Sede Valparaíso. Antes de que se creara, la universidad ofrecía cursos de arte electivos, fundamentalmente dirigidos a los alumnos de arquitectura, para los que se

había contratado especialmente a una destacada generación de alumnos de la Escuela de Bellas Artes de Viña del Mar, que habían sido alumnos del famoso grabador Carlos Hermsilla (entre ellos estaban Jorge Osorio, Edgardo Catalán, los hermanos Hugo y Francisco Rivera). El trabajo de estos artistas es el que motiva a la universidad a crear la Pedagogía en Artes Plásticas a comienzos de los 70.



Premiación 1979:

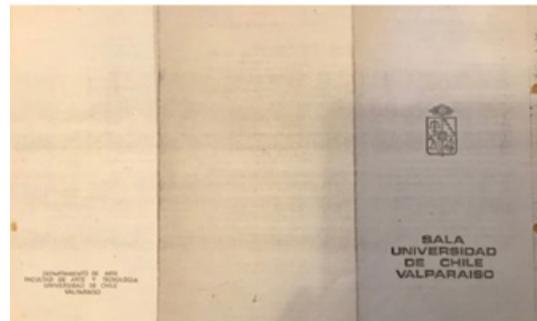
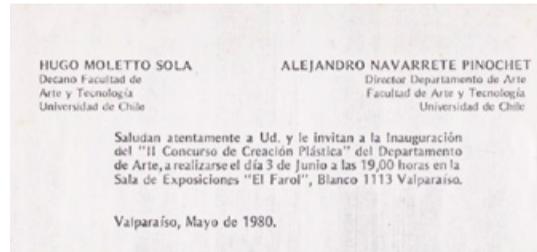
- Premio Álvaro Donoso de Gráfica: Jorge Laubrin
- Premio Dibujo: Ramón Ramírez
- Premio Pintura: Roberto Gutiérrez
- Premio Técnicas Mixtas: Víctor Maturana

1980

El certamen cambia su nombre a Concurso de Creación Plástica, el que se mantendrá hasta 1986.

Junio:

La muestra de seleccionados se expone por primera vez en la sala El Farol, que antes había albergado a la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Chile Sede Valparaíso. Aunque el nombre de la sala aparece en los medios como El Farol, en algunos documentos también aparece como Sala Universidad de Chile Valparaíso. Se exponen 50 obras, seleccionadas en las categorías de pintura, gráfica, cerámica, técnicas mixtas y escultura.



Premiación 1980:

Premio Álvaro Donoso Gráfica: Pedro Gómez
Premio Cerámica: Gregorio Silva
Premio Técnica Mixta: Víctor Maturana
Premio Pintura: Liliana Andariza
Premio Especial en Pintura: Edwin Rojas
Premio Gráfica: Juan Zúñiga
Distinciones Especiales: Mauricio Carrasco y Gladys Flores

Jurado: Ricardo Mac Kellar, Alfonso Gómez-Lobo y Alejandro Pinochet

Diciembre:

Se realiza el Segundo Salón de Docentes del Departamento de Arte. Allí exponen Álvaro Donoso (Grabado), Camilo Carrizo (Pintura), Irene Sepúlveda (Cerámica), Miguel García (Dibujo), Juan Del Sante (Escultura), Carlos Ayala (Grabado), Pedro Gómez (Grabado), Roberto Gutiérrez (Cerámica), Ellen Loos (Cerámica) y Marcela Deramond (Cerámica).



1981

El certamen se abre a los artistas jóvenes de la Región de Valparaíso. En ese momento, los estudiantes de arte pertenecen, además de la Universidad de Chile Sede Valparaíso, a la Escuela de Bellas Artes de Viña del Mar y a la Escuela de Bellas Artes de Valparaíso. Se reciben cerca de 100 obras y son seleccionadas 47. Se suprimen las distinciones especiales por falta de presupuesto.

Se organiza un encuentro de artistas y críticos en la sala El Farol con un temario preciso:

1. El rol del artista plástico en Valparaíso.
2. Papel que le corresponde a las instituciones.
3. Importancia y necesidad de los concursos en Valparaíso y a nivel nacional.



Premiación 1981:

Premio Pintura: Jorge Olivero
Premio Escultura: Gabriel Núñez
Premio Dibujo: Gerardo Newman
Premio Grabado: Pedro Gómez
Premio Técnicas Experimentales: Víctor Maturana

Jurado: Gerda Kroneberg, Matías Vial y Alejandro Navarrete

1983

Se reciben 200 obras –el doble que el año anterior–, provenientes de gran parte del país (de Arica a Valdivia), de las cuales se seleccionan 40.

La muestra de seleccionados se exhibe además en el Instituto Cultural de Las Condes en Santiago, por lo que la cobertura perio-

dística del concurso crece notoriamente. Las obras ganadoras y seleccionadas aparecen en medios de circulación nacional en diversas ocasiones.

Se entregan tres premios de 60.000 pesos y se agrega al Premio de Honor de la Universidad de Valparaíso una medalla de oro.

Premiación 1983:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:

Archivaldo Rozas

Premio de Honor Escuela de Arte:

Víctor Maturana

Premio Sección de Artes Plásticas:

Eduardo Ahumada

Menciones Honrosas: Roberto Gutiérrez,

Roberto Geisse y José Antonio Ferrer

Jurado: Ana Helfant, Ernesto Barreda, Francisco Javier Court, Hendrick Van Nievelt y Juan Del Sante

Curador del concurso: Álvaro Donoso



1984

La recién creada Dirección de Desarrollo y Extensión Cultural de la Universidad de Valparaíso se dedica a difundir el concurso de forma masiva, a través de una campaña publicitaria en todo el país (anteriormente las gestiones se realizaban desde la Facultad de Arquitectura, de la que dependía la Escuela de Arte). El resultado de la gestión es inmediato y monumental: se reciben más de mil obras, por lo que el jurado demora tres días en seleccionar las 77 finalistas.

Se cuenta con el auspicio de empresas privadas (desde una línea aérea a una ferretería) e instituciones públicas (Museo Nacional de Bellas Artes y las municipalidades de Las Condes y Concepción). Este último aporte permite que la exposición de seleccionados se vuelva itinerante y se muestre en lugares relevantes del circuito artístico profesional. Otro hecho significativo es que por segundo año consecutivo gana el mismo artista, Archivaldo Rozas, algo excepcional en ese momento y también en la historia del concurso. En El Mercurio se consigna el singular hecho con la fundamentación de los evalua-

dores: “El jurado, soberano y absoluto en su decisión, opinó en forma unánime que Rozas había adquirido un progreso tal que merecía nuevamente igual galardón”. Rozas recibió 90 mil pesos de premio.

Este año se incorpora de forma transitoria la categoría Técnicas Mixtas y Fotografía (aunque esta última logra instalarse sólo una década después).

Premiación 1984:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:

Archivaldo Rozas

Premio Dirección de Desarrollo y Extensión Cultural:

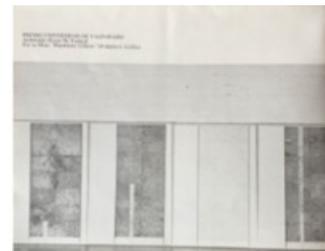
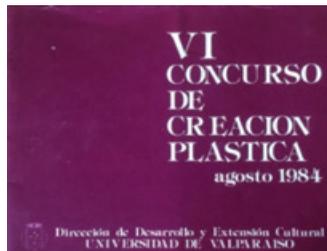
Roberto Bascuñán

Menciones Honrosas: Osvaldo Peña, Gonzalo Ilabaca, Mauricio Ibarra, Michael Jones, Juan Zúñiga y Jorge Barbajelatta

Jurado: Nena Ossa, Gema Swinburn y

Gumaro Fernandois

Curador del concurso: Álvaro Donoso



1985

Pedro Labowitz, miembro del Círculo de Críticos de Arte de Chile e integrante del jurado este año, hace notar el buen nivel de las propuestas y lo difícil de la selección:

“Es importante el alto número de participantes serios. Por supuesto que no todos ellos elegirán finalmente la carrera de artista en las artes visuales; lo harán los más dotados y entusiastas. En este sentido es positivo poder constatar que algunos jóvenes creadores que ya se destacaron en certámenes anteriores de la Universidad de Valparaíso, volvieron a hacerlo ahora, prueba de que emprendieron un camino de constancia y de superación que es más que prometedor para el futuro. Pero, y esto es igualmente importante, también se destacaron nombres nuevos cuyo deber ahora será demostrar que no se trataba de un chispazo único, sino que de la exteriorización de una vocación verdadera, del primer paso de lo que habrá de ser un largo y no siempre fácil o agradable avanzar”.

La itinerancia de la muestra de seleccionados incluye la Sala Municipal de Arte de la Universidad de Concepción. La Galería de la Plaza suma, además, un gran auspicio que consiste en la realización de una exposición individual en la sala de Santiago para el artista ganador al año siguiente.



Premiación 1985:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:

Iván Cabezón

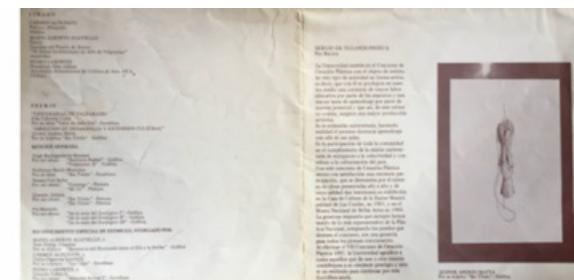
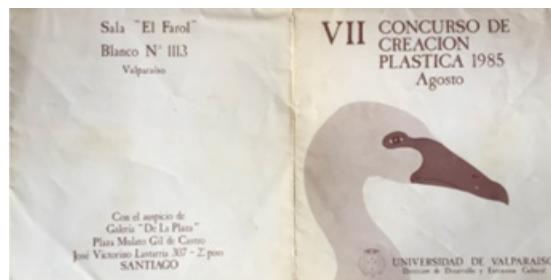
Premio Dirección de Desarrollo y Extensión Cultural: Leonor Andreu

Menciones Honrosas: Jorge Barbaguelatta, Robinson Barría, Susana Cox, Gonzalo Ilabaca y Pía Marzullo

Reconocimientos Especiales: Juan Zúñiga, Carlos Figueroa y Eduardo Yáñez

Jurado: Carmen Aldunate, Mario Agatiello y Pedro Labowitz

Curador del concurso: Álvaro Donoso



1986

El nombre del certamen se modifica: desde esta fecha en adelante se llamará Concurso Nacional de Arte Joven. El Premio de Honor se incrementa a 180 mil pesos.



Premiación 1986:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:

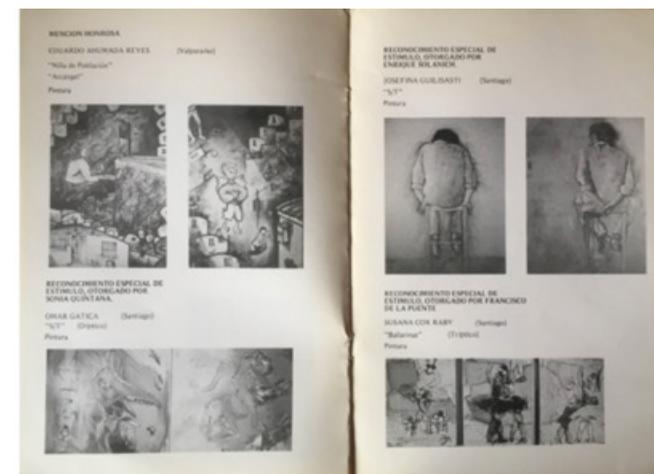
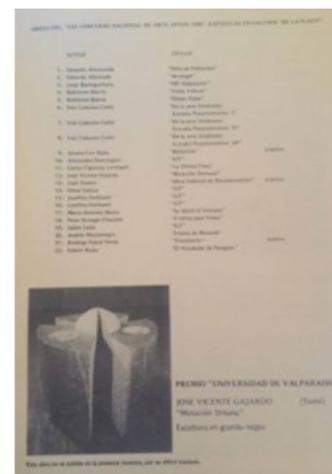
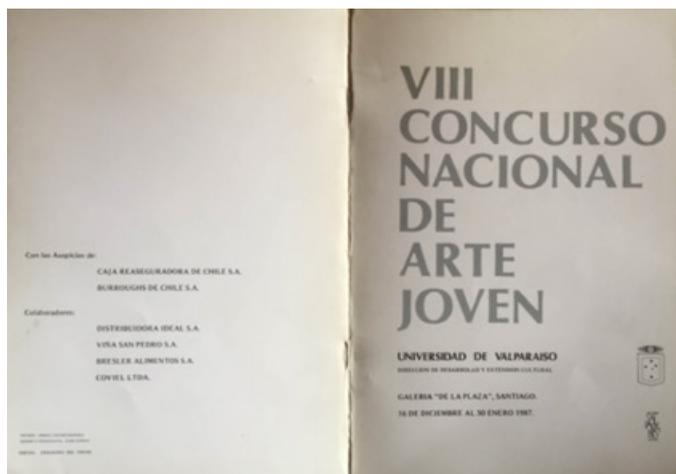
Vicente Gajardo

Menciones Honrosas: Carlos Figueroa, Juan Godoy, Peter Kroeger, Mario Ibarra, Eduardo Ahumada

Reconocimientos Especiales: Omar Gatica, Josefina Guilisasti, Susana Cox

Jurado: Sonia Quintana, Enrique Solanich y Francisco de la Puente

Curador del concurso: Álvaro Donoso



1987

Se recibieron 311 obras, por lo que el jurado tuvo que evaluarlas durante dos días. Se seleccionan 54 trabajos para ser expuestos.

La muestra se monta en diciembre en la Galería de la Plaza en Santiago y en mayo de 1988 en Concepción (Galería Municipal de Arte).

El Premio de Honor Universidad de Valparaíso nuevamente sube su monto a 250 mil pesos.

Premiación 1987:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:

Mario Ibarra

Primera Mención de Honor: Jorge Gaete

Segunda Mención de Honor: Álvaro Oyarzún

Tercera Mención de Honor: Paula Hernández

Cuarta Mención de Honor: Sebastián Garretón

Quinta Mención de Honor: Raúl Eberhard

Reconocimientos especiales: María Isabel Saa,

Marco Madrid, Lorenzo Moya

Jurados: Isabel Aninat, Gonzalo Cienfuegos,

Archivaldo Rozas

Curador del concurso: Álvaro Donoso

Porteño ganó Concurso Nacional de Arte Joven

El artista porteño Mario Antonio Ibarra Catalán se adjudicó el Premio "Universidad de Valparaíso", igual a 250 mil pesos, del Noveno Concurso Nacional de Arte Joven, que organizó la citada casa de estudios, a través de su Dirección de Desarrollo y Extensión Cultural.

La obra ganadora es un óleo de gran formato, que aunque no tiene título se identificó como "La citroila".

El jurado integrado por Isabel Anita Ureta, profesora de Estética y directora de la Galería de Arte "Plástica-3" de Santiago; Gonzalo Cienfuegos Brown, pintor, y Archivaldo Rozas McFarland, artista gráfico, determinó ayer otros ocho premios.

Las cinco menciones honoríficas favorecieron a los siguientes creadores plásticos:

Jorge Gaete, de Santiago (dipinto gráfico "Peces pacíficos"); Álvaro Oyarzún, de Santiago (acrílico "Naturaleza muerta"); Paula Hernández, de Tongoy (obra experimental); Sebastián Garretón, de Santiago (óleo "Micro Matadero Palma"); y Raúl Eberhard, de Viña del Mar (acuarela "Oaxa").

Asimismo, cada jurado determinó una distinción de estímulo. La

de Isabel Aninat fue para María Isabel Saa, de Santiago, y su óleo "Jabali" y su dipinto "Petronila Alcayaga de Godoy". La de Gonzalo Cienfuegos recayó en Lorenzo Moya, de Paine, y su óleo "Llaves", y la de Archivaldo Rozas favoreció a Marco Madrid, de Valparaíso, y su dipinto "Los superman".

SELECCIONADAS

Álvaro Donoso, comisario de este certamen de arte, el más importante del país para artistas menores de 35 años de edad, explicó que de las 311 obras que se presentaron al concurso, con 250 artistas, el jurado seleccionó 50, con 54 unidades.

"Se trata —dijo— de 39 pinturas y obras gráficas, 8 esculturas y 3 tapices".

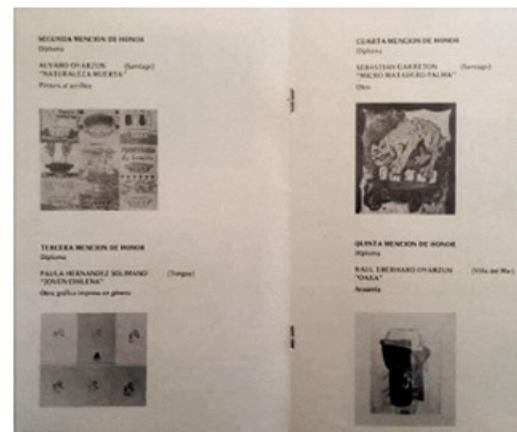
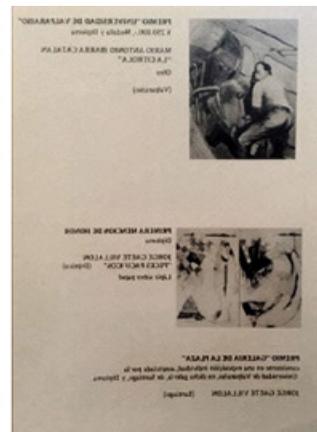
La entrega de premios y la inauguración de la exposición correspondiente se efectuarán el próximo 30 de octubre, a las 19 horas, en la Sala "El Faro", de la Universidad de Valparaíso, en Blanco 1113.

La selección de trabajos se llevará posteriormente, en el mes de diciembre, a la Galería de la Plaza, en Santiago, y en mayo del próximo año se exhibirá en la Galería Municipal de Arte de Concepción.

Valparaíso, sábado 26 de SEPTIEMBRE de 1987



OPINAN. — Desde la izquierda: Álvaro Donoso, comisario del concurso, y los jurados Isabel Aninat, Archivaldo Rozas y Gonzalo Cienfuegos, opinan sobre la obra ganadora.



1988

Se crea la Dirección de Extensión y Comunicaciones de la Universidad de Valparaíso, encargada de organizar anualmente el concurso hasta hoy.

La salida de Álvaro Donoso como director del concurso determina la cancelación del convenio con Galería de la Plaza y la itinerancia a Concepción.

Llegan cerca de 250 obras y son seleccionadas 50. El Premio de Honor de la universidad asciende a 300 mil pesos y fue entregado a Enrique Zamudio por las dos obras que presentó este año. El diario El Mercurio de Valparaíso habla del concurso como “el más

importante del país para artistas menores de 35 años”.

En una entrevista, el crítico de arte Carlos Lastarria, miembro del jurado este año, habla sobre la importancia del concurso ante la consulta de si éste debiera seguir existiendo: “Por supuesto. Ya llegó a los diez años y esa experiencia no hay que perderla. El artista joven necesita de lugares donde encontrarse, donde medirse; lugares donde se compare con sus iguales, donde conozca a los otros artistas y se nutra de ellos. Esto estimula a los artistas jóvenes y también los ubica en la realidad actual del arte”.

Premiación 1988:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:

Enrique Zamudio

Menciones Honrosas: Antonio Guzmán, Álvaro Sierra, Reinaldo Cavieres, Francisca Núñez, Ariel Pereira y Marco Sepúlveda.

Jurado: Osvaldo Peña, Carlos Lastarria y Hendrick Van Nievelt

Coordinador del concurso: Camilo Carrizo



Entregaron los premios de X Concurso de Arte Joven

En una ceremonia que se efectuó en la tarde de ayer en la Sala “El Faro”, en Blanco 1113, se entregaron los premios del Décimo Concurso Nacional de Arte Joven 1988, organizado por la Universidad de Valparaíso, a través de su Dirección de Extensión y Comunicaciones.

El certamen, que es el más importante del país para artistas menores de 35 años de edad, lo ganó el santiaguino Enrique Zamudio Rosales, quien concursó con dos paisajes en tonos grises: “Los espinos” y “El boldor”.

Se hizo merecedor del Premio Universidad de Valparaíso— de adquisición para el Museo de Arte Moderno en formación— consistente en medalla, diploma y 300 mil pesos, el que le fue entregado por el Rector del plantel organizador, Raúl Célis Cornejo.

JURADO Y MENCIONES

El jurado del certamen estuvo integrado por el escultor Osvaldo Peña Muñoz, el crítico de arte Carlos Lastarria Hermosilla y el Dr. en Historia del Arte, Hendrick van Nievelt Nicoreanu.

Ellos determinaron por unanimidad el primer premio y también las seis menciones honrosas:

Pintura: “Babel”, de Antonio Guzmán y un óleo sin título de Álvaro Sierra.

Escultura: “Hombre I”, tallado en madera de Reinando Cavieres y una obra en técnica mixta sin título de Francisca Núñez.

Gráfica: “El recurso del panfletto”, obra en técnica mixta de Ariel Pereira y “Por la vereda del zoo”, I y II, xilografías de Marco Sepúlveda.



PREMIO UNIVERSIDAD.— El Rector de la Universidad de Valparaíso, Raúl Célis Cornejo, entregó ayer el primer premio del X Concurso Nacional de Arte Joven, al joven artista Enrique Zamudio Rosales, quien aparece a la derecha.

1989

El premio de la Universidad de Valparaíso consiste en 300 mil pesos, una medalla y un diploma. El jurado explicita los criterios evaluados en la premiación: “Profesionalismo para el trabajo artístico, contenidos de la obra, manejo del lenguaje visual y coherencia de la propuesta”.

Finalizó XI Concurso de Arte Joven de UV

Jurado determinó primer premio y menciones honrosas.

La pintura del artista José Cornejo Toledo, titulada "Carga Nacional (Clase A) y Carga Nacional (Clase B)" resultó ganadora del XI Concurso de Arte Joven, que organiza la Dirección de Extensión y Comunicaciones de la Universidad de Valparaíso.

El autor de la obra premiada se hace acreedor del premio "Universidad de Valparaíso", consistente en una medalla, diploma y la suma de 300 mil pesos.

Las obras fueron seleccionadas ayer en la Sala "El Faro", de la UV, luego de un minucioso trabajo realizado por el jurado del certamen, que estuvo integrado en esta oportunidad por la escultora y Decana de la Facultad de Artes de la Universidad de Playa Ancha, Lucy Lafuente Indo; el profesor de la Facultad de Diseño de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Valparaíso,

Sergio Rojas Guerra y el profesor de la Facultad de Arquitectura y Bellas Artes de la Universidad Central de Santiago, Francisco Rivera Scott.

Las obras que obtuvieron menciones honrosas, por unanimidad del jurado, fueron las siguientes: óleo sin título de Christian Correa; el conjunto titulado "Recipiente receptivo", técnica lineografía y "Establecer una conexión", lineografía, del autor Víctor Maturana.

También fue premiada con mención honrosa la creación de Sergio Cerón, por su escultura titulada "Primera rutina" y la obra de Marco Sepúlveda, por su conjunto denominado "Por la vereda del Zoo VII" y "Por la vereda del Zoo V", técnica xilografía.

CRITERIOS

Francisco Rivera, indicó que para la selección de las obras el jurado estableció un acuerdo previo, en el que primaron tres criterios: el profesionalismo, para el trabajo artístico, los cotendos de la obra y el manejo del lenguaje visual y la coherencia de la propuesta.

Indicó Rivera que se efectuó una selección rigurosa "porque son artistas jóvenes, menores de 35 años, y algunos no son consagrados, pero no hubo discriminación alguna en cuanto a la técnica usada".

En este sentido, Francisco Rivera, quien es artista plástico expresó que "se corrobora algo que se ha venido manifestando a nivel mundial en el arte. La obra no se encasilla en una técnica, sino que se interrelaciona".

Agregó el académico que en el arte nuevo "ya no hay estancos, ya no se puede hablar de arte separado, ni darle preferencias en el montaje a la escultura o a la pintura. Es el arte visual que se está estableciendo".

La exposición de las obras seleccionadas en el certamen se abrirá el 6 de octubre próximo y se mantendrá abierta al público hasta el 6 de noviembre.



JURADO.— En la fotografía los miembros del jurado, desde la izquierda, Francisco Rivera Scott, Sergio Rojas Guerra y Lucy Lafuente Indo, observan la obra ganadora del Concurso de Arte Joven de la Universidad de Playa Ancha del autor José Cornejo Toledo.

Premiación 1989:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:

José Cornejo

Menciones Honrosas: Víctor Maturana,
Christian Correa, Sergio Cerón y Marco
Sepúlveda

Jurados: Lucy Lafuente, Sergio Rojas y
Francisco Rivera

1990

Se instituye en forma oficial el Premio de Honor Universidad de Valparaíso, a través del Decreto Exento 0476 del 8 de octubre de 1990, bajo la rectoría de Agustín Squella. Este hecho asegura la continuidad del concurso, ya que lo consigna como una actividad oficial de la universidad, de lo cual se desprende que debe obligatoriamente hacerse cargo

de su realización anualmente. El concurso está dedicado a la Gráfica, tanto en técnicas tradicionales como experimentales, lo cual reduce la cantidad de obras seleccionadas y expuestas. Una imagen generada digitalmente, y luego impresa, obtiene el primer premio (obra de Paul Beuchat).

Premiación 1990:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:
Paul Beuchat

Menciones Honrosas: Víctor Maturana, Verónica Lederman, María Miranda y Andrés Arrospide.

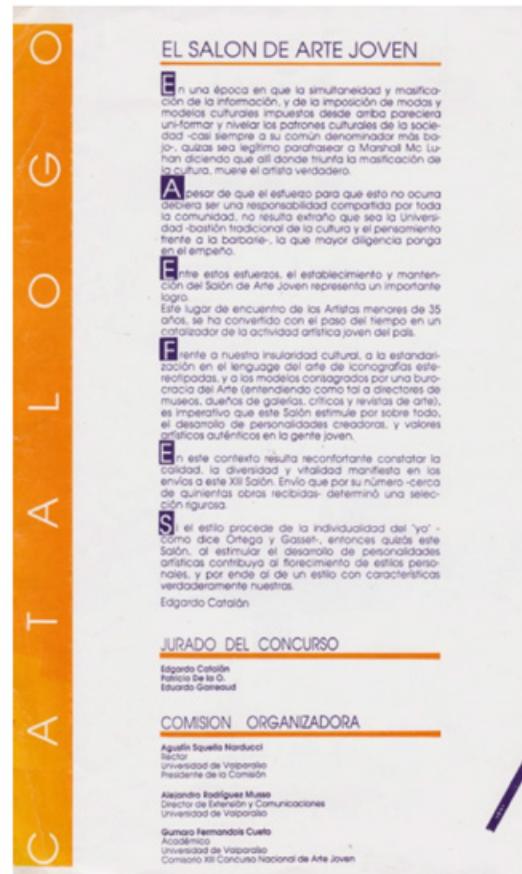
Jurados: Sergio Juzam, Ramón Vergara Grez y Enrique Zamudio

Coordinador del Concurso: Camilo Carrizo



1991

Se retoman las especialidades tradicionales de pintura, gráfica y escultura para seleccionar las obras.



Premiación 1991:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:
Christian Correa

Menciones Honrosas: Mónica Bengoa, Víctor Bravo, Loreto Henríquez, Lilian Moreno, Manuel Hormazábal y Edwin Rojas

Jurados: Edgardo Catalán, Patricio de la O, Eduardo Garreaud

Curador del concurso: Gumaro Fermandois

1992

Se abre la categoría Técnicas Experimentales, "(...) con el objeto de hacer posible una participación más amplia de los artistas jóvenes, habitualmente vinculados a la búsqueda de nuevas formas de expresión plástica".

Se realiza la Primera Subasta de Arte Joven con las 54 obras seleccionadas para la exposición de ese año. En una venta previa son compradas seis obras y, cuando se realiza la subasta días más tarde, el martillero Juan Ovalle remata dos pinturas de Vittorio

Queirolo (en 280 mil pesos) y una escultura de Cristóbal Voigt (en 175 mil pesos). Según consignan los medios de comunicación, el comprador de las tres obras era la misma persona (un empresario hotelero), que en la venta anterior ya había comprado una escultura de Robinson Mora en 500 mil pesos. Entre ambos eventos comerciales se recauda un total de \$1.355.000. La subasta se realiza en cada versión hasta el año 1994.

Premiación 1992:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:

Andrés Díaz

Mención Honrosa: Cristóbal Voigt

Jurado: Patricia Israel, Daniel Santelices y

Félix Maruenda

Curador del concurso: Gumaro Fernandois



SUBASTA DE "ARTE JOVEN". — Tres obras —dos pinturas y una escultura— se vendieron ayer en la "Primera Subasta de Arte Joven" organizada por la Universidad de Valparaíso para clausurar el XIV Concurso Nacional de Arte Joven, cuyas obras seleccionadas se exhibían en la sala "El Farol". El sábado pasado, cuando se quiso realizar el remate, se habían vendido otras seis obras a precio de oferta mínima, lo que fue calificado por los organizadores como exitoso, por tratarse de la primera vez que se realiza una cosa así en Valparaíso, e incluso en el país. En la foto, el martillero Juan Ovalle en plena faena, junto a uno de sus asistentes. (Información en página A 5).

Pinturas de Arte Joven.-

Tres obras se vendieron en subasta en "El Farol"

Poco público asistió a remate con que se clausuró anoche el XIV Concurso Nacional de Arte Joven de la Universidad de Valparaíso.

Tres obras se vendieron en la "Primera subasta de Arte Joven" organizada por la Universidad de Valparaíso para clausurar el XIV Concurso Nacional de Arte Joven 1992. El remate estuvo a cargo del martillero viamarino Juan Ovalle.

Las ventas correspondieron a una escultura sin título de Cristóbal Voigt Caselli, mención en su especialidad, adjudicada en 175 mil pesos, y a dos pinturas de Vittorio Queirolo, vendidas en 175 mil y en 105 mil pesos cada una. La primera, "Niño en bicicleta", fue ganadora de una mención en pintura en el certamen. Las tres obras fueron adquiridas por la misma persona, la cual, según se supo, representaba a una empresa que se está instalando en Viña del Mar con un lujoso hotel. Y es la misma persona que adquirió el sábado pasado, en el precio mínimo de 500 mil pesos, la escultura titulada "Desencuentro", de Robinson Mora.

Como se recordará, la subasta estuvo programada para el sábado pasado a las 10.30 de la mañana, pero debió postergarse para ayer martes a causa del mal tiempo. Sin embargo, ese día se dio la oportunidad a que las personas que manifestaron interés pudieran adquirir algunas obras al precio de postura mínima, recom-

pensando su interés por comprar y cooperar con los artistas jóvenes. Lo recaudado ese día por las ventas (de seis obras) llegó al millón de pesos.

En la jornada de ayer hubo muy poco público interesado en comprar. De la cincuentena de personas presentes en la sala "El Farol", la mayoría eran artistas interesados en ver cómo se resolvía la suerte de sus obras. Eso se pudo comprobar porque a medida que el remate avanzaba, la sala se iba desocupando, hasta quedar solamente el martillero Juan Ovalle con sus asistentes, más los organizadores y unos pocos interesados.

Cabe mencionar también que hay ofertas de compra para una decena de obras sobre el precio mínimo, con lo cual el resultado final podría ser mejor de lo visto ayer a la hora de cierre.

Con el millón de pesos vendido el sábado más lo vendido ayer, la suma de las ventas llegó al millón 355 mil pesos, lo que dejó satisfechos a los organizadores, pero con la sensación de que hizo falta una mejor promoción para la subasta, según lo expresó Carolina Cowley, coordinadora general del Concurso de Arte Joven 1992, quien agregó que para la versión del próximo año ese factor deberá ser mejorado con la colaboración de empresas y medios de difusión.

1993

Llegan 573 obras desde 28 ciudades, de Iquique a Puerto Varas. Se destaca ese año la participación de jóvenes extranjeros residentes en Chile (entre ellos hay alemanes, españoles, argentinos y norteamericanos). La masiva llegada de concursantes se debe a una gran campaña previa de difusión del concurso y se aprecia hasta el último día de recepción de obras, con una fila de artistas jóvenes entregando a último momento.

Se seleccionan 145 obras, la mayor cantidad hasta ese año, por lo que la exposición de seleccionados se realiza en tres lugares: sala El Farol, Sala Municipal de Exposiciones de Valparaíso y el Instituto Chileno Norteamericano de Cultura.

La prensa define esta masiva participación como una “salida de madre” y también critica la pobreza de los premios, ya que sólo el de la Universidad de Valparaíso es en dinero

(mil dólares). El resto consiste en diplomas y libros o sólo diplomas. El contraste con otro concurso de arte joven que entregaba un millón de pesos al primer lugar deja en claro que habría que subir el estándar.

Se realiza un encuentro con la crítica en el Instituto Chileno Norteamericano de Valparaíso con dos temas de conversación: “Responsabilidad de la Crítica” y “Situación de la Crítica Local”.

Se repite la subasta de obras del concurso en la sala El Farol, como una forma de “facilitar el encuentro entre el público y los artistas jóvenes”. La idea es también que los artistas puedan recibir el apoyo económico a través de la adquisición de sus trabajos.

Más de 12 mil personas visitan la exposición entre las tres salas, siendo el Ex Café Vienés el más concurrido.

Premiación 1993:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso: Edwin Rojas y Mario Ibarra

Premio de Especialidad Pintura: Verónica Palma

Premio de Especialidad Escultura: Ángela Ramírez

Premio de Especialidad Gráfica: Claudia Cataldo

Menciones Honrosas: Vittorio Queirolo, Arianne Emmerich, Jessica Torres, Claudia Albornoz, Víctor Pável, Luis Oyarzún, Andrés Montenegrs, Claudio Romo y Rayner Kurt

Jurado: José Balmes, José Balcells y Gumaro Fernandois

Curador del concurso: Edgardo Catalán



1994

Aumentan a cuatro los premios de adquisición, gracias al apoyo de instituciones públicas y privadas: al Premio de Honor de la Universidad de Valparaíso se suman el Premio Instituto Nacional de la Juventud para la especialidad Técnicas Mixtas; el Premio Gala Hotel para la especialidad Pintura, y el Premio Banco de Chile para la especialidad Gráfica. Además, se integran las municipalidades de Valparaíso y Viña Del Mar, con premios que llevan sus nombres y también Menciones Honrosas. Cabe destacar que el Banco de Chile es el único auspiciador que se ha mantenido a lo largo de las cuatro décadas, apoyando de manera fundamental en la entrega de premios.

Se reciben 353 trabajos y se seleccionan 38, los cuales se exhiben en tres lugares simultáneamente: en sala El Farol se montan todas las pinturas, en el Instituto Chileno Norteamericano se muestran los trabajos gráficos y de técnicas y mixtas.

Gracias a una sugerencia del jurado de ese año, se decide realizar una exposición con 15 obras galardonadas en los años anteriores, en la Sala de Exposiciones de la Municipalidad de Valparaíso. Esta idea del jurado pretende dar un panorama mayor sobre la producción artística joven, contextualizando la selección de ese año.

Se reduce la edad máxima de los concursantes de 35 a 29 años y también el tamaño de las obras y las especialidades (sólo Pintura y Gráfica), debido a una limitación del espacio de recepción de obras. Pero aumenta el premio a mil dólares en moneda nacional y 800 dólares para los otros tres premios principales.

Se acuerda un convenio con la Municipalidad de Valparaíso que compromete el aporte de la institución edilicia al certamen, el cual es firmado por el rector Agustín Squella y el alcalde Hernán Pinto.

Se realiza una subasta con las obras de la exposición, la cual recauda dos millones de pesos. La obra más importante en términos de venta fue la obra de Norton Maza, Acumulación, la que fue comprada en 700 mil pesos.

Premiación 1994:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:
Víctor Castillo

Premio Banco de Chile: Alejandra Bendel

Premio Gala Hotel: Antonio Guzmán

Premio Instituto Nacional de la Juventud:
Carolina Larrea

Menciones Honrosas: Patricio Caldera,
Lilian Aubel, Natasha Pons, Daniel Rojas,
Jorge González Lohse y Carlos Osorio

Jurado: Milan Ivelic, Rodolfo Opazo y
Jorge Osorio

Curador del concurso: Edgardo Catalán



1995

Se realiza una exposición de doce artistas invitados en el Congreso Nacional en Valparaíso como actividad complementaria del concurso. Entre los artistas consagrados más destacados están Rodolfo Opazo, Roser Bru, Gonzalo Cienfuegos, Enrique Zamudio, Osvaldo Peña y José Basso.



Premiación 1995:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso: Magdalena Vial

Premio Banco de Chile: Guísela Munita

Premio Gala Hotel: Hugo Cisterna

Premio Instituto Nacional de la Juventud: Natasha Pons

Premio Municipalidad de Viña del Mar: Luis Antonio Prato

Premio Municipalidad de Valparaíso: Andrés Vió

Menciones Municipalidad Viña del Mar: Álvaro López, Ximena Zomosa y Marcelo Orellana

Menciones Municipalidad de Valparaíso: Lilian Aubel, Macarena Oñate y Leslie Fernández

Jurado: Gonzalo Cienfuegos, Federico Assler, Michael Jones y Jorge Osorio

Curador del concurso: Jorge Osorio

Se reciben más de 400 obras y son seleccionadas 102. El premio mayor asciende a mil dólares y se entregan cinco premios de 800 dólares cada uno.

También se agregan tres menciones honoríficas de la Municipalidad de Valparaíso y tres de la Municipalidad de Viña del Mar.

1996

Se realiza una exposición paralela con las obras premiadas el año anterior, como una manera de ofrecer antecedentes visuales que permitan la reflexión y el análisis crítico de la producción presentada este año.

Se integra la categoría Fotografía como especialidad estable dentro del concurso.

Se reciben 652 obras y son seleccionadas 188.



Premiación 1996:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:
Víctor Castillo

Premio Banco de Chile: Oscar Vio

Premio Gala Hotel: Alejandro Oroz

Premio Instituto Nacional de la Juventud:
Pamela Hevia

Premio Municipalidad de Viña del Mar:
Luis Acosta

Premio Municipalidad de Valparaíso:
Román Canales

Menciones Municipalidad de Valparaíso:
Giancarlo Bertini, Betsy Quiroz y
Mariana Walker

Menciones Municipalidad de Viña del Mar:
Boris Montecino, Mauro Devoto y
Rodrigo Piraces

Menciones Honrosas IFE: Christian Carrillo,
Carolina Larrea, José Tomás Rivas, Claudia
Tapia, Herbert Spencer, Cristóbal Voigt y
Reinhardt Schulz

Mención Especial: Andrés Vio

Jurado: René Poblete, Osvaldo Peña,
Enrique Zamudio, Gumaro Fernandois y
Jorge Osorio

Curador del concurso: Jorge Osorio

1997

Se reciben 679 obras provenientes de Antofagasta hasta a Ancud y, tal como el año anterior, prevalece la presencia femenina entre los concursantes. Este año se cambia la categoría de Técnicas Gráficas por Dibujo, una modificación que finalmente no fue bien acogida.

Pero el cambio más relevante fue que se redujo a un tercio las obras seleccionadas (una

de las razones es que termina la alianza con el Instituto Chileno Norteamericano, por lo que se reduce el espacio de exhibición).

Este año se realiza la tercera exposición de Artistas Invitados, con doce artistas consagrados entre los que se encuentran Sergio Castillo, Mario Toral, Carlos Donaire, Paz Errázuriz y obras del ya fallecido Juan Luis Martínez.

Premiación 1997:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:

Claudio Romo

Premio Banco de Chile: Sebastián Valenzuela

Premio Gala Hotel: Giancarlo Bertini

Premio Instituto de la Juventud: Paola Caroca

Distinción Especial IFE: Hugo Cisterna

Premio Artista Regional: Edgardo Canales

Mención Municipalidad de Viña del Mar:

Andrés Vío

Mención especial Municipalidad de Valparaíso:

Cristobal Voigt

Distinción Especial Municipalidad de Valparaíso:

Luis Inostroza, Laura Quezada y Fredy Pinto

Distinción Especial Municipalidad de Viña del Mar:

Felipe Sáez, Manuel Venegas y Denise Lira

Distinción Especial IFE: Hugo Cisterna,

Edgardo Chávez, Camilo Yáñez, Gonzalo

Bustamante y Rodrigo Bruna

Jurados: Mary Martner, Paz Errázuriz, Tim

Hadfield, Hugo Rivera y Jorge Osorio

Curador del concurso: Jorge Osorio



1998

Abril:

Se monta una exposición retrospectiva con obras ganadoras en concursos anteriores, desde 1987 a 1997, en la Universidad Federico Santa María.

Junio:

Se realiza una exposición de 22 artistas premiados en versiones anteriores, esta vez mostrando su obra nueva. La exhibición en la sala El Farol pretende dar seguimiento a la trayectoria de quienes se destacaron antes, para analizar el camino que cada uno siguió desde el reconocimiento en el concurso.



Agosto:

Los veinte años del concurso y sus ganadores generan una gran y difundida polémica, que

ocupa páginas completas en varias ediciones de El Mercurio de Valparaíso. De 675 obras recibidas se seleccionan 75, casi un 10% del total. Las discusiones entre jurados se hacen públicas y se objeta la calidad de las obras ganadoras. Sin embargo, es una de las versiones en que la mayor cantidad de artistas premiados se convirtieron luego en destacados artistas y docentes.

Octubre:

Muestra birregional en Museo Emiliano Guinazu de Mendoza, Argentina, con ganadores chilenos del concurso y cinco artistas mendocinos. La delegación chilena está compuesta por Paloma Villalobos, Livia Marín, Sebastián Mahaluf, Paola Caroca, Patricia Voguel, Paul Fuguet, Guísela Munita, Alonso Yáñez, Javiera Torres y Denise Lira.



Premiación 1998:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:

Paloma Villalobos

Premio Banco de Chile: Alonso Yáñez

Premio Gala: Livia Marín

Premio Municipalidad de Valparaíso: Guísela Munita

Premio Municipalidad de Viña del Mar:

Sebastián Mahaluf

Premio Artista Regional: Paola Caroca

Mención Especial Pintura: Paul Fuguet

Mención Especial Escultura: Patricia Voguel

Mención Especial Fotografía: Paloma Villalobos

Mención Especial Técnicas Gráficas: Javiera Torres

Mención Especial Dibujo: Denise Lira

Jurados: Gema Swinburn, Mario Toral, Pablo Rivera, Félix Lazo, Michael Jones

Curador del concurso: Michael Jones

1999

Este año está marcado por el ingreso de la poesía al Concurso Nacional de Arte Joven Universidad de Valparaíso. La necesidad de incluir nuevas formas de expresión artística –manifestada en la demanda permanente de espacios de validación para los creadores emergentes–, abrió la posibilidad de sumar la poesía al certamen de artes visuales.

El éxito de la convocatoria fue absoluto, ya que se recibieron 450 poemas, aunque sólo fueron seleccionados 14. Ennio Moltedo, Coordinador y Jurado del Concurso de Poesía, se refirió a esta primera entrega: “Ha sido grato, asimismo, constatar el buen nivel de los trabajos recepcionados: la energía con que esta generación vuelve a nominar las cosas y su entorno, contenidos vistos con mirada nueva (...) Esta iniciativa (de artes visuales y poesía) es un valioso ensamble espiritual y material para que jóvenes creadores puedan mostrar su personal visión sobre el trabajo de arte”.

Mayo:

Se exponen las obras de doce artistas de distintas generaciones en la quinta versión del Salón de Invitados. Antes se les ha convocado a crear obras bidimensionales con las cuales se imprimiría un calendario para celebrar el inicio de un nuevo siglo. Exponen sus obras Ernesto Banderas, Giancarlo Bertini, Roser Bru, Ruperto Cádiz, Álvaro Donoso, Arturo Duclós, Gumaro Fernandois, Marko Molina, Guillermo Núñez, Natasha Pons, Benito Rojo y Hermann Schmidlin.

Junio:

Se realiza el IV Salón de Galardonados con dos artistas jóvenes, premiados en versiones anteriores: Claudio Romo y Giancarlo Bertini.

Agosto:

Se expone la muestra de seleccionados y ganadores de esta versión en la sala El Farol. De 683 obras recibidas –llegadas incluso de Robinson

Crusoe y Chiloé–, fueron seleccionadas 66. El envío de obras fue facilitado por el apoyo de una empresa de buses interurbanos (TURBUS), que ofreció traslados gratis hacia Valparaíso. Pese a que se sumó este nuevo auspicio, otros se suprimieron debido a la crisis económica que afectaba al país.

Premiación 1999:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:

Denise Lira

Premio Banco de Chile: Johanna Unzueta

Premio Gala Hotel: Jessica Castillo

Premio Municipalidad de Valparaíso: Julen Birke

Premio Municipalidad de Viña del Mar:

Katterina Osorio

Premio Artista Regional: Samuel Toro

Menciones Especiales: Patricia Cepeda y

Rodrigo Bavo

Jurado: Bernardita Vattier, Carolina Abell y
Claudia Cataldo

Director del concurso: Edgardo Catalán



2000

El Concurso Nacional de Arte Joven de la Universidad de Valparaíso es seleccionado para representar en forma permanente a Chile en los Encuentros de Concursos de Arte Joven, en el que participan nueve países latinoamericanos y España. El acuerdo incluye que una selección de obras viaje a Colombia para participar en la exposición del encuentro de ese año. Los artistas viajan como embajadores de Chile y del concurso, con todos los gastos pagados, a la reunión en Bogotá.

Se crea una sección de arte digital, con un

premio especial que consistía en un computador. Se define como obra digital aquella que es producida mediante el uso parcial o total de cualquier tipo de software y/o recuerdos digitales. Se premian dos obras en esta categoría.

En agosto se inaugura la muestra de seleccionados, se entregan quince premios y se anuncia a los tres artistas que viajarían a Bogotá: Camilo Yáñez, Giancarlo Bertini y Ricardo Bagnara.

Llegan más de mil obras, entre plásticas y poéticas. La crítica de arte habla de una ma-

durez en las obras plásticas, de una vuelta a la academia en lugar de obras sensacionalistas que buscan el impacto fácil. En la prensa también se comenta que el rector Juan Riquelme Zucchet ha anunciado la posibilidad de que la Universidad de Valparaíso abra un Instituto de Arte, noticia muy bien recibida por el mundo de la cultura.

La empresa Tur Bus vuelve a auspiciar el evento, enviando las obras sin costo para los artistas, lo cual explica la gran cantidad de obras recibidas (610 obras, de las que son seleccionadas 122).



Premiación 2000:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:

Óscar Pérez

Premio Banco de Chile: Roberto Cartes

Premio Gala Hotel: Hernán Soto

Premio Municipalidad de Valparaíso:

Carolina Bellei

Premio Municipalidad de Viña del Mar:

Álvaro Menichetti

Premio Artista Regional: Paola Caroca

Mención Municipalidad de Viña del Mar:

Ricardo Bagnara

Mención Municipalidad de Valparaíso:

Elizabeth Opazo

Premio Turismo Manantial: Camilo Yáñez

Premio Arte Digital Educativa: Juan Pereira

Jurado: Nancy Gewolb, René Lara, Ismael Frigerio, Travers Newton y Edgardo Catalán

Director del concurso: Edgardo Catalán

2001

Este año los auspiciadores agregan viajes al extranjero para premiar a los ganadores: para poesía cinco viajes a Buenos Aires, Argentina; y un viaje con estadía a San Francisco, Estados Unidos, para Artes Visuales. A pesar de que termina el convenio que permitía los envíos gratis, se reciben 479 obras en plástica.

Premiación 2001:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:

Gloria Aguayo

Premio Banco de Chile: M. Francisca Monreal

Premio Gala Hotel: María Murillo

Premio Municipalidad de Valparaíso:

Matías Marre

Premio Municipalidad de Viña del Mar:

Marcela Moncada

Premio Instituto Chileno Norteamericano:

Álvaro Huenchuleo

Premio Artista Regional: Ricardo Bagnara

Mención Especial Municipalidad de Valparaíso:

Daniel Cruz

Mención Especial Municipalidad de Viña del Mar:

Víctor Castillo

Mención Especial del Jurado: Rodrigo Canala

Jurado: Francisco Brugnoli, Waldemar

Sommer, Beatriz Huidobro, Edgardo Catalán

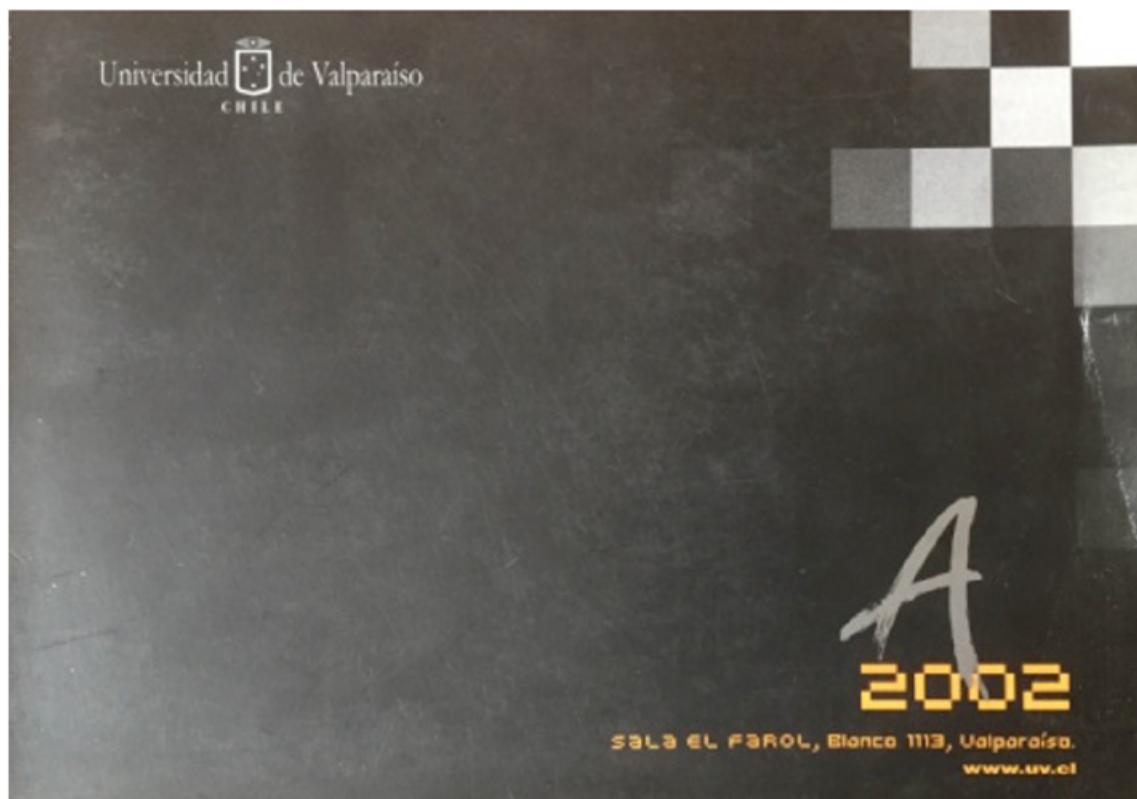
y Thorsten Dennerline

Director del concurso: Edgardo Catalán



2002

Llegan 753 obras en plástica y más de cien son seleccionadas.



Premiación 2002:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:

Francisca Sánchez

Premio Banco de Chile: Soledad Pinto

Premio Municipalidad de Valparaíso:

Bárbara Gaete

Premio Artista regional: Carlos Sánchez

Mención Municipalidad de Valparaíso:

Pablo Jansana

Mención del Jurado: Andrés Figueroa

Menciones Honrosas: Fernando Aceña y

Leticia Santander

Jurado: Pedro Labowitz, Camilo Carrizo,

Francisco de la Puente, Iván Daiber y

Gumaro Fernandois

Director del concurso: Gumaro Fernandois

2003



Premiación 2003:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:

Sachiyo Nishimura

Premio Banco de Chile: Rodrigo Díaz

Premio Municipalidad de Valparaíso:

María de Los Ángeles Cornejo

Premio Turismo Manantial: Angela Cura

Menciones Honrosas: Maureen Reed,

Carolina Llona, Joaquín Luzono,

María Anguita y Daniel Gálvez

Jurado: Jorge Colvin, Rodrigo Cabezas y

Gumaro Fermandois

Director del concurso: Gumaro Fermandois

2004

Se montan dos exposiciones paralelas, en la sala El Farol y en el Instituto Chileno Norteamericano de Cultura de Valparaíso, por el alto número de obras seleccionadas en la categoría Artes Visuales: 116 de 328 obras recibidas.

Premiación 2004:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:

Nicolás Azócar

Premio Banco de Chile: Luis Marín

Premio Municipalidad de Valparaíso:

Verena Urrutia

Menciones Honrosas: Miguel Ángel Castro,

Lucía Alba y Tatiana Núñez

Jurado: Alberto Madrid, Edwin Rojas y Carlos Altamirano.

Director del concurso: Gumaro Fernandois



2005

Se realiza la exposición de Artes Visuales en tres lugares de Valparaíso: Sala El Farol, Instituto Chileno Norteamericano de Cultura y Sala Puntángelos de la Universidad de Playa Ancha.



Premiación 2005:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:

Francisca Ovalle

Premio Banco de Chile: Ximena Fuentealba

Premio Consejo de la Cultura: Greta Villagra y Catalina Macan

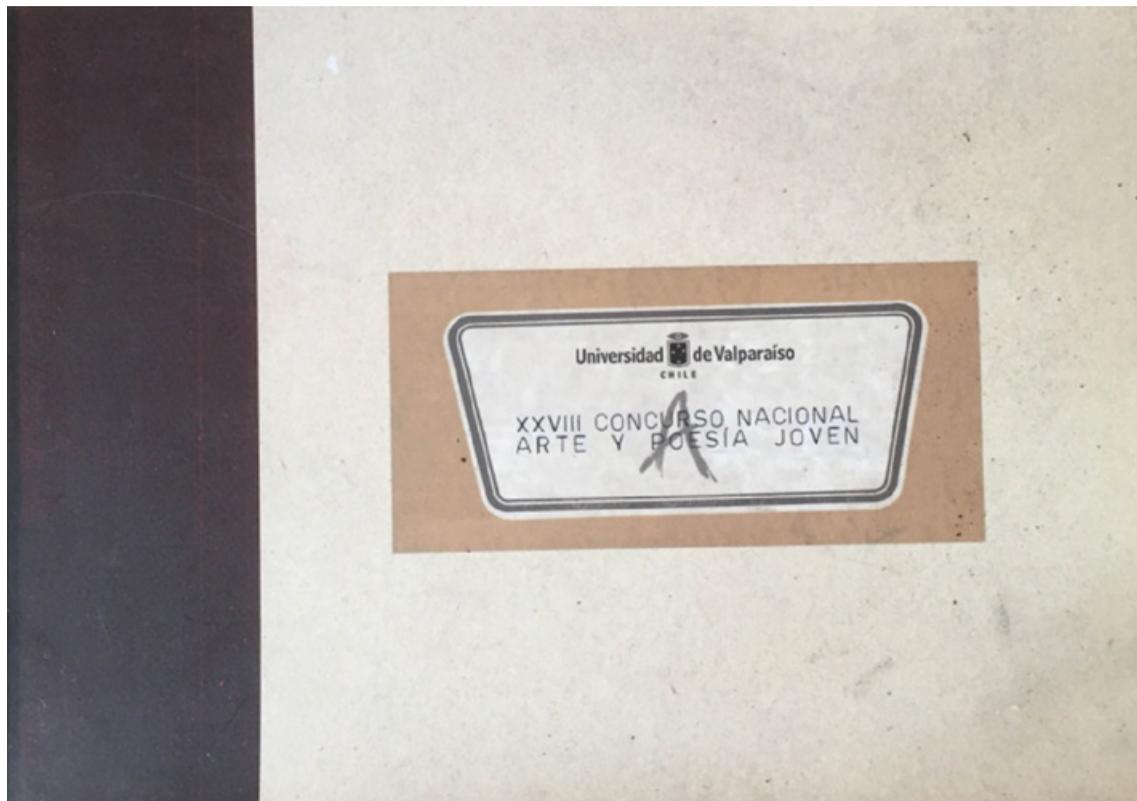
Menciones Honrosas: Pablo Olquetean, María Gabriela Herrera y Carolina Cortés.

Jurado Artes Visuales: Ricardo Loebell, Edgardo Catalán e Iván Daiber.

Director del concurso: Gumaro Fernandois

2006

Se reciben 270 obras en la categoría Artes Visuales, de las cuales son seleccionadas 69.



Premiación 2006:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:
Rodrigo García

Premio Banco de Chile: Margarita Dittborn

Premio Municipalidad de Viña del Mar:
Gabriela Rivera

Menciones Honrosas: Greta Ulloa,
Franz Chauver, María José Aguilar y
Cecilia Avendaño

Jurado: Milan Ivelic, Juan Pablo Langlois y
Nancy Gewolb

Director del concurso: Gumaro Fernandois

2007

Se reciben más de 300 obras en Artes Visuales y quedan seleccionadas 68.



Premiación 2007:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:

Camila Barrientos

Premio Banco de Chile: Cynthia Jackson

Premio Armando Mellado: Jorge Catoni

Premio Municipalidad de Viña del Mar:

Joselyn Villarroel

Menciones Honrosas:

Claudia Oyarzún y María Vásquez

Jurado: Alicia Larraín, Isabel Klotz y

Juan Ayala

2008

Los premios recaen mayoritariamente en mujeres artistas –son galardonadas ocho–, por lo que la prensa habla de que el “poder femenino” se impuso en el certamen (sólo dos artistas hombres ganan premios este año).



Premiación 2008:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:

Paulina Carrasco

Premio Banco de Chile: Carlo Mora

Premio Municipalidad de Viña del Mar:

Marcela Serra

Premio Ernesto Mellado Campi de Fotografía:

Mariana Vodanovic.

Premio Colbún: Roberto Acosta

Menciones Honrosas: María Soledad León,
Carla McKay, Cecilia Avendaño, Claudia Urzúa
y Rocío Beas

Jurado: Juan Ayala, José Vicente Gajardo y
Benjamín Lira

Director del concurso: Gumaro Fernandois

2009

Un cambio relevante marca la convocatoria en esta versión: se sube la edad máxima de los concursantes a 35 años, tal como se fijó en los inicios del certamen. Gumaro Fermandois, curador del concurso, explica el aumento de la edad de los concursantes: “La madurez de un artista puede darse más allá de los 30 años, por lo que resulta lógico que el concurso se adapte a esa dinámica, lo que

debiera redundar en una mayor cantidad de participantes y en una mejora sustantiva en la calidad de las obras”.

Se reciben 245 obras y se seleccionan 65 para ser expuestas. La muestra se realiza en dos espacios de Valparaíso: sala El Farol y Sala Puntángelos, dependiente de la Universidad de Playa Ancha.

Premiación 2009:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:

Jorge Román

Premio Banco de Chile: Valentina Ramírez

Premio Fotografía Armando Mellado Campi:

Luis Urquieta

Premio Municipalidad de Viña del Mar:

Marcela Serra

Premio Colbún: Roberto Acosta

Menciones Honrosas: Nicholas Jackson,

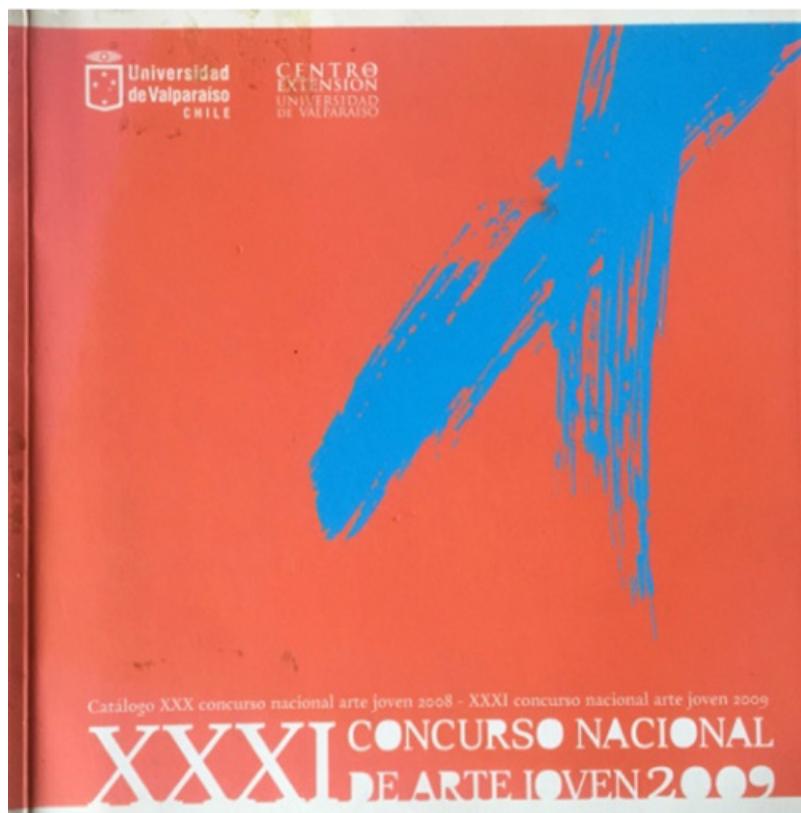
Mauro Basáez, Constanza Cox y

Mariana Vodanovic

Jurado: Dino Samoiedo, Hendrik Van Nievelt

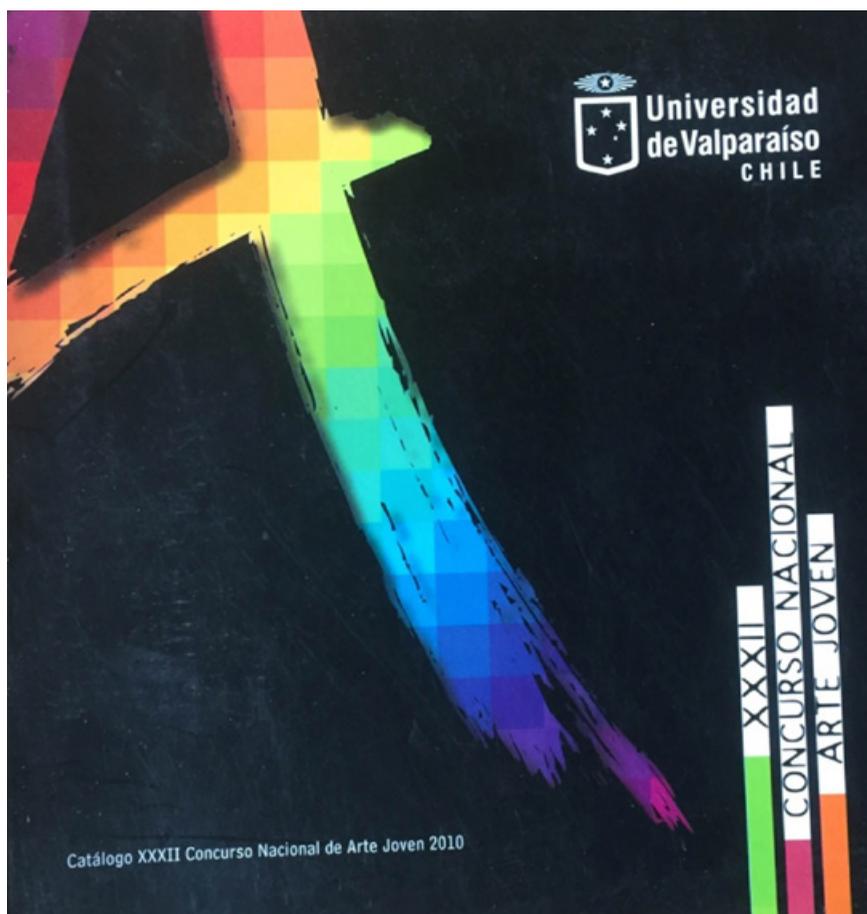
y Jorge Martínez

Director del concurso: Gumaro Fermandois



2010

Se reciben 196 obras y se eligen 77 para conformar la muestra de premiados y seleccionados. Desde este año se elimina el concurso de poesía, después de existir durante una década.



Premiación 2010:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:

Macarena Alvarado

Premio Banco de Chile: Alvaro Miranda

Menciones Honrosas: Lobsang Durney
Sepúlveda, Maite Zabala Meruane,
Constanza Jarpa Luco, Gabriela Rivera
Lucero y Romina Gómez Díaz

Jurado: Felipe Cusicanqui, Michael Wright y
Pedro Labowitz

Director del concurso: Gumaro Fernandois

2011

Para estimular la participación, un tanto decaída en versiones anteriores, se elimina el pago de inscripción y se amplía el plazo de convocatoria y recepción de obras. También se incrementan los premios: el de la Universidad de Valparaíso a cuatro millones y el entregado por el Banco de Chile a tres millones de pesos.

Se reciben 454 obras (de 253 artistas) y son seleccionadas 51.

Premiación 2011:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:

Álvaro Rojas

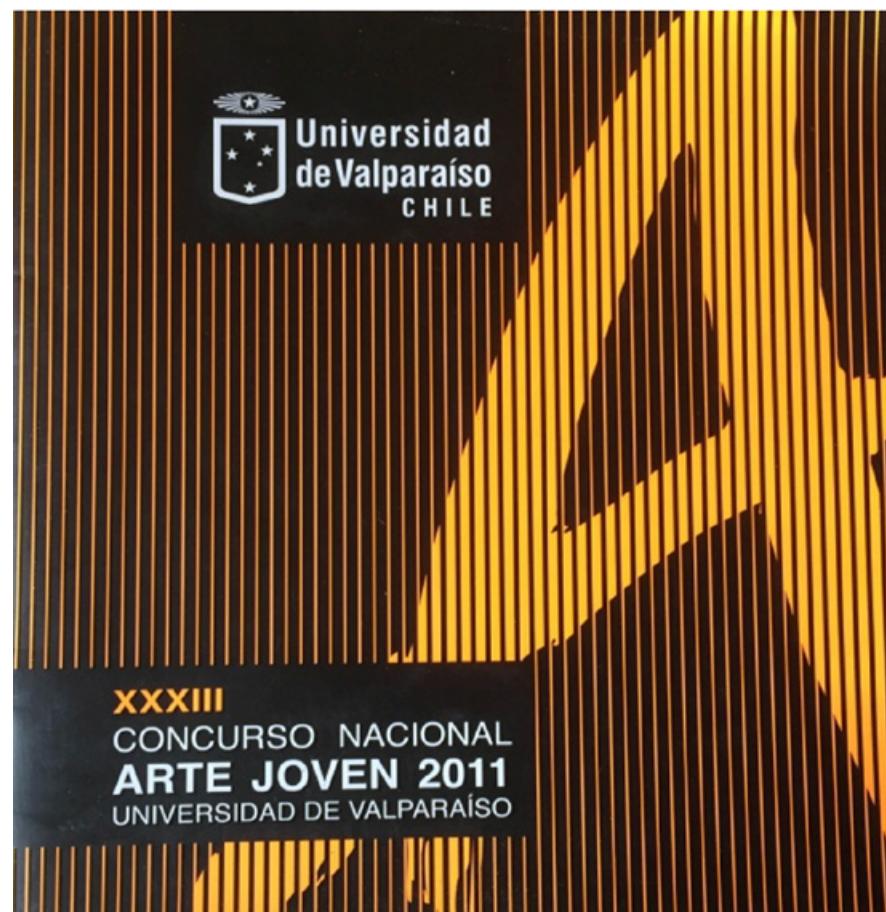
Premio Banco de Chile: Pablo Jamett

Menciones Honrosas: Carolina Álvarez, Álvaro Miranda, Alexis Mandujano, Gonzalo Urrea, Esteban Morales, Sebastián Leyton, Gerardo Saavedra, Natalie Ortiz, Pablo Serra y Jimena Tapia.

Jurado: Juan Ayala, Jorge Young y

Carolina Abell

Director del concurso: Rafael Molina



2012

Se realiza un trabajo colaborativo para la realización del concurso, entre la Universidad de Valparaíso, el Instituto Chileno Norteamericano de Cultura, el Centro Cultural de la Municipalidad de Los Andes y Balma-ceda Arte Joven.

Se reciben más de 300 obras y se seleccionan sólo 47.



Premiación 2012:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:
Christel Vega

Premio Banco de Chile: Beatríz Arroyo

Menciones Honrosas:

Dominique Schwarzhaupt, Franco Muzzio,
Rosa Santibáñez, Felipe Quiñones,
Julieta Bravo, Felipe Guerra,
Alejandro Mardones, Pedro Fuentealba,
Pablo Jamett, Gaspar Álvarez (dos menciones)
y Nataly Ortiz Aramundiz.

Jurado: Lorena Ramos, Pedro Labowitz y
Rodrigo Coll

Director del concurso: Rafael Molina

2013

Se reciben 120 obras, se seleccionan 46.



Premiación 2013:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:
Esteban Morales

Premio Banco de Chile: Gabriel Holzapfel

Menciones Honrosas: María Fernanda Guzmán,
José Miguel Marty, José Vásquez (dos
menciones), Miguel Villanueva,
Catalina Valenzuela, Carolina González,
Carola Sepúlveda, Mariana Vodanovic,
Petra Gajardo, Nora Unda y Jimena Tapia

Jurado: Arnoldo Carvajal, Gonzalo Rabanal y
Rafael Molina

Director del concurso: Rafael Molina



2014

Se reciben 100 obras, de las cuales quedan 60 para ser premiadas y expuestas (un porcentaje inédito de seleccionados en la historia del concurso).



Premiación 2014:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:
Paula Belmar

Premio Banco de Chile: Alberto Riveros

Menciones Honrosas: Mattias Espinoza,
Pedro Abadía, Christel Vega, Tully Meehan
Satre, Pedro Fuentealba, Felipe Rojas,
Waldo Ibaceta, Nora Unda, Martín Riveros,
Gaspar Álvarez, Felipe Rojas, Daniela Lillo,
Saíd Rumié, Álvaro Miranda,
Carmen Carreño.

Jurado: Rodrigo Coll, Marko Molina y
Samuel Toro

Director del concurso: Rafael Molina

2015

Se estrena la remodelación de la sala El Farol y el mejoramiento de la sala Rubén Darío, por un costo de 101 millones de pesos, aportados por la universidad y por la obtención de un Fondart (el cual financió 40 millones de pesos).

Se reciben más de 200 obras –de Ovalle a Puerto Montt–, de las cuales son seleccionadas 37.

Se suma como espacio de exhibición de la muestra itinerante el Centro Cultural Espacio Matta, de Santiago.

Premiación 2015:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:
Carolina Agüero

Premio Banco de Chile: Luis Alberto Escalona
Menciones Honrosas: Cristina Gonzalez,
María Gracia Basso, Danila Ilabaca,
Pedro Aros, Juan Reyes, Álvaro Miranda y
Nicolás Labadía

Jurado: Gonzalo Cienfuegos, Christel Vega y
Dino Samoiedo

Director del concurso: Rafael Torres



2016

Se reciben 166 obras y son seleccionadas 40. Se agregan dos nuevos premios: de la Municipalidad de Valparaíso y del Consejo Regional de las Artes y la Cultura.

La Pinacoteca de la Universidad de Concepción exhibe por primera vez la muestra itinerante de obras seleccionadas y premiadas en la versión anterior del concurso. En total, diez mil visitantes ven la muestra, considerando las exposiciones en Valparaíso, Santiago y Concepción.



Premiación 2016:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:

Felipe Quiñones

Premio Banco de Chile: Danila Ilabaca

Distinción Consejo Regional de la Cultura y las Artes: Valentina Soto

Distinción Municipalidad de Valparaíso: Ángela Castillo

Menciones honrosas: María Inés Galecio, Sacha Seguel, Felipe Campos, Mattias Espinoza

Jurado: Voluspa Jarpa, Alonso Yáñez e Iván Cabezón

Director del concurso: Rafael Torres

Sala El Farol, Valparaíso.



Pinacoteca de la Universidad de Concepción.



2017

Se reciben 225 obras –de Tocopilla a Temuco– y 39 son seleccionadas. La ganadora del Premio de Honor Universidad de Valparaíso, Mariana Najmanovich, es una destacada artista a nivel nacional, por lo que su participación en el concurso cuenta con amplia cobertura en los medios de comunicación. La exposición de seleccionados es montada en Espacio Matta de Santiago y la Pinacoteca de la Universidad de Concepción.



Premiación 2017

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:

Mariana Najmanovich

Premio Banco de Chile: María Gracia Basso

Distinción Municipalidad de Valparaíso:

Óscar González

Distinción Consejo Regional de la Cultura y las Artes: Claudia Gutiérrez

Menciones Honrosas: Natalie Sierra,

Sandra Cornejo, Claudia Mashburn

Jurado: Florencia Loewenthal,

Alberto Madrid, Roberto Acosta

Director del concurso: Rafael Torres

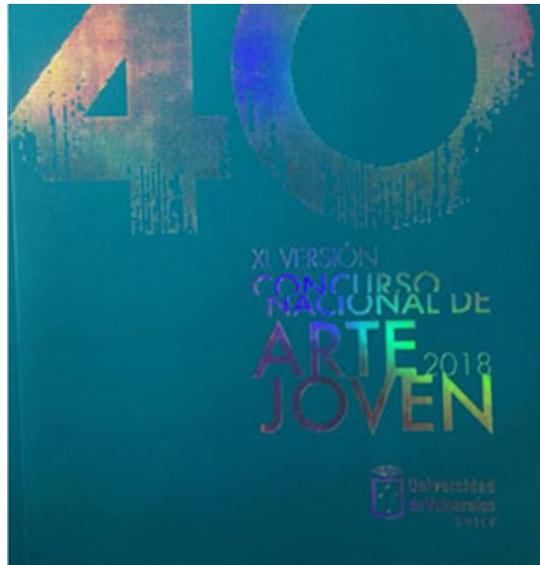


Espacio Matta, Santiago.



Pinacoteca de la Universidad de Concepción.

El certamen recibió 304 obras de 236 artistas (un aumento significativo respecto a años anteriores), de los que se seleccionaron 32. Se consolida su condición de concurso nacional, al recibir trabajos provenientes de ciudades tan diversas del país como Illapel, Chillán, Valdivia, Talcahuano, Concepción, Puerto Natales, Puerto Varas y Ancud. Además, participan artistas extranjeros residentes en Chile de Venezuela, España, Estados Unidos e Italia.

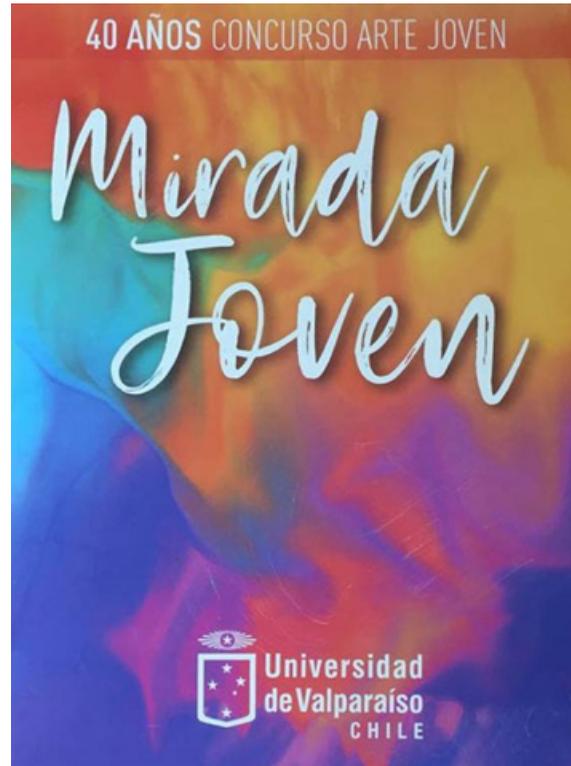


Durante la premiación, la Universidad de Valparaíso distingue a los ex curadores de la sala El Farol Edgardo Catalán, Rafael Molina, Gumaro Fernandois y Rafael Torres, su actual director.

Asimismo, el Banco de Chile fue reconocido por su colaboración en el certamen durante décadas, convirtiéndose en el auspiciador con mayor permanencia y protagonismo. En noviembre se inauguró la muestra Mirada Joven, una retrospectiva con una selección de 26 obras ganadoras a lo largo de los 40 años del concurso, como una forma de celebrar el aniversario. Los artistas y obras recopilados en esta muestra fueron:

- Víctor Maturana
El perro que muerde, 1983, escultura.
- Carlos Figueroa,
Video empaquetado, 1982, escultura.
- Roberto Bascuñán
Pajarito, 1984, escultura.
- Iván Cabezón
Valor de cada día, 1985, escultura.
- Enrique Zamudio
El boldo y espinos, 1988, pintura.
- José Cornejo
Carga nacional clase(a) clase(b), 1989, pintura.
- José Vicente Gajardo
Mutación urbana, 1986, escultura.
- Edwin Rojas
Sin título, 1993, pintura.

- Magdalena Vial
Sin título, 1995, pintura.
- Víctor Castillo
Sin título, 1996, técnicas experimentales.
- Paloma Villalobos
Límite entre piel y ropa, 1998, fotografía.
- Sachiyo Nishimura
VIAS 1a, 2003, fotografía.
- Francisca Ovalle
Cuento tus pasos al caminar, 2005, pintura.
- Camila Barrientos
Sin título, 2007, tridimensional.
- Macarena Alvarado
Fragmentación, 2010, técnica mixta.
- Álvaro Rojas
Serie vacío, 2011, fotografía.
- Chirstel Vega
Olivie 1, 2012, pintura.
- Esteban Morales
Fin en color, 2013, pintura.
- Paula Belmar
Duerme profundo, 2014, pintura.
- Carolina Agüero
La belleza de la muerte, 2015, tríptico fotografía.
- Felipe Quiñones
Sin título, 2016, pintura.
- Mariana Najmanovich
De la serie funny games, 2017, técnica mixta.
- Giancarlo Bertini
Sin título, 1997, pintura.
- Víctor Castillo
Santos prejuicios, 1994, pintura.
- Francisca Sánchez
Camila Martínez, 2002, escultura.
- Jorge Román
La máquina familia, 2009, tridimensional.



Las obras premiadas y seleccionadas se exponen durante el 2019 en el Espacio Matta de Santiago y la Pinacoteca de la Universidad de Concepción. Asimismo, la exposición retrospectiva Mirada Joven se muestra en el Palacio Rioja de Viña del Mar.



Premiación 2018:

Premio de Honor Universidad de Valparaíso:
Óscar González
Premio Banco de Chile: Marta Navarrete
Distinción Especial: Marcial Barrera Lizana y
Javiera Porter
Menciones Honrosas: María de la Paz Ortíz
Madariaga, Pablo Suazo Arancibia, Gonzalo
Tapia, Simón Jiménez, Sebastián Varas y
Katherina Oñate.

Jurado: Mario Toral, Sandra Santander y
Víctor Maturana
Director del concurso: Rafael Torres

40 años | Concurso Nacional de Arte Joven de la Universidad de Valparaíso

40 años | Concurso Nacional de Arte Joven de la Universidad de Valparaíso

1978
2018

40 años
Concurso Nacional
de Arte Joven



Universidad
de Valparaíso
CHILE

